

DEL TIMBÓ AL TARTAGAL

IMPRESIONES DE UN VIAJE Á TRAVÉS DEL GRAN CHACO

POR

LEOPOLDO ARNAUD

DOCTOR EN CIENCIAS NATURALES, JEFE DE LA COMISION CIENTÍFICA
EXPLORADORA

CON UN PRÓLOGO

DE

JUAN JOSÉ GARCÍA VELLOSO



BUENOS AIRES

Imp. de EL RIO DE LA PLATA, calle Maipú 115

1889

PRÓLOGO

Nadie puede desconocer que entre los acontecimientos relacionados con el descubrimiento de América, ninguno hay tan importante como la conquista de sus ricos y extensos territorios.

Después de la obra realizada por los españoles, cuyas portentosas hazañas para civilizar el Nuevo Mundo pudiera la posteridad calificar de fabulosas, si no existiesen mil claros testimonios que las patentizaran, numerosos han sido los viajeros y exploradores que han consagrado el fruto de sus trabajos, desvelos y fatigas al noble fin de enriquecer el tesoro de la geografía y de la historia, esencialmente americanas.

A la época de la dominación por la fuerza de las armas, siguió como natural y ló-

gica consecuencia, esa otra de la dominación llevada á cabo por los heraldos de la ciencia, en la que, á trueque de sacrificios dignos de la musa épica, han inmortalizado sus nombres Cortés, Diaz del Castillo, Oviedo, Alvar Nuñez, Xeréz, Cieza de Leon, Zárate, Las Casas y otros muchos en lo antiguo; y en lo moderno Humboldt con su *Cosmos*, y Wiener, Crevaux, Charnay y Andre, con sus viajes al rio de las Amazonas y á las cordilleras, con sus exploraciones, de los rios Oyapock y Parú, con sus descubrimientos en la América central y con sus misiones cerca de la América equinoccial.

Merced á los esfuerzos de unos y de otros, las generaciones contemporáneas pueden ya tranquilas contemplar con sorpresa y admiración la magnitud de sus resultados, la obra de la verdadera conquista de América; pueden ver cómo, merced á la perseverancia infatigable de viajeros ilustres, la civilizacion cristiana ha extendido sus dominios benéficos

á territorios abandonados antes á la ignorancia, á la barbárie y al error, y pueden finalmente, estudiar la manera que ha tenido de ir poco á poco enseñoreandose de razas inferiores, la valiente raza semítica que, segun dice un distinguido escritor y poeta á la vez, tiene el ángulo facial de 80 grados, goza de facciones hermosas que ha inmortalizado el cincel griego, ha marchado siempre á la cabeza del progreso desde el primer día de la humanidad, atesora en su inteligencia esa chispa divina que ha coronado con eterna aureola las frentes de Sócrates y Platon, de Guttemberg y Cervantes, y que tiene algo de Dios, por que crea continentes en la tierra como el Americano, y humanidades en el espacio como Galileo y Secchi.

Las relaciones de los descubrimientos realizados por los hombres de que dejamos hecho mérito, nadie puede negar que influyen de una manera poderosa en el ánimo de los

que, bien por vocacion ó por mero pasatiempo, se consagran á los goces del estudio, ó á los placeres que proporciona la ciencia, en sus múltiples y variadas manifestaciones. Por medio de esas relaciones, cuando el viajero consigue que tengan verdadera importancia artística, la mente del lector se eleva á la contemplacion de la obra divina, admirando su inagotable y misterioso poder y el ánimo se recrea con la noticia de regiones completamente ignoradas y por el conocimiento de cosas tan raras como peregrinas.

A las relaciones de los viajeros, débese en primer término que se destaquen ante nuestra vista, como en brillante panorama, cuadros de una vegetacion desconocida, rica en flores y frutos nunca vistos; á la mágia de su pincel vigoroso, débese el que conozcamos con todos sus variados accidentes, y trasladada al lienzo del original, una naturaleza que trasportándonos á las visiones del paraíso, ora nos asombra con la silueta de

montañas gigantescas coronadas de nieve, ora con ríos que parecen mares, ora con bosques impenetrables é inmensos, ora con aves que encantan con sus celestes melodías, y en medio de la cual, como cima y sublime corona de todo, se nos exhibe con su magnificencia, la lucha de la razón y de las nobles ambiciones del hombre civilizado, en frente de la indomable altivez y de la inútil braveza que caracterizan el corazón del hombre salvaje.

Por lo que á la República Argentina se refiere, nadie ignora los trabajos que por iniciativa de sus grandes hombres de Estado se han llevado á efecto en diferentes épocas, á fin de realizar la conquista del desierto, en la que corresponde una gran parte de gloria al doctor don Adolfo Alsina, colaborador entusiasta de la fecunda política del insigne Avellaneda y al teniente general don Julio A. Roca. Durante el período presidencial de este último, las Cámaras vo-

taron un crédito para que el Ministro de la Guerra, general Victorica, al frente de un numeroso cuerpo de Ejército, hiciese una expedición al Chaco con el fin de ocupar aquel territorio abandonado hasta hoy á los aduares del salvaje.

Complemento esa expedición de las anteriores, el juicio público está conforme en asegurar que, merced á ella, la civilización, no solo ha extendido sus dominios, sino que ha llevado el pabellon azul y blanco á los mas apartados confines de la República, en los cuales podrán en adelante multiplicarse prodigiosamente la agricultura, enriquecerse las industrias con el dominio completo de los reinos animal, vegetal y mineral, dilatarse el imperio de las ciencias naturales con el paciente y tranquilo estudio de la riqueza minera, de la fauna y de la flora, y en una palabra, ganar para la existencia social del pueblo argentino que hoy marcha el primero en la vanguardia de la civilización latina

en América, regiones inexploradas ó muy poco conocidas.

Cronista obligado, como Jefe de la Comisión Científica, el Dr. D. Leopoldo Arnaud nos pone de relieve en el presente libro un cuadro á la vez curioso y exacto de la expedición mencionada y de los sucesos mas importantes relacionados con la mision especial que el Gobierno de la República tuvo á bien confiar á sus esclarecidos talentos.

Sin temor de exagerar, puede decirse que la obra del Dr. Arnaud es, científica y literariamente considerada, una joya de bastantes quilates, pues además de un estilo puro y castizo, de una dicción clara, de lo ameno y variado de la materia, revela un gran conocimiento y mucha sensatez, fidelidad y cordura en los relatos, prendas muy principales de un escritor de viajes.

Nuestra opinion franca y sincera, es que muy pocos de los exploradores argentinos pueden competir con el doctor Arnaud en la

exacta y completa descripción de los lugares que recorre, si se exceptúa el general Mansilla, autor de la «Escursion á los indios ranqueles» en la cual campean los mas altos talentos descriptivos y el vuelo genial y particularísimo de uno de los escritores mas elegantes, amenos y privilegiados con que cuenta la naciente literatura argentina.

El general Mansilla historió su escursion á los indios ranqueles, á imitacion de Alonso de Ercilla, justificando que sabia manejar la pluma con el mismo nervio y entereza que la espada, hasta el punto de que, según nuestro leal saber y entender, el libro del bravo militar argentino es sin disputa, como pintura geográfica, natural, fisica y de costumbres indigenas, lo mejor que en su género han producido hasta la fecha las letras americanas

Con ese trabajo, con el del Dr. Arnaud, y, con el de otros que pudiéramos enumerar entre los cuales sobresalen los señores Olascoaga y Fontana, se viene formando un ra-

mo especial de literatura que no solamente es digno de excitar la atención de la época en que vivimos, sino de cultivarse con extraordinario afán para que contribuya entre nosotros al progreso intelectual, como ha sucedido en otros países, y muy especialmente en los Estados Unidos de la América del Norte.

Entre nosotros, deben aplaudirse y alentarse estos trabajos, porque aparte de otras razones, fuera mengua para la nación argentina, que tantos adelantos hace en otros órdenes, quedarse atrás en tan noble tarea, no solo por razones de patriotismo, que recomiendan la protección á toda obra literaria, sino porque deben perpetuarse de la mejor manera posible los relatos de las expediciones y conquistas del desierto, hechos en el presente siglo á nombre de la civilización.

El Doctor Arnaud, contribuye eficazmente á esta empresa loable, con la publicación del presente libro, el cual puede considerarse

como un trabajo concienzudo, destinado á llamar la atención de los literatos y de los verdaderos hombres de ciencia. En él, sin descuidar para nada el fondo y sin que la relacion pierda su caracter nativo, su originalidad y su frescura, el Doctor Arnaud atiende bastante á la pureza, á la correccion y á la elegancia de la frase.

Las proporciones del libro, aunque parecen pequeñas, son bastantes á concentrar gran suma de belleza y mérito, hasta el punto de que si se esceptúa la obra citada del general Mansilla, difícilmente puede presentarse entre nosotros un trabajo mas armónico y concluido, ni revelación de viaje en el que estén mas hábilmente resumidas todas las partes de un trabajo de esta naturaleza: estilo ameno, gallardo y pintoresco; descripciones oportunas y variadas; narracion sostenida con grandísimo interés, de tal modo que á este respecto el presente libro tiene los encantos de una novela; en suma, el talento

compitiendo con el arte y produciendo un modelo que, á pesar de su pequeñez, no dejará de hallar, lo mismo en la República que fuera de ella, calurosos panegiristas y entusiastas admiradores.

Felicitemos sinceramente al Doctor Arnaud por su bello trabajo, y lo recomendamos al público, no solo por su valor científico sino tambien por el atractivo irresistible que proporciona su interesante lectura.

J. J. GARCIA VELLOSO.

DEL TIMBÓ AL TARTAGAL

INTRODUCCION

Hacia apenas quince dias que había llegado á este país, cuando por intermedio del Coronel D. Manuel Olascoaga, á la sazón Jefe del Departamento de Ingenieros Militares (Julio de 1884) fué presentado al Excmo Sr. Ministro de Guerra y Marina Gral. Dr. D. Benjamin Victorica quien proyectaba una expedición militar á los ignorados territorios del Gran Chaco á fin de reducir las tribus que poblaban aquel inmenso desierto y establecer una línea de fortines que sirvieran de garantía y custodiaran la seguridad del ciudadano, á la vez de habilitar aquellas vastas y ricas estensiones para la ganadería y agricultura, enriqueciendo por ende las industrias y aumentando el caudal de producción de esta república.

Idea tan noble, debía ser secundada con empeño por el Gobierno Nacional, cuya presidencia ejercía el General D. Julio A. Roca á quien el país debe la iniciación del progreso hasta la elevada posición que hoy ocupa en todas las ramas de la actividad humana.

Tratábase á la vez de organizar una Comisión Científica, que con carácter ajeno al de la expedición militar, recorriera el territorio, estudiando y constatando las condiciones especiales que concurrieran en la extensión desconocida, para informar por su parte al Superior Gobierno del resultado de sus observaciones.

Esta exploración debía practicarse á través de aquellos desiertos, recorriéndolos en su totalidad y determinando sus condiciones en cuanto á la topografía, hidrografía, geología, fauna, flora etc. etc.

He sido honrado con el nombramiento de Presidente de esa Comisión y Jefe de su columna expedicionaria.

Procedióse en seguida á la designación de Ingeniero, ayudantes coleccionistas y demás personal que debía integrarla, cuerpo de ejército que debía formar su escolta, adquisi-

ción del material científico y de guerra, víveres y demás utensilios, y muy pronto se presentó dispuesta á emprender la vida de aventuras que la suerte quisiera reservarle.

Las tribus Tobas que pueblan las riberas del alto Pilcomayo, acababan de exterminar las fuerzas expedicionarias del Dr. Crevaux que emprendía, tiempo atrás, la misma exploración desde Bolivia hasta las costas del Paraguay. Este antecedente hacía redoblar el celo y me obligaba á agotar la última precaución á fin de evitar la suerte adversa de mi infortunado antecesor, cuyo itinerario debía yo recorrer en sentido opuesto.

La circunstancia de ser nuevo y desconocido en el país, era un poderoso estímulo para mi amor propio ya lastimado por diferentes sueltos en algun diario y apreciaciones apasionadas de algunos adversarios por sistema ó envidiosos por condición.

Debía destruir con hechos las arriesgadas suposiciones. Debía llegar desde el Paraná á Bolivia. Debía atravesar el Chaco en su totalidad desde el Timbó al Tartagal aun á costa de mi vida. Lo hice, y olvidé mis azares y mis sufrimientos: queda á este respecto mi amor propio satisfecho. Los

mismos diarios que lanzaban al público la duda del éxito, los mismos círculos que vituperaban al Gobierno por poner en manos desconocidas una misión tan importante como delicada, han acabado por reconocer su error y convertir sus críticas en elogios. Se los agradezco aunque no me reconozco acreedor á ellos. Cumplí mi deber en armonía con las prescripciones de mi conciencia.

Los resultados científicos de esta expedición, si bien fueron suficientes á llenar su principal misión en cuanto al estudio general y utilidad práctica, no fueron del todo satisfactorios en el detalle. La falta de recursos perdidos en su mayor parte por accidentes y el rigor de los elementos á combatir cada día, el personal deficiente y tantas otras causas se opusieron á ello en la prolongada jornada de diez y siete meses.

No espere el que lea este libro, encontrar en él bellezas literarias, cultura de forma, galanura de estilo ni fluidez de lenguaje. Este libro es simplemente la transcripción fiel de mi diario, escrito consuetudinariamente á la hora en que el cansancio extremo de los accidentes del día mas ó menos azaroso, me exigía el sosiego.

Tal como está, en un orden, por decirlo así, cronológico, sin unificar los hechos, sin agrupar sus caracteres, habla indistintamente de costumbres ó de luchas, de marchas ó de clasificaciones, en una palabra, es el reflejo de mis impresiones, tales y como ellas se han ido presentando.

Es mi intención escribir mas tarde una obra de mas aliento, en la cual trate la geografía del Chaco en relación con las cordilleras del Norte y Oeste, Cachipunco, Lumbraera, Santa Bárbara, Calilegua, Oran, Chiriguano etc., que tambien he recorrido y explorado, á la vez que sus referencias científicas como resultado de mis propias observaciones, en ampliación de lo constatado en mi libro «*Una Expedición por las regiones mineras del Norte de la República*» en el cual hago una ligera reseña de sus caracteres exclusivamente mineralógicos atendiendo á su estratigrafía y petrografía.

El amante de la vida práctica, de la ciencia del mundo, verá en el rudo lenguaje de este libro la manifestación genuina del sentimiento de viajero, sin el amaneramiento del gabinete, sin el pulimento, la corrección de una obra literaria. Esto requiere un tiempo

del cual no dispongo, y le quitaría el sabor natural que aún conserva.

La parte científica, resultado de la recopilación de los trabajos llevados á efecto en la expedición á que este libro se refiere, constan en un volúmen de 1.600 páginas en cuarto mayor intitulado *Campaña del Chaco—1884*—en el cual se rinde minuciosa cuenta de esta expedición al Superior Gobierno, agregando numerosos estados de las diferentes ramas que han sido objeto de estudio de la Comisión, determinación de los campos útiles, clasificaciones de las maderas de aplicación, relevamientos, coordenadas, observaciones meteorológicas, etc. etc. y un plano general de gran tamaño en el cual se señalan especialmente los itinerarios seguidos tanto por esta Comisión como por las diferentes fuerzas que operaron en sentidos diversos.

Remito al lector al conocimiento de la obra indicada, en el caso de desear darse cuenta de cada uno de estos informes parciales.

EL AUTOR.

CAPÍTULO I

EN MARCHA

Embarcamos en la cañonera «Maipú», al mando del coronel Sr. Ramirez en el muelle de las Catalinas despues de la despedida oficial, y zarpamos del puerto de Buenos Aires á la 1 p. m., del dia 1º de Octubre de 1884 con tiempo excelente, que no se interrumpió durante este primer dia de nuestro viaje.

A las cuatro, un pequeño rozamiento con la arena nos sobresaltó un poco, haciéndonos temer una varada, pero no tardó en volver la tranquilidad á los espíritus y en quedar la alarma disipada en vista de que el incidente no habia tenido consecuencia alguna.

A las cuatro y media pasamos ante la Isla Martin Garcia encontrando en aquellas aguas la cañonera «Constitución», que hizo el saludo de ordenanza á su Excelencia, como se lo habian ya

hecho los buques de guerra surtos en el puerto de Buenos Aires, que acabábamos de abandonar. Allí dimos fondo por la tarde, porque parece que el río no ofrece grandes seguridades á la navegación en aquel parage; á la mañana siguiente zarpamos de nuevo con tiempo no menos hermoso que á nuestra salida de Buenos Aires, y comenzó á desarrollarse lentamente ante nuestros ojos, á la primera luz matinal, el panorama de una costa llena de encantos, digna del idilio, por su hermosura y por su riqueza. A las 7 1/4 llegábamos á Rosario y encontrábamos el transporte «Roseti», que debía seguir nuestro mismo rumbo, cargado de efectos, mulas y tropa.

Este buque salió durante nuestra permanencia; nosotros permanecimos en el puerto hasta las 12 1/2, empleando estas horas en pescar y en visitar el Rosario, ciudad importantísima, bella y próspera en un grado que excita admiración. Entre los monumentos que en su recinto guarda, nos pareció notable una alegoría de la libertad que adorna y realza la plaza principal, coronando una columna en cuya base se destacan las figuras arrogantes y severas de los héroes de la libertad argentina: San Martín, Moreno, Belgrano y Rivadavia. Magestuoso grupo cívico! En el Rosario compré escopetas y otros utensilios necesarios al personal de mi comisión. Continuando el viage, continúan también las bellas perspectivas y los paisajes risueños ó

pintorescos, la línea de costa que se dilata variada, seductora, espléndida, renovando sin cesar nuestro entusiasmo: parece que la naturaleza quiere sembrar de flores el camino de los que tan arriesgada expedición emprenden, por el bien de la patria y de sus semejantes. A la 6 p. m. tuvimos que fondear á causa de la poca agua que el río traía, y no tardó en levantarse una espesa niebla que nos rodeó por completo, corriéndose como un telón inmenso ante el panorama de la costa, que ocultó enteramente á nuestra vista. Aquella cerrazón, que duró toda la noche y aún una parte de la mañana, impedía navegar sin exponerse á grandes riesgos y hubimos de mantenernos hasta que el sol rompiendo con sus rayos, de súbito, la bruma, nos despejó el horizonte y nos alumbró la inmensa ruta del río. Entonces era de ver como surgía de entre los girones de la neblina, el cuadro borrado por un instante, de las bellezas del litoral; todos los detalles reaparecían y se destacaban mas claros y mas brillantes, despues que los había envuelto la sábana húmeda de la niebla.

Levamos anclas á las 8 1/2, y á la una ménos cuarto llegamos á Paraná; frente á la punta del Diamante encontramos varado el vapor «Centauro».

Proseguimos nuestra navegación, saliendo de Paraná á la 1 y 20 mts. Como á las cinco de la tarde, y á la altura de Antonio Tomás, llegó á nuestros oídos de repente ese grito supremo de

angustia y de misericordia que en el mar, y en medio de la noche, resuena con horror indescrip-
tible conmoviendo hasta las almas mas frias de los
hombres mas fuertes: ¡hombre al agua! Acto con-
tinuo, toda la tripulación se puso en movimiento
y, bajo las órdenes enérgicas é inteligentes del co-
mandante del buque, se tomaron todas las dispo-
siciones para salvar al infeliz que había caído ó
que se había arrojado al rio (en el primer momen-
to no podía saberse la verdadera naturaleza del
hecho), y que aparecía ya como á una milla de dis-
tancia forcejeando con la corriente. Paróse la
máquina, quedando el barco casi quieto y se arrió
un bote que se envió en dirección del náu-
frago, tripulado por vigorosos muchachos. No
tardó en saltar sobre cubierta un hombre jadeante,
casi exánime, con las huellas de la congoja y del
terror todavia marcadas en el rostro amoratado
por el esfuerzo físico colosal que había hecho. En-
tónces supimos que era un fogonero, que había
tenido motivos de disgusto y pependencias con el
primer maquinista y que, desesperado, había con-
cluido por tirarse al agua, con ánimo de no volver
jamás al buque.

El dia 3 concluyó sin mas incidentes. Despues
del anterior, marchamos sin novedad, en aguas
tranquilas y bonancibles, hasta las 7 menos cuar-
to, que el práctico fué de opinión de que no se si-
guiera adelante y, en efecto, nos detuvimos otra vez
para pasar al ancla la noche.

Levamos al día siguiente al rayar la aurora; los madrugadores que habían dejado el lecho para saludar el nuevo día y presenciar la nueva marcha, entregábanse de lleno á la alegría que inspiraba á todos la vista del río, sereno y manso, el vago despuntar de la luz iluminando tenuemente las aguas y la perspectiva de una jornada feliz. Animábanse las conversaciones y nacían de cualquier asunto, aun el mas fútil, y de cualquier objeto, aun el menos significativo, con esa espontánea facilidad con que brotan entre personas ociosas y contentas. En el número de estas, que habían acudido sobre la borda dejando el reposo del lecho y el regalo del sueño para contemplar el despertar de la mañana, contábame yo, que agrupado con mis compañeros me estasiaba ante el hermoso espectáculo. No tardó el práctico en anunciarnos que nos aproximábamos á la moderna ciudad de la Paz, fundada por el general Ferrer por los años de 1842, durante el gobierno de Rozas. En efecto, á las diez a. m. dábamos fondo en aquel puerto, en ocasión que nos preocupaba y absorbía la perentoria necesidad del almuerzo, imponiendo trégua á nuestro deseo de asomarnos á contemplar la capital que ante nosotros se dibujaba en líneas clarísimas brillantadas por el sol ya muy avanzado en su carrera.

Y hé aquí que una lancha se aproxima y en ella resuenan de repente mil acordes confusos y diver-

sos que nos saludan, hiriendo nuestros tímpanos con una algarabía feroz. Era una banda, militar ó civil, que no llegamos á aclarar este punto importante, no dejándonos la desagradable brusquedad de la impresión recibida, tiempo ni ánimo para hacer tamañas investigaciones, era una banda, digo, civil ó militar, que festejaba nuestra llegada dándonos el concierto mas estupendo que oyeron nacidos. Pifanos y atabales en competencia, y trombones y flautas de ronco son, herian el aire furiosamente y ponían con su estruendo en fuga á las aves de la mañana.

Nosotros tambien hubiéramos huído de aquellos músicos implacables, dándolos á Satanás, si la obra muerta del buque no sirviera de valla á nuestro estrecho recinto.

A ser yo el ministro, los contrato para colocarlos en primera línea de la vanguardia de la expedición, seguro de que no hay indio ni fiera que se atreva á arrimarse á ellos en dos leguas de distancia, porque aquellos sopladores de fuelle, al revés de Orfeo, eran para espantar á todos los vivientes. Por fin, á las doce del dia dejamos el barco, felicitándonos de vernos libres de aquella calamidad, y pronto hubimos de olvidarla al influjo de nuevas sensaciones mas gratas que la contemplación de la naturaleza nos sugería.

A las 4 y 20 nos hallábamos frente al riachuelo Guaiquiraró, tributario del Paraná, que divide las

provincias de Entre-Ríos y Corrientes, y entonces se desplegó á nuestra mirada un paisaje tan bello, tan rico de matices, tan vário y tan espléndido, que la imaginación mas viva no pudiera concebirlo igual ni el pincel mas inspirado pintarlo semejante. Subía la noche, noche de luna llena con túnica de plata, serena y armoniosa, y mas armoniosa y mas serena en aquellos lugares que son la serenidad y la armonía mismas. La impresión total del cuadro yo la sentía y en mi cerebro se grababa, y en mi retina, pero no podría traducirla.

Había allí gradaciones de luz indescriptibles, reflejos en la onda, y murmullos poéticos, sombras en la extension, en el cielo arreboles y en todo el conjunto magestad y poesia. Pero habiamos de ver aún algo más hermoso, un eclipse de luna, eclipse total. En aquel teatro el fenómeno revestiría una belleza suma, y á observarlo nos aprestamos, proveyéndonos de un antejo astronómico que puso amablemente á nuestra disposición el comandante del buque. Imposible describir tal eclipse en su producción lenta y sucesiva. Fué cubriendo el disco lunar, y á medida que cubriéndose iba, iba tambien poco á poco amenguando la luz pálida en que el paisaje estaba bañado, y entraban los objetos en la sombra creciente que no tardaría en convertirse en noche absoluta, todo como si una mano invisible y poderosa fuese bajando la mecha de una gigantesca lámpara. ¡Soberbio efecto!

Fondeamos cerca de las 9, disponiéndonos á esperar pacientemente el día 5, domingo, en el que debíamos llegar á Goya y asentar por fin el pié en tierra firme, dejando el líquido elemento en el que nuestro ser se reconoce como desequilibrado, por mayor que sea su adaptación á ese medio incierto y oscilante; todos abrigábamos esta risueña esperanza, pero nuestro práctico vino á defraudarla, declarando al comandante que había un mal paso y que no le parecía prudente seguir adelante sin cerciorarse previamente de lo que pudiera ocurrir. En consecuencia, procedióse al sondeo; practicóse la operación por varias veces, mientras nuestros corazones latían precipitados y nuestros ojos se clavaban con ansiedad en los del práctico, el cual concluyó por desarrugar su feísima cara y manifestar que se podía levar ancla y seguir navegando, y así se hizo, en efecto á las 10 y 20 a. m. A las 2 p. m. llegamos á Goya, y como el buque debía proseguir viage inmediatamente, no se dió orden de desembarque. La contrariedad se pintó en todos los rostros, y no faltó quien se eclipsára impulsado por deseos vehementes; pero no tardó en renacer el buen humor en los ánimos al levar anclas á las 3.20, ante la idea de llegar á buena hora á Bella-Vista y pasar la noche en tierra. No bien se avistó Bella-Vista y se dió la voz de fondo, la impaciencia de los expedicionarios, contenida hasta entonces, se desbordó

impetuosamente, y lanzándose todos en tropel sobre los botes que se apercebían para el desembarco y sobre las bandas y sobre la escala, todo era confusión y desorden y gritería. ¡A tierra! exclamaba todo el mundo, y á tierra se iban todos prometiéndose encontrar en ella algo bueno ó por lo menos algo nuevo. Recorrimos algunas calles, sin ver alma viviente, ni signo alguno revelador de la vida, hasta que quiso nuestra buena suerte que diéramos con una especie de tienda-café que se nos apareció, en medio de la soledad que nos circundaba, como un oasis en el desierto. ¡Eureka! gritamos; y nos lanzamos con un solo impulso hácia el establecimiento, porque cada uno tenía una necesidad ó un deseo, y en él se prometía satisfacerlo. Unos, fumadores recalcitrantes, deseaban sobre todo cigarros; otros, mas gastrónomos que fumadores, iban en busca de manjares apetitosos con que regalar su paladar y no pocos buscaban con empeño naranjas á falta de otro refresco, sin encontrarlas en parte alguna. Provisto cada uno de lo que apetecía, excepto los que perseguían las deseadas naranjas, nos disponíamos á regresar á nuestro buque, cuando se nos puso delante la primera autoridad del pueblo, como quien dice el Sr. Juez Municipal, que venía á comunicarnos la fausta y honrosa nueva de que se preparaba para aquella misma noche en Bella-Vista un baile de alto copete y que estábamos invitados á la fiesta. Como

por encanto, se transformó nuestro plan y se torció nuestra dirección; en lugar de seguir la ruta que llevábamos para encaminarnos abordo, nos alineamos detrás de la autoridad rural y seguimos el camino que nos trazaba. Todo fué obra de un minuto; dijérase que era ya cosa convenida y acordada y que íbamos á cumplir alguna importante misión. Un baile, es seductora tentación para los que viajan y han pasado algunos días lejos de la tierra y de sus atractivos y diversiones. Así es que nos llenó de gozo la amable invitación que nos hiciera el funcionario judicial de Bella-Vista y nos encaminábamos llenos de ilusiones hácia la casa en que debía verificarse. No había lugar ni medios de modificar nuestra *toilette* de viajeros, y tuvimos que aceptar las circunstancias tales como se presentaban y limitarnos á dar un retoque rápido á todo nuestro vestido, limpiándonos, doblando con esmero nuestros cuellos desaliñados, quitando el polvo á nuestros zapatos. . . Ea, ya estamos hechos unos dandys; ánimo, y adentro. Así como así, no hay que pretender que los que han hecho una larga travesía fluvial y han saltado en tierra desprevenidos y sin tener noticia de esta sorpresa, se presenten en un salón de baile como la etiqueta manda.

Pero, buena etiqueta te dé Dios! No valía la pena de haberse apurado. Llegados que fuimos al lugar del *sacrificio*, se nos presentaron las cosas

en su verdadero aspecto. Era la casa un rancho sin piso, y la concurrencia componiase de cuatro gauchos ataviados con el tradicional chiripá y demás accesorios; las bellezas eran cuatro ó cinco tipos de raza indefinida, propias para infundir á los pequeñuelos el legendario miedo del *coco*. Excusado es decir que el baile fué espléndido y que nos divertimos en alto grado.

El juez municipal y su agente, bailaron como peonzas, luciendo su destreza coreográfica, y probando que la justicia en Bella-Vista sabe bailar, ó lo que es lo mismo, que es flexible. Y lo que bailó el juez era una cosa que no tiene nombre, ó que lo tiene tan extravagante que ha escapado á mi memoria.

Me lo repitió la autoridad infinitas veces y no lo recuerdo. De todos modos, el juez es un bailarín furioso y el agente, es en el arte de Terpsícore, su predilecto prosélito. Pero el héroe de la noche fué sin duda el capitán Casas.

Llevaba un traje de dril de hilo crudo y un gorro turco; hombre de un humor excelente, bailaba con verdadera fé, haciendo una porcion de figuras divertidas, ante el juez y su acólito que abrían tamaños ojos de asombro. El juez lo tenía por turco auténtico y calificado, de la mismísima Constantinopla. Y es de saber que el susodicho representante de la justicia en Bella-Vista, sin duda por haber sido muchas veces cabeza de Tur-

co, se muere de amor por el Bósforo y delira por todo lo otomano; él quisiera aprender el idioma que hablan los súbditos del Gran Sultán y, según su propia expresión, estaba desolado por no tener en los dominios de su vara justiciera algún turquito que se lo enseñara. El buen señor padece de turco-manía, no sé si hereditaria, pero de seguro muy aguda, lo que hace temer que todo ande por su jurisdicción á lo turco. Cuando el capitán Casas hacía alguna de sus peregrinas evoluciones y le iba á los alcances al de la vara, este se colocaba á *honesto distancia* y decía con candor verdaderamente paradisiaco: «Como yo no conozco las costumbres de estos musulmanes, será prudente no acercarme mucho á ellos cuando están así entregados á sus placeres». La noche concluyó sin más consecuencias; nos despedimos á lo turco del juez y su satélite, diciéndoles: «Alá os guarde». Era cerca de la 11[2], y el sueño reclamaba ya imperiosamente sus fueros, por lo cual cada uno se dispuso á tener una sesión con Morfeo. Pero mi buen amigo Casas, que era vecino mío de cama en la «Maipú», desvelado y siempre de buen humor, apenas me dejó pegar los ojos en toda la noche, comentando con su habitual donaire los últimos sucesos y esponiéndome gozosamente sus impresiones. A las 5 a. m. del día siguiente, 6, salimos con dirección á Corrientes, á donde llegamos á las 3.30. Después de las visitas oficiales de rú-

brica, desembarcamos acompañando al señor Ministro, que fué recibido por las autoridades con los honores debidos á su alto rango, alojándose en la casa del gobernador durante el día que permanecemos en la localidad. Las fuerzas que la guardaban habian formado en tierra en el momento del desembarco de S. E. A las 8 de la noche se dió la orden de embarcar en el «Rosetti», que debia salir aquella noche misma con destino al campamento del Timbó; y así lo verificamos con objeto de establecer á tiempo nuestras carpas ó tiendas de campaña, y organizar desde luego los trabajos formales de la Expedición.

El «Rosetti» no es un buque confortable ni mucho menos; buque de escuadra secundario; para su construcción no se tuvieron en cuenta las condiciones que se exigen en buques de mayor importancia y destinados á otros usos. Es un transporte que no brinda ningunas comodidades, y calcúlese como sería en aquella ocasión, lleno de gente y de animales que lo atestaban y óbstruían.

Habia que poner buena cara á las circunstancias y no ser exigentes. Despues de todo, nos deciamos con heróica resignación, no se trata mas que de una noche, y una noche de cualquier modo se pasa. Cada cual se acomodó como pudo; yo dormí encima de la rueda de babor. Habiendo salido á las 11.20 p. m. á las 5 1/2 a. m. nos encontrábamos frente al campamento.

CAPÍTULO II

EN CAMPAÑA

ORGANIZACIÓN DEL CAMPAMENTO—EXPLORACIONES PRELIMINARES—PRIMERA MARCHA

Hémos ya en campaña, en pleno Chaco, á una distancia enorme de Buenos Aires, la gran metrópoli argentina, y á una distancia moral todavía mas grande. La naturaleza se desarrolla en todo el lujo de sus fuerzas y ostenta un sello de magestad que sorprende y cautiva. Tal es el teatro de mis operaciones, en el que puse el pié por vez primera el día 8 á las 9 1/2 de la mañana, ocupándome enseguida de desembarcar todos los objetos y útiles que llevaba y en trazar mentalmente el plan de mis futuros trabajos. Armé las dos carpas y ordené la instalación, con todos sus detalles y accesorios, en la mejor forma posible. El extravío de un bullo marcado con el número 5 en el que venían los principales instrumentos, como brújulas, teodolitos, termómetros de máxima y mínima, barómetros, microscópio, etc., etc., tuvome preocupado durante todo este primer día. Lo busqué y

lo hice buscar por todas partes, inútilmente. Al día siguiente, como se practicase un último registro en la bodega del buque, sin esperanzas ya de recobrarlo, lo vine á encontrar por fin debajo de un monton de tablas y efectos inútiles. Pasé también la mañana del día 9 en estas pesquisas y en tomar las últimas disposiciones para el arreglo del campamento; por la tarde, acompañado de cuatro hombres, salí con objeto de reconocer y examinar el terreno de los alrededores del campamento, á cuyo efecto abrí varias zanjas, obteniendo por resultado de mis investigaciones el conocimiento de una tierra riquísima, con una capa de 1,69 m de humus ó tierra vegetal en la que predominaba notablemente la arcilla, y considerablemente rica en hierro. La flora es abundantísima en gramíneas, leguminosas y solanáceas, de cuyas especies se han recogido variados tipos; sospecho que no lo es ménos la fauna, aunque hasta ahora me ha faltado tiempo que dedicar á su estudio.

Estoy en presencia de bosques primitivos, verdaderamente salvages, algunos infranqueables hasta para el hacha del explorador. Hay verdaderas selvas vírgenes, de un espesor tal que la luz apenas las penetra y en su seno reinan la soledad, el silencio absoluto y la sombra. Esta es América, la *virgen del mundo*, como la ha llamado Quintana. La naturaleza aquí tiene grandiosidad suma. Todo tiene proporciones colosales, y el rumor que

se levanta de las cosas sin medida y sin límite, es inmenso; dijérase que es la voz poderosa de la naturaleza libre, no enmudecida por el estrépito humano. Estos bosques abundan en ricas maderas.

Estoy, pues, satisfecho del resultado de mis exploraciones en este primer día, pues aunque mi colección zoológica está aun en embrión, el país se presta á un vasto estudio y me parece que no dejará defraudadas mis esperanzas ni mis esfuerzos bien á pesar de tantos augurios pesimistas como se me han hecho desde que anuncié mi viage, sin conseguir quebrantar mi confianza. El día 9 hice otra salida, encaminándome al monte con seis hombres armados y provistos de palas, picos y hachas. Deseaba observar de nuevo el terreno en parajes distintos á los en que ya lo habia efectuado y penetrar, si fuese posible, en el bosque. Hice abrir dos nuevas zanjas, y encontré una espesa capa de mantillo ó tierra vegetal muy oscura y cargada de sustancias calcáreas, otra inferior como de 70 centímetros, de cal y arena, y en la parte inferior un terreno grueso y compacto que me pareció de aluvión. El monte no suministró á mi observación ningun dato nuevo, y cuando emprendia el regreso, un ruido característico, semejante al roce de una caja de fósforos, que llegó hasta mis oídos, hizome detener, suponiendo que fuese una serpiente de cascabel.

Era efectivamente el primer ejemplar de *cróta-*

lus horridus que se presentaba á mi vista. Lo perseguí hasta lograr su captura. Volví á la carpa rendido de cansancio y con fuertes dolores en los piés que no tardaron en cubrirseme de ampollas, cosa muy esplicable, por lo demás, pues habia andado de 7 á 8 leguas.

Al dia siguiente salí mas tarde que de costumbre, por haber tenido que descansar de la larga y dura jornada del anterior, y haber dormido largamente; á las 7 me levantaba atormentado todavía por un violento dolor de cabeza que habia adquirido permaneciendo tanto tiempo al sol, y pudiendo apenas andar. Salí á las 8 con el fin de arreglar algunas dificultades que se presentaban por la llegada de los Sres. Hawer, Thimm y Edelmann, miembros de la comisión que el dia antes se nos habian incorporado. Estas dificultades se referian á la cuestión de proveeduría, pues era preciso racionarlos de carne y viveres secos. Por la tarde tuve que quedarme en la carpa, siéndome materialmente imposible calzarme, y me ocupé en los trabajos preliminares de mi diario. Hawer, Edelmann y Ortiz fueron al monte. Como el señor Thimm, nombrado ingeniero de mi comisión desconocia absolutamente el español, tuve que rogarle al señor don Francisco Host, Teniente Coronel de Ingenieros Militares y jefe de la comisión de su cuerpo, que accediera á tomarlo como ayudante suyo, puesto que ambos, alemanes, po-

drían entenderse perfectamente; y aunque el Sr. Thimm habla el francés y podía en ese idioma entenderse con migo, no sucedería lo mismo con los soldados cuando las necesidades lo obligasen á separarse de mí. Prestóse el Sr. Host á mi deseo con su amabilidad acostumbrada, ingresando en la comisión con tal motivo el jóven y simpático ingeniero D. Emilio Donegani, que goza de buena y merecida reputación en su carrera. Ya esto acordado y resuelto, fué verbalmente sometido á la aprobación de S. E. el señor Ministro, y concedida su autorización, quedó definitivamente formada la comisión del modo siguiente:

Jefe	Dr. D. Leopoldo Arnaud
Ingeniero	« Emilio Donegani
Coleccionista zoológico	« Carlos Rodrig. Lubary
« botánico	« Alejandro Edelmann
« geológico	« Toribio Ortiz
Agrónomo	« Juan Hawer.

A primera vista se echa de ver lo deficiente é incompleto de esta comisión: faltan en ella los preparadores, que son imprescindibles porque no hay posibilidad de reemplazarlos ni de atender, faltando sus auxilios, á todas las necesidades y múltiples menesteres que lleva aparejados una expedición semejante. Es necesario cuidar de la colección, formarla y conservarla; hacer diariamente análisis de los terrenos, un estudio especial de cuanto presente interés ó novedad bajo algun concepto, y

luego escribir el diario, del que no se puede prescindir en modo alguno, porque es el vivo testimonio y el resultado práctico y útil de la labor científica. Se requieren inexcusablemente personas á cuyo cargo esté la satisfacción de esta necesidad principal en expediciones de la índole de la nuestra: especialistas en la preparación de las piezas las cuales, á estas temperaturas, se descomponen de un día para otro y que, por ello, han de ser preparadas sin demora y con esmero.

Sin embargo, procuraré suplir de cualquier modo esta falta sensible; con gran esfuerzo y con mucha voluntad, acaso consiga sustituir, por lo ménos parcialmente, con los escasos elementos de que dispongo, la obra naturalmente reservada á los preparadores.

El día 11 fué un día casi perdido para los fines de mi viage; durante él no hice ningun trabajo que merezca contarse, porque todos los obreros de que disponía el campamento estuvieron ocupados en establecer las carpas del Estado Mayor, que hasta entónces había permanecido á bordo de la «Maipú» con el señor Ministro, y en estender la línea telegráfica que á toda prisa iba desarrollándose á través de la campaña. No fué posible disponer de un solo hombre para los trabajos prácticos y de peonaje de la comisión, ocupados como se hallaban todos en las tareas indicadas, y así tuvimos que renunciar por completo á ellos, echando mano tan

solo de los auxiliares, quienes pudieron recoger algunos ejemplares de mas ó menos importancia, mas tarde agregados al escaso contingente que habíamos logrado reunir.

Se circuló, para ser firmada por los jefes, un acta en la cual se hacía constar la ocupación de aquel lugar, llamado hasta entónces Timbó, é izada que fué la bandera argentina en señal de la toma de posesión, se designó al Teniente Coronel D. Francisco Host, jefe de la comisión de ingenieros militares para que trazase el proyecto de una población que se denominará Puerto Bermejo (1). El calor era sofocante, los termómetros marcaban 34° centígrado á la sombra, y 37 al sol; los barómetros bajaron durante la noche, declarándose una ligera tormenta de rachas periódicas, algunas de ellas bastante fuertes y chubascos leves que cesaron á las 9 de la noche. La atmósfera estaba cargada de electricidad; á ratos rasgaban la oscuridad relámpagos intensos, pero no se oía tronar. No tardó en desaparecer este aparato tempestuoso tornándose la noche serena y tranquila. El dia 12 amaneció bellissimo, y la primera novedad que encontramos en el campamento, fué la carpa del señor Ministro, armada y dispuesta para recibirlo. Sin embargo, no se instaló en ella definitivamente, permaneciendo por entónces en la

(1) Los jefes de la expedición debían contarse como fundadores.

«Maipú». La instalación del telégrafo aun no había concluido, y continuaba absorbiendo á todos los obreros hasta el punto de que, habiéndome dirigido en petición de alguno, al Coronel Obligado, Jefe del Estado Mayor, este me respondió que, por el momento, era absolutamente imposible separar ni uno siquiera de la faena á que estaban dedicados. En vista de esta imposibilidad, me resolví á emplear el día en ultimar ciertos detalles, y me lo pasé en la Comisaria pidiendo que me fuesen facilitados los útiles necesarios para la marcha que, según noticias, debía verificarse de un día á otro. Estas oficinas militares concluirían con la paciencia de Job. A cualquier cosa que se pida, por mas necesaria que sea, responden con esta fórmula invariable: «haga Vd. una reclamación.» Se presenta la reclamación exigida, y entonces dicen: «que la firme tal ó cual jefe». Se busca al jefe tal ó cual, y este se excusa afirmando: «Eso lo debe firmar otro, y á mi solo me cumple ponerle el visto bueno.» Resulta luego que el comisario no opina igual y que hay que hacer otra reclamación porque aquella está llena de enmiendas; que no aparece el comisario porque se fué á despachar otro pedido; que hay que esperar, y cuando por fin viene y firma, tenemos que se cerró la proveeduría, y si, por ejemplo, lo que se pedía eran víveres, héte ahí un hombre que trabajó todo un día para

comer y no lo consiguió. En fin, el calvario de Cristo con todas sus caídas. ¡Oh, admirable y previsora administración! Cuando el pedido se refiere á útiles, el caso que ocurre es muy gracioso: se pide una montura; la dan, pero falta el bozal.—«No hay de eso»—dice el oficial de la comisaría. Pues entónces, ganariamos todo este tiempo montando en pelo y cargando las acémilas con hilo de coser botones. Tuve que sostener una verdadera lucha antes de lograr que me diesen algunos efectos para trasportar todos los cajones y demás enseres de la comisión en la primera marcha que, á decir verdad, la deseo con toda mi alma por verme libre de estos enredos, y lanzarme, solo con mi gente, á la vida de los peligros y de las aventuras, mejor aún de las grandes impresiones.

El día 13 llegó el «Rosetti» con 400 caballos y mulas destinadas á la expedición y fué este un nuevo motivo para ocupar el personal. No se hizo por esto ningun trabajo que requiriese el auxilio de obreros. Por la tarde, cuando los señores Hawer y Edelmann se disponían á ir conmigo al monte, repentinamente bajaron los barómetros y á las 3 comenzó á soplar con fuerza el viento Sud, indicándonos que debíamos preparar nuestras carpas: el temporal no tardó en venir. Y fué récio. Relámpagos deslumbradores y fuertes truenos alumbraban y ensordecían el espacio; el agua

caía con fuerza extraordinaria y amenazaba inundar el campamento, y para que el espectáculo fuera completo y completo el azote, secundó á la lluvia una granizada cuyos trozos de hielo alcanzaban el tamaño de una nuez. El mal tiempo duró toda la tarde y empezó á ceder lentamente desde las 8 $\frac{1}{2}$ p. m., calmándose por completo á las dos horas y quedando la noche clara y apacible y el cielo despejado y luminoso, á tal punto que, de no estar el campo intransitable por la tierra reblandecida, todo invitaba á una escursión de recreo por la poética orilla del río.

El día 14, á las 6 a. m., me comunicó el coronel Obligado, Jefe de Estado Mayor, que debía partir dentro de una hora con la comisión de ingenieros militares que mandaba el comandante Host.

Salvadas las dificultades que origina la premura de una orden tan rápida, ordené la carga de acémilas con lo mas necesario dejando encargo de recoger varios cajones para ser trasportados con la columna.

Monté á caballo á la 1 p. m. lo mismo que la gente que llevaba á mis órdenes, para incorporarme á la comisión de ingenieros militares que había salido á las 10 $\frac{1}{2}$ a. m. Formaban en marcha 6 individuos de la comisión científica, un sargento con 16 hombres y ocho conductores (soldados), con cuatro mulas cargadas. Tomamos la direccion N. 58 O. é hicimos la jornada sin novedad, á no ser una pe-

queña desviación que sufrimos á tres kilómetros del campamento y que se salvó fácilmente gracias á un indio leñador que nos condujo á la verdadera ruta donde vimos las huellas de la gente mandada por el señor Host, á quien encontramos formando su campamento en el lugar denominado «Obrage de Carlos Campi» á 15 kilómetros del Timbó. Eran las 5 1/2 p. m. y mandé hacer alto allí para acampar y pasar la noche.

El día 15 se tocó diana por la tropa y por orden mia, á las 4 a. m. A las 5 montamos á caballo y seguimos nuestro camino sin que nos sucediera ningun incidente notable. Despues de andar unos 15 kilómetros, hicimos un descanso de una hora, por orden del comandante Host, con objeto de que este dejara en aquel punto establecida la primera Posta-Fortín de su comisión, y seguimos siempre con rumbo N. 43 O. hasta el 2º. Obrage de Carlos Campi, distante otros 15 kilómetros del sitio donde nos habíamos detenido. Allí descansamos de nuestra jornada de 30 kilómetros.

A medida que voy conociendo este país inmenso y casi desierto, pues solo está habitado en una pequeña porción por indios salvages, voy palpano algunas de sus riquezas, adivinando otras, me convenzo de que por sus singulares condiciones está llamado á ser el centro de una activa y copiosa emigración en lo porvenir. Estos territorios vírgenes son los mas propicios para el inmigrante,

no los lugares explotados donde sólo la suerte ó la casualidad pueden labrarle su bienestar. El hombre que, para resolver el problema de la vida, se vé en la dolorosa precisión de abandonar el nativo *terruño* y el techo paterno, debe dirigirse á los primeros con preferencia á los segundos.

El Gran Chaco es un país riquísimo, atesora tantas y tan cuantiosas fuentes de prosperidad, que no vacilo en augurarle un porvenir dichoso.

Henchidos sus bosques de preciosas maderas de construcción, palosanto, quebracho (colorado y blanco), Lapacho, Hurunday, algarrobo, birapitá, ñandubay, espinillo, timbó, biraró, jacarandá, palo-blanco, cedro que se emplea de igual manera en la ebanistería, y que es magnífico, reuniendo á la solidez la hermosura; los gigantes-cos huayacanes, espina de corona, huayaibí y guayábo, este último empleado y muy apreciado como leña para las máquinas de vapor; no abundando menos el ñaugaperé, yuquerí, moral y ceibo, cuyo carbón es de exquisita calidad para la preparación de la pólvora. Tales son los elementos naturales de riqueza que guarda en su seno el vastísimo territorio del Chaco y que la mano del hombre ha de explotar en breve.

Es de lamentar que el gobierno argentino no haya pensado ni piense en impulsar por algun medio el progreso de ésta privilegiada región; por ejemplo, estableciendo un ferro-carril portátil has-

ta el Bermejo, que parece ser navegable la mayor parte del año. Y luego, atrayendo pobladores, colonizando, aprovechando las fuerzas de la naturaleza, explotando los ricos filónes que encierra en sus entrañas, promoviendo en fin en todos sentidos su desarrollo é introduciendo en ella los mil elementos de la vida moderna. Esta comisión se propone presentar al gobierno un proyecto de explotación de toda ésta riqueza, proyecto que, de ser aceptado en forma legal, operaría un cambio completo y provechoso en el país.

Su belleza es superior á toda ponderación. Sólo los grandes poetas, al estilo de Chateaubriand cuando ha descrito la hermosura del nuevo mundo, pueden sentir y expresar estas grandiosas armonías naturales en que el cielo, y la extensión se confunden en sus matices y en sus rumores, y la luz y la voz de la selva virgen poblada de misterios, tienen la misma intensidad. Por todas partes la vista descubre maravillosos horizontes y perspectivas magestuosas. Estensas llanuras que se pierden allá en lo lejano, teniendo por límite espesos bosques; otras cubiertas de un verde tapiz de césped ó de gramineas; otras en fin cuya regularidad interrumpe alguna deliciosa isleta, debida á la influencia de alguna laguna ó arroyuelo que ha aumentado la fertilidad de la tierra, efecto sorprendente que hace recordar los mas bellos oasis del desierto árabe. Acá y allá bosques

de palmeras, de una regularidad y una simetría tales, que nos obligan á admirar cada vez mas las misteriosas leyes de la naturaleza. Caprichosas coníferas á cuyas ramas se enlazan robustas trepadoras, gigantescos vilanos que sobresalen con sus bolas de nieve, entre las verbenas, jazmines y otras plantas de jardín no menos apreciadas, que aquí solo sirven para perfumar la soledad de las selvas. Por los campos tenemos ocasión de admirar mas de una vez el trabajo prodigioso de ese diminuto insecto, en cuyo estudio empleó la mayor parte de su existencia Bukner, el sábio naturalista alemán. La hormiga es aquí, como en todas partes, una obrera infatigable; y su destino nos hace reflexionar frecuentemente sobre los arcanos de la psicología, para nosotros inaccesibles. Se ven hormigueros (*Iacuris*) en cantidad incalculable que se elevan hasta la altura de un metro, y cuyas divisiones nos muestran, si bien de un modo rudimentario, nuestros actuales órdenes arquitectónicos; bóvedas construidas con la habilidad más pasmósa, y bolas ó mejor dicho esferas de tierra hechas con regularidad tan perfecta que creo que, de medir sus círculos con un compás, se los hallaría absolutamente equivalentes. Estas bolas las he encontrado generalmente en medio de los hormigueros, y no me aventuro á emitir una opinión respecto de ellas, porque para mi constituyen una

novedad; no he leído, ni aún en Bukner (1) nada sobre el particular. Hé visto bolas análogas adheridas á algunos árboles, especialmente en el punto de bifurcación de dos ramas, en las cuales se descubre una multitud de hormigas gigantes de color parduzco y abdomen muy desarrollado. Són, según Donell, pertenecientes al género «*Furmica Phrateinses*». Pero esas aglomeraciones de fango, según datos, parece que son llevadas por un pequeño conirrostro para formar sobre ellas su nido, y las hormigas las arrebatan para construirse dentro sus habitaciones.

Las mimosas, las acacias, los cactus de variadísimas y á cual mas bella especie, las enredaderas que se extienden de árbol en árbol formando tupidos pabellones de flores, las campanuláceas infundibuliformes, las parásitas de rarísimas especies y bellísimas formas, que al principio sorprenden y entusiasman al viajero, acaban por dejarlo indiferente, pues encontrándolas en tanta abundancia, la vista se habitúa á sus efectos.

Ibamos de impresión en impresión, de entusiasmo en entusiasmo. Los cuadros se sucedían unos á otros, manteniendo el ánimo suspenso hasta el extremo de que olvidásemos por completo las fatigas y el rigor del clima en esta primera marcha. A los encantos del paisaje, que hé osado esbozar

(1) Vida psíquica de los animales.

apenas, debería añadir las graciosas peripecias del viaje, que interesarían de seguro á los que van buscando con preferencia en estos libros las aventuras. Aquí se cae una carga, allá se revela una mula contra su penosa condición y se encabrita y reparte coces á diestro y siniestro hasta que después de tanta brega y de recibir, por correctivo, una lluvia de sendos garrotazos, vuelve á colocarse pacientemente en la fila y se resigna de nuevo á soportar su malhadada estrella.

La marcha por el desierto es imponente, infunde verdadero pavor. En medio del silencio en que está sumida la inmensidad, sólo se escucha de cuando en cuando el graznido de algun loro, ó el ruido característico de alguna serpiente de cascabel; en el crepúsculo ó en la aurora, el aullido de algun tigre, el gemido lastimero de la puma, y siempre fieras, siempre peligrosas emboscadas.

Parece, sin embargo, que en presencia de estas potencias del desierto, cuando se siente amenazado por ellas, cuando oye cercano el rechinar de sus dientes ó el roce de sus garras, el hombre siente despertar todo el orgullo de su dignidad suprema en el orden de la naturaleza y, acordándose de que es el rey en ese orden, mas bien quisiera provocarlas que temerlas, queriendo probar así la definitiva superioridad de la inteligencia sobre la fúria y la fuerza.

En estas consideraciones y bajo la impresión de

tantas bellezas, íbamos avanzando en nuestro camino, unas veces silenciosos, otras distraídos con alguna canción popular que entonaba melancólicamente alguno de los soldados, y siempre pensando en el porvenir incierto y en la suerte azarosa que nos esperaba en nuestro peligroso viage á través de un país desconocido y tan sólo morada de los indios salvages, por entre espesuras pobladas por fieras y henchidas de ponzoñosos reptiles, sin contar las inclemencias naturales, el hambre, la sed, los rigores del clima, la intemperie. . . Nada, sin embargo, tiene poder bastante para dominar esta voz íntima de mi conciencia que me grita ¡adelante! y me aconseja seguir, siempre seguir, sin vacilaciones y sin desmayos hasta tocar la meta ó caer vencido.

Llegamos por fin al campamento establecido en el lugar que se conoce por 2°. Obrage de Carlos Campi, nombre de un italiano que, fijándose en las cercanías del Bermejo, se dedicó al negocio y comercio de maderas, y ganó una inmensa fortuna.

Apénas acampado, hice una visita á los ranchos de los obreros y tuve por primera vez ocasión de conocer el tipo del temible indio toba, ya domesticado por la civilización, á la que han servido de intermediarias aquellas gentes. Es de color oscuro, pelo largo y sedoso, muy negro, ojos rasgados y un poco oblicuos, alto, flaco y esquivo en su

mirada. No hablan por lo general el castellano porque huyen todo trato y roce con el cristiano; existe en ellos una prevención, un recelo instintivo, en el que se reconoce la ley histórica y social de la superioridad de las razas, en virtud de cuya ley las razas inferiores temen por instinto la influencia de las razas superiores, sintiéndola pesar sobre sí. Por esto, tiene la preocupación de que el cristiano, como llama genéricamente al que se encuentra en grado social superior al suyo, no puede ni debe ser su amigo. Ante él, siente vergüenza y envidia. Hé tratado, empleando todos los medios imaginables, de hacerlos hablar, de adquirir de ellos noticias, datos, informes que juzgaba habian de serme preciosos en adelante, dándome mucha luz sobre el modo de ser y condiciones de las tribus con que acaso tendría que chocar, pero no pude arrancarles una sóla palabra, una sola articulación, un sólo sonido, á pesar de mi solicitud y de mis ofertas.

En completa libertad, cada uno de nosotros tomó en el campamento el sitio y la posición que mas le plugo, y se dedicó á sus ocupaciones preferidas y á sus predilectos ejercicios.

Cazaban unos, descansaban otros mas gustosos de plácido sosiego que no de agitaciones cinegéticas, despues de tan largas caminatas, y otros comían, siendo los mas filósofos. Despachando estaba yo el *clásico* asado, cuando los obreros me

trajeron en obsequio el plato indio, *cauxuca loco* que consiste en maíz machacado y mezclado con pequeños fragmentos de carne. Comimos con excelente apetito, encontrando el plato sabroso aunque rústico, y nos disponíamos á acostarnos en paz para proseguir al amanecer nuestra marcha, cuando hé aquí que se aparece mi asistente, llamado Juan José Ruiz (a) Chileno, y me convida con insistencia á un baile que debían celebrar en nuestro honor los obreros.

Cedí á la amable invitación, á pesar de mi cansancio y mi deseo de dormir, porque era tentadora. Recordaba los divertidos episodios y las chistosísimas escenas del baile de Bella-Vista, y me los prometia semejantes ó mejores en este que debía tener, por otra parte, atractivos especiales. Se verificó en un claro del bosque, á la luz de una hoguera; la orquesta era un acordeón que tocaba un indio manso, y toda la música se reducía á los dos acordes que produce ese monótono instrumento á los movimientos de presión y dilatación que el brazo del ejecutante le imprime. El indio era diestro en su manejo, y el entusiasmo crecía en proporción de la celeridad con que abría ó cerraba los brazos. El elemento femenino estaba representado por tres niñas, de las cuales la mayor tendría apenas 15 años y una anciana cómo de 60, bailando todas confundidas, y la vieja con no ménos ardor que las jóvenes. Era de

ver su figura, agitada por el baile, á la luz rojiza de los troncos que ardian alumbrando buen espacio del bosque. El cuadro era extraño y original. Consistía su traje en un camison, especie de bolsa blanca sujeto á la garganta, con dos agujeros para sacar los brazos.

Nos acostamos, despues de reñir una verdadera batalla á pedradas con los perros gíbaros que en bandadas habian acudido al olor de la carne y le habian puesto sitio, amenazando privarnos de nuestra ración. Desembarazados ya de estos terribles enemigos, nos prometiamos descansar tranquilos, pero no contábamos con otro enemigo más molesto, aunque mucho mas pequeño. ¡Detalle prosáico y, sin embargo, indispensable para la fidelidad é integridad de este relato! Es el caso que, de repente, empezamos á sentir un escozor particular en el cuerpo que cada vez se hacia más insoportable y nos obligaba á llevar la mano y rascarnos con verdadero furor. Un verdadero prurito. Estas manifestaciones eran experimentadas por todos á la vez, como si fuese un repentino contagio. No tardamos en conocer la verdad de nuestra situación; ¡fea y repugnante verdad! Estábamos cubiertos de garrapatas que, como es sabido, se introducen en parte bajo la epidérmis y ocasionan un malestar indescriptible. Nos fué imposible dormir.

Al dia siguiente, 16, nos pusimos nuevamente en

marcha á las 5 a. m. con rumbo N. 32 O. haciendo un pequeño alto para establecer la segunda posta á 15 kilómetros, viéndonos obligados á hacer otro alto definitivo á las 11 1/2 a. m. en el lugar conocido por Posta de la Victoria, á causa del excesivo calor (39° cent.) y la fatiga de los caballos y cargueros. El campamento se estableció á los 7 1/2 kilómetros de la segunda posta, siendo la marcha total de 22 1/2 kilómetros. Los accidentes de esta marcha fueron análogos á los ocurridos en las anteriores. Acampados de nuevo, encontramos lo que hacía tiempo veníamos buscando con verdadera ansiedad: agua. El calor excesivo que se sentía había despertado en nosotros una sed extraordinaria, y el agua que traíamos, depositada en las caramañolas, habíase agotado. Pero no tardamos en sufrir un gran desencanto al apreciar las condiciones del agua cuyo hallazgo tanta alegría nos causó: era absolutamente impotable, por su suciedad y por su hediondez. Con este motivo, me dió á conocer mi asistente una planta (*bromeliacea*) llamada por los indígenas *chaguar* ó *chaguaratá*, que contiene un litro próximamente de agua riquísima, si bien un poco amarillenta. Su forma es parecida á la de una mazorca de maíz con la hoja, y en vez de fleco ó barba, levanta un tallo herbáceo con una flor asépala, monopétala, embudada, pentandria de color rojo. Bebí con verdadero placer aquella agua, tomé despues media docena de mates amar-

gos y me acosté disponiéndome á dormir como un bienaventurado, á pesar del enjambre de mosquitos y lábanos que se cebaban en nosotros.

Al día siguiente, 17, nos disponíamos, muy de mañana, á montar á caballo y salir; pero el sargento vino á comunicarnos la desagradable nueva de que durante la noche los caballos se habían escapado sin que pudiera la ronda detenerlos. Hémos, pues, condenados á una permanencia forzosa; sin embargo, como nos hallamos á dos leguas todo lo mas de Victoria, y contamos con las mulas que llevarán la carga, nos decidimos á ir á pié, pero el sargento nos advirtió de nuevo que era necesario esperar á los soldados que andaban en persecución de los caballos.

Efectivamente, como á las 6 1/2, divisamos á lo léjos unos bultos que al principio se nos aparecieron confusos, y ocuparon por largo tiempo nuestra atención: quien los tomaba por árboles, quien por carros, unos por fieras, otros por indios, y todas eran suposiciones y pareceres, hasta que, resolviéndome á abrir uno de los bultos que venían en los cargueros, saqué los anteojos de campo y con ellos pude ver claramente que atravesaban la planicie del desierto en vertiginosa carrera los caballos perseguidos por los soldados que en breve tiempo los condujeron hasta el campamento.

Faltaban ocho caballos, cuya pérdida nos era bastante sensible; pero el comandante Host no

opinó que se esperára á que pareciesen y, en consecuencia nos pusimos en marcha inmediatamente, dejando en el campamento al sargento y ocho hombres, para que con mas calma los buscaran. Salimos á las 7 a. m., y despues de una pequeña jornada de 10 kilómetros con rumbo N. 10. O. nos encontramos en el campamento Puerto Victoria, distante 67 1/2 kilómetros del Timbó ó sea Puerto Bermejo, que tal es su nombre actual. Allí nos establecimos esperando la columna que, segun cálculos, debía llegar en uno ó dos días. A las 3 p. m. llegó el sargento con la gente y cinco caballos, se perdieron tres que iban en acelerada carrera hácia el monte, en donde era peligroso perseguirlos.

Reinaba buen tiempo, y todos nos sentiamos cansados despues de haber hecho tanto camino sin detenernos; pero entre los bultos que se habian quedado en el Timbó, estaban los palos de nuestras carpas, por lo que fué imposible armar aquellas y tuvimos que pasar una noche más á la intemperie. La resignación se imponia en aquellas circunstancias, como en tantas otras porque habíamos pasado; no quedaba otra cosa que hacer, sino tomar el filosófico partido de dormir al raso, en el caso que dormir pudiéramos, esperando el dia siguiente para ir al monte, cortar estacas y armar la carpa en debida forma. Esto hicimos, en efecto,

y la noche se pasó como Dios quiso, *à la belle étoile*.

CAPÍTULO III

V I C T O R I A

PERIPECIAS EN EL BERMEJO—NOCHES DEL CHACO—
LLEGADA DE LA COLUMNA

Este día, esperado con tanto anhelo, fué para mí abundante en aventuras desagradables. La corriente del río Bermejo, que lame la orilla N. O. del campamento, se deslizaba, serena y límpida, con rumor armonioso; veíame sucio y lleno de polvo, y no pude resistir á la tentación de bañarme. Me decidí á atravesar el bosque, bajar la barranca y reconocer el terreno; había huellas de tigres, muy visibles, numerosas y recientes al parecer. Podía conjeturarse que debía andar por los alrededores una manada de doce ó quince cuando ménos. Pero, confiando en mi esperiencia y en mi audacia de antiguo viajero y en el poder de mis armas, que consistían en un buen rifle Winchester de repetición de catorce tiros y un buen cuchillo Rodgers en el cinto que debía sustituir al rifle en el caso, bien difícil por cierto, de que errase todos los tiros, no vacilé en llevar adelante mi idea. Además,

me seducen las aventuras estraordinarias, y hubiera considerado indigno de mi carácter retroceder ante los rastros de las fieras. Mi necesidad de bañarme era grande, por otro lado. Volví, pues, al campamento, y, provisto de ropa limpia, tohalla y jabón, fuimé hácia el rio. Dejé el rifle cerca de la orilla, casi al alcance de la mano, y me disponia por prudencia á no adelantarme más de lo indispensable en el Bermejo. Pero, cual no seria mi asombro cuando, apénas entrado en el agua, un poco turbia, me veo obligado á saltar un pequeño barranco por estar ya el centro de gravedad de mi cuerpo fuera de su base de sustentación y, por consiguiente, perdido el equilibrio, y al saltarlo, siento que me entierro en fango blando y pegajoso hasta la mitad del muslo y en lugar en donde era imposible que oyeran mis gritos desde el campamento! Mi situación era por demás crítica y seria: hundido así en el cauce profundo y resbaladizo de la corriente, en punto solitario y lejano del campamento, con la perspectiva terrible de las fieras que exageraba mi imaginación excitada por el peligro, haciéndome oír sus rugidos y sentir sus zarpazos en el fango, mis reflexiones no debian ser, en verdad, muy risueñas. Me consideré perdido; por más esfuerzos que hacía no lograba salir de mi funesto atolladero; levantaba una pierna, y naturalmente el peso del cuerpo gravitaba sobre la otra y se enterraba mas. Mi posición iba

siendo insoportable; había pasado en ella mas de una hora, y empezaba á desesperarme, cuando quiso mi suerte que apareciese un soldado que venia á la orilla á llenar un balde de agua. Grité hasta hacerme oír de él que, al principio, por no entenderme sin duda, no se dió prisa para venir en mi socorro; pero mi angustia iba aumentando por grados, pareciéndome que cada vez me enterraba más, y me puse á apostrofarle y amenazarle con verdadera fúria. Llegó por fin, [y despues de un cuarto de hora de esfuerzo, consiguió sacarme, y echándome agua con el balde, me lavó el lodo que me cubria. Me vestí y me fuí al campamento, jurando no volver á bañarme en el Bernejo, sin sondear antes repetidas veces el sitio por donde vaya á arrojarme.

Pero no habían concluido las malas impresiones y las ingratas sorpresas, dijera yo que aquel fué un dia nefasto, si fuese supersticioso. La tarde estaba hermosa, despejada, clara; por ninguna parte se apercibían señales de mal tiempo en el cielo diáfano: no habia alteracion en los barómetros, ni nubes amenazadoras, ni ráfagas crudas, ni el vuelo de las aves agoreras de la tempestad. Sin sospechar, pues, un cambio atmosférico nos acostamos buscando el reposo que tanta falta nos hacia y con tanta urgencia nos estaban pidiendo nuestros rendidos cuerpos. Yo me tendí en mi catre de campaña, despues de envolverme en el impermeable y de echarme encima

un par de mantas, por temor al rocío, pues me hallaba en la embocadura de un bosque, y hasta las 10 1/2 estuve fumando y sosteniendo animada conversacion sobre variados asuntos con el coleccionista zoológico de la comisión, el señor Rodriguez Lubarry, que había tendido su catre al lado del mío: á esa hora nos dormimos, y á las 12 ó la 1 nos despertó el chubasco mas récio y duro que hayamos nunca sufrido, verdadera lluvia de los trópicos, nuevo diluvio que amenazó ahogarnos y que, por espacio de mas de una hora, azotó furiosamente la tierra. El agua caía con fuerza extraordinaria, como en grandes chorros, produciendo un ruido atronador, la luz intensa de rápidos é incesantes relámpagos rasgaba la negrura del espacio y alumbraba siniestramente los campos, el redoble del trueno no cesaba de retumbar, y el espectáculo era grandioso y aterrador. Yo, nadando en mi cama, me arrojaba para evitar que el agua me mojase directamente, y acordábame con espanto del episodio del Bermejo, y pensaba en la horrible noche que hubiera pasado, hundido en el fango de su fondo, bajo la inclemencia de los elementos. . . .

Al fin amaneció el nuevo dia, dia lluvioso, pero moderado, que nos mostró la tierra humedecida y surcada por todas partes de arroyos que la lluvia de la noche había formado, y de lagunas, producidas por el estancamiento de las aguas en los sitios bajos y en las hondonadas. El campamento ofre-

cía un aspecto lastimoso; el fango lo cubría y lo ensuciaba todo; las sillas y jaeces de los caballos, esparcidas en desorden, las valijas y cargas de ambas comisiones Científica y de Ingenieros, que tuvieron sensibles pérdidas, las ropas y efectos, que se habían mojado completamente y que era imposible secar, pues seguía lloviendo. Se armaron á toda prisa y como se pudo las carpas y se encendió fuego en ellas para secarlo todo y hacer al mismo tiempo de comer. El día hubo que pasarlo dentro de la carpa, porque no había que pensar en salir; se armó otra carpa chica de mi propiedad para la comisión, en la que nos establecimos el ingeniero señor Donegani y yo, quedando en la carpa mayor los señores Rodríguez, Ortiz, Edelmann y Hawer. Esperábamos con ansiedad la columna, porque los víveres se acababan.

El día 18 no fué mucho mejor que el anterior; siguió lloviendo, si bien menos copiosamente, y el piso poniéndose cada vez mas incómodo é intransitable. Se acabaron los víveres y tuvimos que comer arroz cocido que era lo único que nos quedaba. La columna, que con tan vivo interés esperábamos, no llegaba, y nos vimos precisados á pedir á la fuerza del forlín Victoria, que está á corta distancia del campamento, una res en calidad de devolución.

Tuvimos carne el día 19, pero no víveres secos, que se habían consumido en totalidad.

Fui al Fortin á ver si habian llegado los carros del campamento Timbó, en donde efectivamente encontré los cajones que habia dejado allí, y en seguida me encaminé á un obrage de las cercanias en el que almorcé opíparamente, dadas las circunstancias, bien que á un precio exorbitante, quintuple del que hubiera pagado en la Rotisserie de la calle de Florida en Buenos Aires. El almuerzo se componia de una gallina y un par de huevos fritos. Pasé allí la mayor parte de la tarde escribiendo, no correspondencias, en las que era locura pensar, pues en el Chaco Austral toda comunicacion es imposible, sinó anotaciones sobre diversos asuntos relacionados con la comision. Concluida mi tarea, monté á caballo y me volví al campamento, dispuesto á comer un *churrasco* y acostarme á dormir en espera del siguiente dia en que por fin debia hacer su entrada la columna al mando de S. E., que para nosotros significaba nada menos que la promesa de nuevas provisiones y vituallas.

El dia 20 se presentó mal. Hacia dias que venia disgustado con Hawer, y para estarlo tenia sérios y poderosos motivos. Hawer era perezoso en el cumplimiento de sus obligaciones, razón por la cual habia tenido que reconvenirle repelidas veces y recordarle su deber.

Cansado de las quejas que me hacian, y desconfiando de la enmienda del señor Hawer, me ví en el caso de recurrir con él á la amenaza, y le anun-

cié que á la llegada de la columna le pondria á disposición del señor Ministro, separándole desde luego de la comisión. Estas desavenencias, en momentos en que estoy tratando de la organización formal de la expedición, que muy en breve tendrá que separarse del cuerpo de ejército, me disgustan profundamente, no ocultándoseme el carácter trascendental y grave que, dadas las circunstancias, revisten.

Fuí al obrage con objeto de adquirir noticias de S. E., y los indios de una tolderia inmediata me dijeron que le habían visto cerca: en consecuencia, volví al campamento para disponer todo lo necesario al recibimiento. Hice formar la gente, y monté á caballo saliendo para adelantarme al encuentro de S. E. y saludarle. A las dos p. m. se vieron los primeros hombres de la vanguardia, y no mucho mas tarde la planicie se cubria de gente, y presentaba un aspecto sumamente animado. Una linea larguísima se extendia por el desierto; y los ecos de los clarines y trompas, los atalages y armamentos destellando al sol, formaban un cuadro admirable, que despertaba el recuerdo de las legiones de la antigüedad. Salimos á saludar al señor Ministro el comandante Host y el que esto escribe, como jefes de nuestras respectivas comisiones, haciendo luego lo mismo con el Estado Mayor en el que venian distinguidos oficiales, de muchos de los cuales recibí cariñosos salu-

dos. Estaban los coroneles Supiciche, Garmendia y Gil, doctores Mallo, Carranza y Costa, comandantes Molina, Garcia, Reinold, mayores Parkinson, Levalle, capitanes Victorica, Mezquita y otras personas de alta posición en el ejército argentino, á todas las cuales debo agradecimiento por las muestras de simpatía y aprecio que en toda ocasión me prodigaron. Llegados al campamento, procedimos inmediatamente á armar las carpas y á disponer nuestro frugal alimento.

La animación era grande en el campamento, y aunque mi intención era hablar al ministro de la separación de Hawer, no creí oportuno hacerlo por entonces en atención al cansancio que la larga y penosa marcha le hubiera producido. Por otra parte, pasado el primer momento, me habia calmado, olvidando la falta y concediendo amplia indulgencia al culpable. Además, yo no tenia con el señor Hawer motivo alguno de resentimiento personal, sino tan solo el que me daba su escasa aptitud y su poca actividad.

Por la noche hé recibido una de esas impresiones que quedan indelebles en la memoria. La banda del 2º batallón del 5º regimiento que guarnece este fuerte, se reunió en la entrada de la carpa de S. E. para saludarle con una serenata. Rompió en acordes que resonaban con eco extraño en la extensión solitaria que nos rodeaba. En cualquiera otro caso, apenas hubiera prestado

atención á aquella música, y la hubiera encontrado trivial y de mal gusto, pero entónces, despues de no oír en tanto tiempo un sonido armonioso, en plena campaña en donde solo escuchaba el mugido del viento, el chasquido de la lluvia ó el rugido lejano de alguna fiera, prodújome una emoción tan íntima, tan intensa, que no recuerdo haberla experimentado igual oyendo las melodias de Mendelssohn, ni las sublimes sonatas de Haydn ó de Mozart. A las 10 p. m. terminó lo que podíamos llamar pequeña *fiesta* en el desierto, retirándose cada cual á su carpa en busca del descanso.

El día 21, despues de levantarme, á las 6, fui llamado por el coronel Obligado para tratar de lo relativo á la marcha que debía emprender en seguida con direccíon á la Cangayé. Para simplificar las dificultades de la carga en mulas, se acordó que la comisióon llevase todos sus efectos y víveres en un carro tirado por reses que se escogerían de entre las que, en número de 15 ó 20, teníamos que llevar para nuestro consumo. La escasez de hombres hacía difícil la formacióon de dos escoltas que nos acompañáran al comandante Host y á mí; por lo que, no viendo manera de formarlas, propuse que, puesto que llevábamos el mismo camino, fuésemos juntos y nos sirviéramos de la misma escolta que, por lo que hacía á mí, no tenia más objeto que auxiliarme en los lances y tropiezos que pudieran ocurrirme al penetrar en el territorio de

alguna triou, á la vez que poder utilizar cuatro ó seis hombres como obreros. En donde se precisa mayor número es en la comisión de ingenieros, pues á ellos toca abrir camino á la columna.

En las planicies, es operación sencilla, reducida á cortar gramíneas y débiles mimosas, pero en el monte, bosque virgen de árboles seculares que intrincan y enmarañan corpulentas trepadoras entrelazándose en número inmenso, allí donde el espesor es tal que no permite ver un hombre á dos varas de distancia, y donde árboles y arbustos y plantas espontáneas de todo género forman como un tupido murallón que los rayos del sol no pueden penetrar, allí el trabajo tiene que ser tan enérgico que veinte ó treinta obreros trabajando con verdadero ahinco, no conseguirán adelantar en todo un día cincuenta metros.

Se acordó, pues, que ambas comisiones salieran juntas, poniéndonos de acuerdo los jefes para proceder en la marcha segun las necesidades de cada uno.

El ingeniero señor Donegani y yo nos dirigimos á la orilla derecha del rio, con 50 hombres, con objeto de abrir una bajada, y estando en esto me llamó el señor ministro para resolver de acuerdo ciertos puntos referentes á la escolta y utensilios de marcha, enseñándome al mismo tiempo un curioso hongo de original estructura que

había recogido y que debía ser incorporado á la colección.

A las 11 1/2 se nos relevó la gente de que disponíamos, sustituyéndola por una sección de 30 hombres al mando del capitán D. Luis Lavary, que se presentó á nuestras órdenes. Este cambio me fué sensible porque apartó de mí á mi asistente Ruiz (a) el Chileno, excelente muchacho á quien había tomado cariño. Hice las diligencias posibles para lograr que quedara á mi lado, pero se me ofrecían algunas dificultades, y desistí de mi empeño. Pedí varios hombres para escoger entre ellos el que había de ser mi nuevo asistente, recayendo mi elección en un negro llamado Pastor Duarte, y cuyo aspecto me agrada. Con el relevo, recibo de S. E. la orden de marchar mañana, en cumplimiento de la cual mando ensillar para ir al obrage contiguo en donde están los carros con la carga, á fin de disponer todo lo necesario, dejando resuelto que Hawer se incorpore á la comisión del señor Host, despues de hacerle comprender á este jefe los inconvenientes que podría acarrearle su permanencia á mi lado. Deja, pues, de pertenecer desde ahora á la comisión que presido, por más que siga la misma marcha en calidad de auxiliar práctico de la comisión de ingenieros.—En el obrage me participan que los indios salvages de las contiguas tolderías, alarmados con el movimiento militar que observan, se preparan y aprestan á defenderse

considerando su territorio en peligro; algunas tribus errantes ó nómadas han levantado sus tolderías para dirigirse á otros lugares. Es grande el desconcierto que esto les causa, y dicen que defenderán hasta la muerte sus derechos. Me aseguran que estos dias han rondado el campamento algunos *bombecedores* (espías) tobas, y noticiosos en el fuerte de su presencia en los alrededores, se enviaron diez hombres á recorrer el lado opuesto del rio, incendiando el bosque y tratando de capturarlos. No se obtuvo resultado, pero se establecieron rondas por las cercanías del campamento. La situación desde ahora se agrava y se torna peligrosa. Habrá que dormir en adelante vestido y calzado, con el rifle á la cabecera, dispuestos para cualquier sorpresa desagradable y para recibir impresiones mas fuertes que las hasta aquí sufridas. Seguiré adelante con resolución porque mi honor está empeñado en la empresa que hé acometido, cualesquiera sean los riesgos que lleve aparejados. Mi honor vale más que mi vida.

CAPÍTULO IV

LOS FORTINES

FUERZA EXPEDICIONARIA—PÉRDIDA EN LA SELVA—
PRECAUCIONES

Puerto Victoria se encuentra situado á los 50° 45' 20", Long. Greenwich, 26° 38' 30" Lat., y á los 23° 47" Long. de Buenos Aires. Su altura sobre el nivel del mar es de 218 metros.

Salimos el día 22, despues de hacer nuestros preparativos que comenzamos al amanecer. Recoger carpas, embalar los efectos que se habían sacado, arreglar los equipajes, cargas, viveres, tomar todas las disposiciones convenientes; todo esto exigia mucho tiempo.

No quedando ya nada que hacer, se mandó montar á caballo á las 9 1/2 a. m. y empezamos á marchar con dirección N. 45 O. con una temperatura pesada y sofocante que hacia temer para muy luego un calor horrible: no llevábamos una hora de camino, cuando el carro se atascó en un riachuelo, consiguiendo sacarlo despues de media hora larga de detención y de un trabajo enorme

en que todos tomamos parte, los que echaron pié á tierra empujándolo para sacarlo del atascadero, y los que permanecieron á caballo ayudando al tiro, compuesto de tres yuntas. Formábamos en marcha las dos comisiones, la de Ingenieros al mando del señor Teniente Coronel D. Francisco Host y sus dos ayudantes señores Timm y Cataneo, y la Comisión científica á mi mando y el ingeniero señor Donegani, los coleccionistas preparadores señores Rodriguez Lubary, Ortiz y Edelmann, el capitán señor Lavari, dos sargentos, dos cabos y 20 hombres. Un carro, 10 mulas cargadas y 26 bueyes incluyendo seis que llevaba el carro. El carrero era un indio manso de la tribu de Karayá y el guía era un toba viejo que conoce el país hasta en su último rincón. Ni el carrero ni el práctico (vaqueano, según el nombre del país), entendían una sola palabra del *cristiano*, como llaman á cualquier idioma que no sea la jerga que ellos hablan, y fué necesario llamar á un tercer indio lenguaraz (intérprete). Así marcha la pequeña caravana por el desierto, sin novedad alguna hasta este instante.

Llegamos al primer fortín, que dista próximamente 27 kilómetros del fuerte Victoria, y allí nos apeamos para hacer un frugal almuerzo, continuando en seguida para acampar 9 kilómetros más adelante, á las 5 p. m.

En la mañana del día 23 se repartieron raciones

y vicios. Las raciones se reparten diariamente y los vicios se proveen por quincenas. Hay casos, como por ejemplo en marcha, en que se carnea una res para pocos hombres y se reparten raciones de carne para cuatro ó más días, y sólo los víveres secos, ó sea arroz, galleta y sal, se reparten diariamente. Los soldados reciben su carne para seis ó más días, y la charquean en el acto. La operación del charqueo consiste en cortar la carne en lonjas delgadas, y secarla al sol. La carne, así preparada con esquisito esmero por los soldados argentinos, se conserva varios días y está el cuarto ó quinto día mejor aun que el primero. He creído conveniente explicar estos términos criollos dando las noticias anteriores, porque si bien los naturales del país conocen su significado, los extranjeros á cuyas manos pudiera llegar este libro de seguro no los comprenderían.

Repartiéronse, pues, en el 7^o Campamento las raciones y vicios. La ginebra repartida para 15 días, se consumió en una hora. Montamos á caballo á las 6 a. m., tomando la dirección N. 82 O. y antes de una hora de marcha, nos comunicó el capitán que el sargento primero comenzaba á sentir el efecto de la ración quincenal de ginebra: se le mandó arrestar, quedando á retaguardia custodiado por dos soldados, y se le dió el mando de la gente al otro sargento cuyos antecedentes eran satisfactorios. Así caminamos sin accidente no-

table 6 1/2 kilómetros, que era la distancia que nos separaba del 2º fortín, al mando del teniente D. Adolfo Señorans. Allí llamó mi atención una novedad singular: un centinela que ejercía su vigilancia desde lo alto de la copa de un corpulento algarrobo y que, según el citado teniente, presta notables servicios, puesto que domina una extensión mayor y puede con más tiempo avisar de todo lo que ocurra. Estuvimos en el fortín poco tiempo, el necesario apenas para tomar unos mates, y seguimos en la misma dirección acompañados del señor Señorans que con amabilidad suma se prestó a ello; pasamos, á los 9 1/2 kilómetros por una isla estensa y bella que con gran asombro oímos decir al vaqueano que se llamaba Ñacurutú. Teníamos entendido por lo que en las cartas aparece, que la isla de Ñacurutú estaba en el Bermejo, siendo por lo tanto isla en agua, pero según pudo entenderse al vaqueano, lleva este nombre la isla de campo porque está frente á la del mismo nombre en el río, A un kilómetro de distancia de esta isla, y después de haber recorrido 16 1/2 en el día, encontramos el 3º Fortín á cuyos alrededores acampamos. El 3º fortín es realmente poético; es una bellísima isleta artificial á la que dan sombra cuatro algarrobos que la naturaleza parece haber dispuesto para aquel fin. Rodeado de verde ramaje, cubierto de lindas enredaderas, que trepan por los cuatro frondosos árboles, se vé en medio de la

llanura aquella especie de jardín, y á medida que uno se aproxima, van distinguiéndose los rústicos ranchos contruidos con estacas y juncos que completan el cuadro, verdaderamente encantador. En sus alrededores establecimos el campamento despues de una jornada de 16 1/2 kilómetros. Por la noche, la plaga de mosquitos que venía cerniéndose sobre nosotros, y que ha llenado nuestras manos de ampollas, creció hasta llegar á ser insoportable. No es esta en verdad la menor molestia que tenemos que sorportar, y contra la cual no hay remedio alguno de suficiente eficacia. Tenemos que aguantarla, procurando librarnos en lo posible de la molesta picadura que hincha nuestras estremidades y nos produce un ardor insufrible.

Costeamos siempre el río Bermejo, y cada vez que nos asomamos á su orilla se nos presenta un nuevo motivo de admiración. A cada paso cambia el panorama y ofrece nuevos aspectos á cual mas hermoso y pintoresco: ora corre el río sereno y armonioso por una estensa playa, á cuya orilla se asoman bosquecillos de tiernos sauces: ora se oscurece al pasar por en medio de elevadas barrancas de naturaleza caliza, en las que se dibujan claramente sus distintas estratificaciones.

En la mañana del dia siguiente, salimos mas tarde que de costumbre, cuando ya el sol lucia so-

bre el horizonte, á causa de haber tenido que esperar la vuelta de algunos soldados que se enviaron en persecución de tres bueyes escapados de la manada. Pero no habiendo podido encontrarlos, se dispuso la marcha con la esperanza de que la columna que viene detrás los encuentre y los recoja; á los soldados encargados de su custodia se les ha hecho marchar á pie, en corrección á su abandono. Montamos á caballo á las 7 a. m., y á las 11 pasábamos por delante del 4^o y último fortín despues de haber caminado 10 kilómetros con rumbo al O.—Procedimos inmediatamente á elegir un lugar á propósito pará establecer el campamento, y nos resolvimos á levantarlo en la ladera del rio, medio kilómetro delante del fortín, en donde armamos nuestras carpas, dispuestos á esperar á la columna que debía ya estar en marcha.

Estos fortines se establecen de 3 en 3 leguas, segun se vá conquistando terreno á los indios, y disponiéndolo para el cultivo y demás fines agrícolas. Al general D. Benjamin Victorica, actual ministro de Guerra y Marina y general en jefe de esta espedición, deberá la República Argentina el inmenso beneficio de haber abierto este vasto y rico territorio á la inmigración y á la actividad colonizadora, obra que ha de dar, andando el tiempo, ópimos frutos. Y en la historia particular del distinguido general, tan íntimamente

ligada á la de la pátria, y tan brillante y honrosa, esta iniciativa, este hecho constituirán un nuevo timbre de gloria. ¡Que el cielo se muestre propicio á sus planes y propósitos y le permita llevar adelante y rematar esta empresa patriótica y civilizadora, para bien de la pátria y honor de su nombre!

Parece que los temporales reinan casi continuamente en el Chaco, pues en un breve espacio de tiempo hemos tenido ya que soportar cuatro, muy duros y fuertes. Ayer noche, desde temprano, comenzó á soplar un viento huracanado que sacudía furiosamente las carpas hasta el punto de hacernos temer por ellas, y como á las 10, poco mas ó menos, los truenos de extraordinaria intensidad y los relámpagos vivísimos de estas regiones, alumbraron y ensordecieron el espacio, seguidos inmediatamente de una lluvia torrencial que duró hasta la mañana del día 25. Mi carpa se inundó y tuve que abandonar la cama á las 3 a. m., cuando era mas récio el temporal. Con la luz del día, pudimos apreciar el daño que este habia causado. Todo estaba lleno de fango; los efectos y equipajes mojados por completo. Di orden de que se descargaran los cajones y maletas que estaban en el carro, y que fueran abiertos para sacar los objetos que contenian y reparar en lo posible su deterioro. Así se hizo, empleando bastante tiempo en este trabajo.

Prefiriendo la lluvia al sol abrasador que nos tostaba materialmente y nos hacía la atmósfera irrespirable, resolví ir con dos hombres á explorar el extenso bosque que se dibuja en el horizonte del fortín. A las 10 a. m. llegábamos á la orilla del bosque; atamos nuestros caballos á los árboles y penetramos denodadamente en la espesura. Ella es tal, que no permite ver un hombre á dos metros de distancia, y, sin aclarar por ningún punto, sigue dilatándose leguas y leguas hasta perderse lejos, muy lejos, haciendo imposible el cálculo de su extensión.

Es la verdadera selva virgen, enmarañada, inaccesible, misteriosa y solemne. Ibamos abriendo camino á golpes de machete por entre las ramas entrelazadas que oponían un obstáculo continuo á nuestro paso, y así avanzábamos trabajosamente en silencio y poseídos de ese sobrecogimiento que infunde al espíritu la contemplación de la naturaleza salvaje y desierta. De repente un ruido singular, un silbido me hace estremecer de alegría y de miedo á la vez, revelándome la presencia cercana de la serpiente de cascabel. La serpiente de cascabel en el bosque es mi eterna pesadilla, al mismo tiempo que poseerla es mi vivo deseo. En campo abierto, no hay porque temerla, pues fácilmente puede uno burlar sus traiciones y esquivar sus ardides; pero en medio del bosque, entre la tupida

enramada que oculta completamente el suelo á nuestra vista, y el crujido de las ramas y palos que se rompen á nuestro paso, impidiéndonos percibir claramente el ruido de su cola, ese ruido característico que sirve de señal salvadora, se corre un peligro cierto y terrible de que se eche encima el temible animal cuando menos en él se piensa. Y, sin poder remediarlo, la serpiente de cascabel ejerce sobre mí un poder fatal é irresistible, mezcla de atracción y espanto que acaso tiene su secreto en el sistema nervioso, el cual se sobrescita á la vista del reptil terrible, y me deja mudo, atribulado. Tan extraña influencia, que no puede atribuirse sino á causas meramente nerviosas, se manifiesta en mí, de un modo imperioso é involuntario. Por eso sentí en aquel momento miedo y alegría juntamente, porque, á pesar de mi horror, anhelo adquirir un buen ejemplar de esta especie para la colección. Mayor sería mi satisfacción si llegara á encontrar un tigre por estas espesuras; lo busco mucho tiempo hace, y me fascina la idea de verme frente á frente de esa poderosa fiera, en el seno de esta soledad grandiosa. Debe ser una impresión nueva y suprema, cuya perspectiva encanta mi espíritu de viajero habituado á los grandes riesgos. Tendría motivo para sentirme orgulloso de mí mismo si lograra poner mi pie vencedor sobre el pecho del rey de

estas selvas en sus propios dominios, no hollados hasta ahora por ninguna planta humana. Pero refrenemos los impetus de nuestra fantasía y volvamos á nuestra narración. Aquel ruido particular que oímos nos dejó helados un segundo, pero la conciencia de nuestra situación comprometida, la natural alarma se despertaron inmediatamente. En efecto, el ruido extraño, semejante al frotamiento de una caja de fósforos, se acercaba y se iba haciendo mas y mas apreciable. Entonces, bajo la presión de esa fuerza incontrastable á que he aludido, creyéndome ya perseguido por el venenoso reptil, corrí largo espacio por el bosque, salvando con rapidez increíble los tropiezos de la maleza, y me encaramé á la rama saliente de un quebracho, encontrándome maquinalmente con el cuchillo en la mano, dispuesto á esperarlo si me perseguía hasta en aquel refugio. Pronto hube de tranquilizarme convenciéndome de que el ruido sonaba en dirección opuesta, y allí, en la misma posición, me mantuve hasta que cesó de oirse. Bajé de mi seguro, y comencé á dar voces á los soldados, que me contestaron desde la ladera del bosque, y proseguimos nuestra exploración, prometiéndonos todavía muchas sorpresas é incidentes.

Exploramos unos 300 metros, y tuve ocasión de adquirir algunos datos importantes para la obra

científica que en mi carácter de jefe técnico de la expedición entregué al Superior Gobierno y volví al campamento á las 3 p. m. con objeto de comer y proceder al análisis y síntesis del agua del Bermejo, que llevé á efecto en la misma tarde. Según el exámen hecho á priori, el agua del Bermejo es perfectamente potable, pues disuelve el jabon y cuece las legumbres y con la tintura de campeche da una coloración azul casi imperceptible, vertidas en ella algunas gotas de una solución alcohólica de jabon, no forma el mas ligero grumo. Contiene cloruro de sodio porque tratada por el azoato de plata da un precipitado blanco de cloruro de plata insoluble en el agua y soluble en el amoniaco.

Esta condición, si bien la hace un poco desagradable la dá, en cambio, propiedades nutritivas. Contiene carbonato de cal porque con el exalato de amoniaco deja ver un precipitado de oxalato de cal insoluble en el ácido acético y soluble en el ácido azóico diluido. Corroborada su existencia en gran cantidad porque una solución alcohólica de palo de campeche produce un color morado bastante intenso. Varia sin embargo la cantidad de cal que trae en disolución según la naturaleza del terreno en donde se recoja el agua. Hervida con algunas gotas de cloruro de oro, se vé muy pronto reducirse esta sal, produciendo un color oscuro que acusa evidentemente la

existencia de materias orgánicas. Evaporada por ebullición constante una pequeña porción de agua despues de perfectamente filtrada, deja un residuo de un color pardo oscuro en donde por el sabor parece estar contenida alguna sal de potasio y cuyo análisis no me dió un resultado del todo satisfactorio á causa del mal estado de la atmósfera y la falta de sol que descompusiera con rapidez las sales de plata. Aquí acabé mi tarea del dia que terminó con un espectáculo magnífico. Al aparecer la noche empezó á vislumbrarse en el monte del lado opuesto del rio, confundiéndose allá con el horizonte un gran resplandor, que parecía mas bien un meteoro luminoso por sus gigantescas proporciones y que paulatinamente se fué aproximando hasta mostrarse á las 11 ó 12 de la noche en todo su esplendor y magnificencia. Era imponente el aspecto que presentaba una considerable extensión de terreno invadida por el voraz elemento de tal manera que á pesar de que el incendio debía ocurrir á mas de una legua de distancia, se oia claramente el chisporroteo de los árboles verdes.—Si no en tan grande escala, el hecho no deja de ser frecuente en la costa, cerca de los lugares poblados, producido por los carboneros que obtienen de ese modo el carbon vegetal, pero en pleno desierto, es para llamar la atención en alto grado. Tres son las suposiciones que hasta ahora se hacen para esplicarlo. Cuando estábamos en el

anterior campamento fijo, Puerto Victoria, se tiraban por la noche cohetes de colores con objeto de avisar al Coronel Ramirez que viene por el rio mandando una flotilla de vapores, y al salir nosotros de aquel campamento estrañábase yá que no hubiese llegado: es posible que despues de nuestra salida haya pasado y á mas altura barara y pidiera auxilio. La comisión de Ingenieros que salió de Formosa con dirección á la costa del Bermejo debía estar por aquella altura calculando por el tiempo de su salida y muy bien podrian ser ellos, quienes, para darse á conocer pusieran fuego al monte contemplando, cual nuevos Nerones, los efectos de su obra. Los indios cuando escasean de provisiones de boca, suelen hacer una operación que consiste en situar la tribu armada con lanzas, flechas y demás adminiculos en un lugar favorable al viento, rodear una estension de monte, é incendiarla á gran distancia en dirección contraria, de modo que el viento agite la llama hácia ellos, y con las llamas, vienen en precipitada fuga todas las ratas, iguanas, conejos y demás alimañas, que ellos recojen entusiasmados, aunque suele ocurrir que venga caza mayor y más peligrosa, una manada de tigres, pumas ú otras fieras que les dén una desazón seria: esta operación es conocida entre ellos con el nombre de *mriscar*. Ahora bien; nos encontrábamos en esta situación: En primer lugar, el fuego estaba en el lado opuesto,

siendo sumamente difícil que pasasen el río hombres y caballos, sin contar con ningun elemento, con lo que no había forma humana de prestar auxilio al Coronel Ramirez ó á la comisión de Ingenieros, en caso de que unos ú otros fueran los que lo demandaban: esta dificultad, sin embargo, se hubiera salvado construyendo balsas con la madera que se cortaría de los árboles, ó por lo ménos se hubiéran hecho todas las tentativas imaginables para ir salvando los inconvenientes que se presentaran; pero ¿y si era alguna tribu que estaba mariscando? ésta era la opinión más generalmente admitida. Además de esto, el señor Ministro con todo el cuerpo de ejército estaba en las cercanias del 3º Fortin, segun aviso de la descubierta del Fortin á cuyo lado estábamos, y es natural que en la costa y aun mas cerca, notando el incendio, manden gente á reconocer. Ignoramos hasta este momento la verdad de lo que haya ocurrido, y esperamos la llegada de la columna, que debe estar aquí mañana ó pasado y ella nos enterará.

Todo el día 26 se pasó en arreglos en el campamento. Hice descargar todos los bultos que venian en el carro y saqué al sol todos los efectos en ellos contenidos con el objeto de ver la situación en que habían quedado con el traqueteo de la marcha y el efecto de las lluvias, tratando además de acomodar lo más necesario para aligerar la ya exa-

gerada carga del carro que de un momento á otro nos amenaza con dejarnos los bultos en el camino. Grande había sido el deterioro; paquetes de productos inutilizados totalmente y algunos otros objetos en el más lamentable estado. Se secaron, se dispusieron en la mejor forma posible y se redujo la carga de 9 cajones á 4 incluyendo uno vacío en el número destinado á la colección ornitológica que por ahora es corta, aparte de los equipages, camas etc., viniendo á quedar reducido á 14 bultos el total de 21 que antes había.

El comandante Host hizo por su parte lo mismo, y así podremos seguir la marcha sin interrupciones, pues en caso de que al carro le sea imposible acompañarnos, por las circunstancias de la misma marcha, puesto que no hay caminos, podremos cómodamente cargar las mulas que llevamos de repuesto, y no nos veremos espuestos así á tener que abandonar algo en el camino. Dejo con este motivo bastantes efectos al Cuerpo médico, entregando al doctor Costa un cajón con 100 frascos vacíos, algunos kilos de ácidos clorhídrico, nítrico y sulfúrico, retortas, balones, tubos, hilas, harina de lino etc. etc., que mas conocedor de las condiciones y necesidades de expediciones como ésta, no juzgo, como antes, imprescindibles. Terminada mi tarea de organización por la tarde, revisé la colección vegetal, surtí de alcohol algunos frascos preparados para recibir insectos y reptiles, y pre-

sencié el principio de preparación de un *yacaré* (caiman) que habíamos muerto al mediodía, y del cual extraje una bolsita de almizcle que conservo en mi poder.

El día 27 se señaló por acontecimientos interesantes que me lo harán inolvidable. Salí al monte con Edelmann y Ortiz, y después de una regular jornada á pié, llegamos al bosque que apenas se distingue al Oeste del Fortin 4^o, cuando el sol aparecía en el horizonte. Comenzamos á penetrar en la espesura, cautelosamente, con la precaución de romper ramas ó señalar de algún modo el camino seguido: de repente, se mueven violentamente las ramas próximas dejando oír un ruido alarmante, y cada uno de nosotros, en silencio, se coloca en actitud de hacer fuego sobre la bestia, en el momento en que apareciese. Así permanecemos un corto rato hasta que, observando que el ruido se oía en mi dirección, y después de gritar, por si era alguno de los compañeros, sin obtener contestación ninguna, dirigí la boca de mi rifle al punto en que mas agitado aparecía el ramaje, y disparé oyéndose casi al mismo tiempo el feroz alarido de un animal que emprendía desesperada fuga. Entonces lo perseguí haciéndole continuos disparos hasta que cesó todo movimiento y comprendí que estaba rendido el monstruo. Me aproximé con la precaución conveniente, y encontré un *aguará* de regulares dimensiones. Como desde aquel lugar

era imposible trasportarlo, pues apenas se puede marchar á través de tantos obstáculos naturales, me armé de paciencia, me senté al lado y con el cuchillo fui desollándole la cabeza, cuya piel conservo como recuerdo de aquel día. Me extrañaba que al ruido de mis tiros no hubieran acudido Ortiz ni Edelmann; gritaba, y tan solo el eco del bosque respondía, silbaba, y no conseguia mejor resultado: siempre silencio sepulcral. Empecé á impacientarme; en vano trataba de recorrer el mismo camino, seguir las huellas en un principio señaladas: por todas partes del bosque, soledad, extensión desconocida. Hice una descarga de ocho ó diez tiros seguidos con objeto de llamarles la atención, y al fin percibí el sonido de un tiro lejano, que calculaba disparado á la distancia de media legua por lo ménos.

¿Serían ellos que contestaban á mis tiros?

¿Sería algun soldado del Fortin 4º cazando? Si eran ellos, ¿como salvar tan considerable distancia á través de la selva sin fin? ¿Me engañaría el sonido por la falta de práctica en apreciarlo desde la espesura? Muchas eran las congeturas á que me entregaba y seguia siempre abriendo camino hácia el lugar de donde me parecía que debía haber partido el tiro, pero el brazo se me rendia y podia ya apenas levantar el machete: el bosque era cada vez mas espeso, el calor abrasador, y los ánimos empezaban á faltarme. Debían ser ya las

11 de la mañana y yo estaba, como diría un católico, en condiciones para recibir á Dios: la lengua se me pegaba al paladar y de vez en cuando mascaba algun tierno retoño de cualquier árbol. Algunas horas despues, cuando la tarea habia llegado á ser superior á mis fuerzas, me decidí á sentarme y meditar el mejor medio de salir de tan azarosa situación.

Yo sé que en el Chaco individuos que se han separado cien metros de su grupo, se han perdido para siempre, sin que ni los unos ni el otro pudieran llegar á encontrarse.

Hace aun muy poco tiempo que esto ocurrió, con el subteniente D. Andrés Rivas, quien se separó por un momento de la fuerza y entró unos metros en el bosque perdiéndose en sus sombrías profundidades y siendo inútiles todas las pesquisas que hicieron para encontrarlo sus compañeros, alarmados con su tardanza. Se hizo alto en las aproximaciones, se hicieron varias descargas, se gritó y se alborotó cuanto se pudo, se encendieron grandes fogatas y todo en vano. A los pocos dias, se vió su caballo ensillado aun y algunos mas tarde, se encontró su poncho en los hombros de un indio prisionero que dijo que lo habia encontrado en el bosque sin poder dar la más remota noticia del malogrado jóven.

Los indios, las fieras, los mortíferos reptiles, hé ahí mi cuadro.—Nadie puede comprender bien,

á no haberla sentido, la sensación que se experimenta cuando se pisa un terreno totalmente virgen, una tierra en la que no existe el más ligero vestigio del hombre civilizado.

Es una sensación especial que nadie puede figurarse. Se siente uno orgulloso. Se encuentra uno en ese momento muchos codos elevado sobre el nivel de los demás hombres. Recuerda uno su pátria, porque así como no hay mas que una madre en la vida, no hay más que una pátria en el mundo. Recuerda uno el país por quien sufre. Recuerda uno en fin muchas cosas que le estremecen á cada paso. Pero si no se puede formar idea nadie de estas sensaciones de placer, indiscutiblemente puede formarse menos del dolor en una situación como la que quisiera describir. La tarde se pasaba, y era necesario resolver el problema antes de que la noche se echara encima. Fran á mí parecer las 2 1/2 ó 3 me levanté dispuesto á emprender de nuevo la faena, y el machete unas veces y el hacha de mano otras, me iban dejando dar algunos pasos con lentitud. El hambre, un fuertísimo dolor de cabeza, las ampollas en las manos y el temor de la noche, me empezaban á animar á reunir ramas y disponer una choza ó defensa cualquiera en donde pernoctar; buscar algunas plantas herbáceas ó reunir algunos retoños para comer, y esperar así el nuevo día para emprender con más bríos mi árida tarea. No se oía más que la resonancia de

mís golpes: ni un pájaro ni un insecto: nada que pudiera distraer mi atención, tan sólo á veces el viento agitaba suavemente las hojas de los árboles. En esta duda y en un pequeño descanso, oí el murmullo de un riachuelo que me llenó de ánimos para proseguir con verdadero ahinco mi trabajo. Los mosquitos me cubrían y se cebaban en mí seguros de la impunidad porque no perdía el tiempo en evitar el efecto de sus punzantes trompas. La presencia del riachuelo me hacia entrever la risueña esperanza de hallarme fuera del bosque, ó cuando menos la seguridad de apagar mi intolerable sed. Es bastante general que los riachuelos circunden las laderas de los bosques, y así en efecto, á medida que me aproximaba á aquel ruido celestial empecé á entrever la llanura. No puedo describir lo que sentí. El náufrago que encuentra un lugar seguro para defenderse de la fúria del huracan. El navegante que perdido en el océano distingue tierra que le asegure su vida. La madre que encuentra la panacea que arranca al hijo de sus entrañas de las garras de la muerte, quizá sean capaces de sospechar mi contento. Me parecía que no había trabajado nada. Me encontraba con ánimos para abrirme camino en otro bosque aunque los troncos más corpulentos se resistiesen á mi débil hacha: Seguí la ardua operación como si en aquel momento la empezara.

Media hora despues me encontraba en la llanura,

con el horizonte en derredor y el bosque de mi aventura á mis espaldas. Bebi, descansé y contemplaba aquella estensión de tierra cubierta de gramíneas entre las que se destacaban pequeñas pirámides de tierra hechas con pamosa regularidad por esas gigantescas hormigas de una pulgada de longitud que con tanta abundancia se vén en infinito número. ¿En dónde estoy? ¿Como me dirijo al campamento? Hé ahí mi nuevo problema. Yo tenia mi brújula como siempre en el bolsillo, y sabia que costeando el Bermejo habiamos traído en la última marcha la dirección Oeste. Tenia 13 tiros dentro del rifle, 6 en el revolver, y cápsulas de repuesto, mi cuchillo y el hacha de mano, y á no ser á una chusma (1) que decididamente me atacara, nada debía temer en medio de la llanura. Me levanté y me dispuse á atravesar aquel estenso campo en dirección O. en busca de algun rastro que me orientara, cuando un nuevo incidente agradable detuvo en algo mi camino. Se levantó un avestrúz que salió en precipitadísima fuga escapándose á mi vista despues de dirigirle un balazo. Fui al lugar de donde se había levantado y encontré 18 hermosos huevos del tamaño de una cidra regular. Recojí dos, puesto que nada podía hacer con los demás, y me senté despues de haber reunido algunas ramas de espínulo y pajas secas, asé los dos huevos que encon-

(1) Indios en reunión.

tré selectos, y aprisa traté de ponerme en camino buscando el sendero de la costa por donde pasan las descubiertas de los Fortines. Caminaba con verdadero valor. Me sobreponía con toda energía á mis fuerzas físicas: la voluntad, en estos casos, es el músculo tensor por excelencia. No tardé afortunadamente en ver las barrancas del río, y ya en ellas y con orientación fija se me ocurría tan sólo esta idea. ¿Estaré arriba ó abajo del campamento? Me fijé un rato y el caso no daba lugar á duda. El humo de la fogata de la noche anterior se veía en dirección N. E. y nosotros lo habíamos visto ayer hácia el S. E. ó sea río abajo.

Me encaminé pues hácia el N. y despues de haber pasado toda esa llanura, remonté la punta de aquel bosque para mí de tan fatal recuerdo y entré en otra llanura al poco rato, en dónde empecé poco á poco á distinguir la pequeña isleta artificial del Fortin, encontrándome, por lo tanto, en el seguro camino del campamento. Así como en el bosque se renovaron mis fuerzas al distinguir la llanura, se avivaron mis ánimos al verme cerca del campamento: ya el camino me parecía más corto; ya apuraba el paso, como si estuviese en el principio de la jornada; pasé por delante de la puerta del Fortin sin entrar ni á preguntar la hora; seguí de largo y cuando el sol ocultaba sus últimos destellos, cuando se estaban encendiendo los farolitos de las carpas, llegaba yo al campamento pidiendo

antes de nada á mi asistente unos zapatos flojos para que me quitase en el acto las botas y se pudiese en seguida á calentarme algo que comer.

Pregunté á los ayudantes qué les había ocurrido, y me digieron que al ruido de la fiera se habían vuelto á prisa por el camino señalado con el objeto de estenderse fuera esperándola á su salida, evitando así el tirar á ciegas dentro del bosque. Oyeron el mismo ruido que se extendía en dirección opuesta y lo siguieron y cuando se apercibieron de que se internaba, entraron en el bosque lo posible pero muy en breve dejaron de sentirlo. Oyeron mis primeros tiros muy cerca y cuando se dirigían á mí para reunirse y ver si había muerto el animal, ya no pudieron dar conmigo. Oyeron mi descarga de 10 tiros seguidos, á la que contestaron con uno, pero la oyeron ya muy lejos y trataron nuevamente de buscarme gritándome y silvándome por la ladera del bosque y despues de una hora larga, convencidos de que sus pesquizas eran infructuosas se decidieron á permanecer en la llanura hasta que oyendo sus tiros me dirigiese á ellos. Aprovecharon toda ocasión de tirar á cualquier pájaro cerca del bosque permaneciendo siempre en la misma planicie del frente del Fortin, de lo que resulta que poco á poco vine yo separándome del lugar en donde entramos muy cerca de una legua, saliendo á la planicie inmediata más al O. y toda la causa se redujo á que en vez de uno eran dos aguarazés

que al oír nuestro ruido salieron descompuestos por distintos puntos, dirigiéndome yo en la persecución del uno y los ayudantes en la del otro, separándonos distancia suficiente para que desde el centro del bosque no pudiéramos oírnos. En lo sucesivo agregaré á mis precauciones, al entrar en un bosque, la de llevar la brújula en la mano, y anotar las direcciones que vaya tomando con el objeto de poder recorrer con seguridad el mismo camino aunque la operación sea un poco engorrosa, y cuando haya que correr en persecución de algún animal trataré de herir ramas con el cuchillo en la carrera para poder así regresar al mismo punto. Nada enseña como las lecciones prácticas, en donde se corre el riesgo de la vida.

La quemazón sigue, si bien no es tan grande como anoche. Es muy hermoso el panorama que presenta el río corriendo tranquilamente é iluminado por esa colosal antorcha. Ayer estuve hasta cerca de la una de la noche contemplando esa belleza que encierra de hermoso lo que tiene de salvaje, pero esta noche estoy muy estropeado de mi escursión y me acuesto temprano con tanto más motivo que mañana se espera la columna que si llega temprano me obligará á levantarme para recibir á S. E.

Así sucedió efectivamente: el siguiente día 28 se supo que la columna había acampado á muy corta distancia de nosotros y á las 6 de la mañana próximamente, montamos, el comandante Host y yo,

para ir á saludar á S. E. quien al verificarlo nos dijo que nos incorporásemos á la columna á su paso por nuestro campamento.

Salimos apresuradamente para dispõner lo concerniente al efecto y á las 7 1/2 estábamos en camino para alcanzar á la columna que se nos había adelantado algunos centenares de metros. Seguimos unidos á ella haciendo la marcha bajo un carácter exclusivamente militar y sin ningun atractivo para aquel que le gusta observar en detalle y apreciar en su valor los fenómenos de la naturaleza.

CAPÍTULO V

T O L D E R I A S

PRIMEROS TOLDOS—INCORPORACION Á LA COLUMNA—
FIN DE LA JORNADA MILITAR

Siempre la misma monotonía, y siempre la misma cosa; á las 4 a. m. diana, disponer los cargueros y ensillar; media hora después, á caballo y paso tras paso sin más emociones que la contemplación del país. Es necesario empero seguir en estas condiciones hasta la Cangayé, porque después del cuarto y último Fortín se pisa ya terreno dominado por tribus de indios salvajes cuyo número y fuerza desconocemos. Caminamos con rumbo O. hasta Chimoles, lugar ya comprendido en el territorio salvaje, y acampamos después de recorrer una distancia de 17 kilómetros en donde se tocó orden general que decía así:

«S. E. el señor Ministro de la Guerra en Campaña y General en Jefe del Ejército ocupador del Gran Chaco Austral, ha dispuesto lo siguiente: 1º Que todos los cargueros marchen en convoy con los car-

ros á las órdenes del señor Comandante Anderson. 2^o Que se pase revista de armas y municiones á todas las fuerzas y que los señores Jefes y oficiales se armen como corresponde. 3^o Que se pongan á las cabalgaduras los resguardos en las manos. 4^o Que el Jefe del cuartel general organice el cuerpo de ayudantes que deberán marchar incorporados, así como la Comisión Científica, Ingenieros y Cuerpo médico con excepción de los ayudantes de servicio. Cuartel general en marcha. Costa del Bermejo 28 de Octubre de 1834.—El Jefe de Estado Mayor—Obligado.»

Estas precauciones eran tomadas con el mayor acierto: efectivamente al salir el día siguiente (29) á las 4 1/2 a. m. con dirección N. 50° O. y antes de hacer 3 ó 4 kilómetros de camino, hemos visto la primera toldería, abandonada según indicios y opinión de los indios vaqueanos (prácticos) que nos acompañaban, hacia próximamente unos seis meses.

Las tolderías, que por lo general vienen á construir cerca del río ú otro lugar cualquiera próximo á donde haya agua, consisten sencillamente en algunos palos de madera flexible dispuestos en cuatro arcos ligados entre sí por varas, y atados con plantas textiles ó películas de árboles, recubiertos con paja seca de las abundantes gramíneas que en todas partes encuentran. Esto es lo que llaman un toldo que por lo general tiene de metro y medio á dos

metros de altura por dos á tres de superficie cuadrada. La sucesión de toldos unidos entre si forman la toldería gobernada por el indio mas caracterizado ya sea por su edad, por su valor, por su astucia, ó cualquiera otra circunstancia en la cual reconozcan los demás alguna superioridad pero estas tolderías, dependen en territorios marcados, de determinados caciques, especie de reyezuelos á quienes acatan y respetan. Estos caciques son árbitros y absolutos dueños de vidas y haciendas y gobiernan bajo el infalible código de su voluntad. Siempre he tenido vehementes deseos de ver alguna tribu de esos tan temidos Tobas cuya condición oia poner al nivel de las fieras, pero la suerte no ha querido hasta hoy satisfacer mi curiosidad y lo peor es que pierdo ya la esperanza de ver realizados mis deseos porque, segun noticias, abandonaron todo el territorio cerciorados del fin que esta expedición se propone. Me conformo, pues, con ver á los vaqueanos á quienes no se les puede dirigir la palabra porque no contestan y trataré de enterarme por medio del lenguaráz (intérprete) de algunas costumbres que hubiera preferido estudiar en medio de sus tribus en el estado salvaje.

Ahora crece en mí el afan de ver á los Orejudos que reciben este nombre por la particular costumbre de ponerles palos en las orejas desde niños, que se las agrandan á medida que crecen, al

extremo de encontrarse algunos individuos con orejas de media cuarta. Es un tipo curioso con toda la cara pintada, por lo general escuálidos y de regular estatura, color muy oscuro y lampiños, pelo largo muy negro y sedoso, y con las descomunales orejas que caracterizan á su tribu.

Es indio muy sério y no muy bravo, á no ser que se le ataque. Su trage como el de las demás tribus, es el que les dió la Naturaleza, con una piel que ellos agregan sujetándola en la rejión pelviana que cubre hasta el tercio inferior del muslo. Las creencias varían mucho entre cada tribu así como sus costumbres sociales: mas adelante y auxiliado de la observación práctica, podré conocer con mas exactitud estos detalles. Seguimos en la marcha encontrando algunas otras tolderías abandonadas de igual época, algunas con un número considerable de toldos, aproximadamente cuarenta á cincuenta, y entre los escombros solíamos encontrar restos de ollas, vasijas rotas, redes inútiles, etc., de las cuales recojía lo mas aceptable para figurar como curiosidad en la colección. En derredor de las tolderías, se encuentra siempre sembrada en abundancia una cucurbitácea, especie de calabacín que los naturales del país llaman mate, y que posiblemente lo dedicarán los indios á un uso análogo.

Hemos recorrido 23 kilómetros y llegamos á Lassaquichequén, en donde acampamos á las 6 p.

m., despues de un descanso de dos horas hecho alto á las 11 de la mañana. Se avisó por los señores Jefes del Cuartel General que las avanzadas habían visto grupos de indios con dirección al monte, y era prudente establecer entre los asistentes servicio de imaginaria, y dormir completamente vestidos y con las armas cargadas y á mano.

Todo se cumplió, pero no hubo ninguna novedad durante la noche. Al tocar diana el día 30 se empezaron á preparar los cargueros y despues de ensillar, se oyó el toque de á caballo y marcha á las 5 1/2. Salimos en dirección N. 30° O. y á las 8 se tocó pié á tierra y desensillar. La caballada vá muy cansada, la distancia que queda por recorrer es aún muy larga, y es preciso acordarse de que faltando los animales nos vemos en un sério compromiso. Así era en verdad lo que en el ánimo de todos se creía razonable.

Emprendimos de nuevo la marcha á las 3 p. m. y llevamos calmadamente algunos kilómetros mas hasta las 6, hora en que despues de haber recorrido 21 kilómetros en toda la jornada, acampamos en el lugar que los indios denominan Yarasaronec-Kain en donde pernoctamos casualmente en una tolderia vieja de las que con frecuencia, mas ó menos antiguas, vamos encontrando. El día 31 fué de peripecias desde que la aurora empezaba á anunciarnos la proximidad del rey de nuestro

sistema planetario. A causa de un cambio de asistentes en la comisi3n del se1or Host, le desaparecieron tres caballos que despues de un impropio é inútil trabajo en buscarlos, hubo necesidad de desistir del empe1o de encontrarlos é ir á la caballada en busca de otros. Los bueyes traídos para el carro resultaron chúcaros (bravos) y durante mas de una hora de inauditos esfuerzos del carrero y todos los asistentes, venían recados del Jefe del Cuartel General, Coronel Supiciche, para indagar la causa de que el carro no estuviese en su lugar, el Jefe del Estado Mayor Coronel Obligado ordenaba severamente por medio de un ayudante que saliera el carro inmediatamente.

El se1or Ministro mandaba al mismo tiempo otro ayudante á decir que por nuestra causa se encontraba la fuerza del convoy detenida, hasta que cerciorados todos de lo que ocurría, se mandó que marchase el convoy con 3rden de incorporarnos á él tan pronto fuese posible. Los bueyes seguían empe1ados en no uncir y á final de cuentas ya dispuestas dos yuntas, se fué un buey sin que dos asistentes á caballo lograsen atajarle. El Comandante Host no había vuelto de la caballada, el convoy se alejaba, y di la 3rden por mi cuenta de hacer salir el carro con las solas dos yuntas ya uncidas, agregando, de ser posible, la otra en el camino. Dispuestos ya para montar á caballo y libres del mareo que el dichoso carro nos

producia, llegó el Comandante Host con nuevos caballos para renovar los perdidos, y despues de esperarle para ensillar, salimos juntos. Antes de un kilómetro, hubo necesidad de recurrir á la boyada y pedir el cambio de yuntas por ser aquellas de condición insoportable. Ya tranquilos en este concepto hicimos la marcha sin ningun acontecimiento digno de mención hasta Noriqué en donde encontramos un Fortin provisional ocupado por fuerzas del Regimiento 12 de Caballeria, habiendo recorrido 15 kilómetros hasta las 8 a. m. que se dió la órden de acampar. Minutos despues se dió la órden general de permanencia durante el dia en el campamento, con el objeto de dejar descansar la caballada, pues en las últimas marchas venian dejándose atrás 12, 15 ó 20 caballos diarios y hubo anteriores dias de dejar 40, al extremo de ver ya la caballada reducida á la cifra de 700 ú 800 caballos flacos y en pésimas condiciones para hacer jornadas largas y penosas.

El Fortin ocupaba una posición realmente deliciosa. En medio de un bosquecillo claro sobre el cual se elevan copudos árboles que le cubren de sombra, se veian las pequeñas carpas estendidas en artistico desórden figurando al frente una especie de rancho que ocupaba el teniente, y delante habian apisonado un trocilo de terreno que figuraba una pequeña plazuela. Al lado del rio y con la luna clara de aquella apacible noche, hacia

el conjunto del campamento un efecto verdaderamente poético. Salimos de aquel precioso lugar á las 4 1/2 de la madrugada del día 1º de Noviembre y en constante marcha sin suceso notable alguno, seguimos los días 2 y 3 recorriendo los lugares Larrarazon, Quirioc-Luviqué, Loalotay, Netaldó, Talal-Tó, en las direcciones y distancias que se espresan en el cuadro número 1 de la Memoria General ya citada en la Introducción de este libro, hasta llegar á Talá-Davarán.

Allí hicimos alto á las 7 a. m., Talá-Davarán está situado á los 60º 26' 2" Long Greenwich y 25º 45' 44" Lat., es notable, porque allí se encuentra la confluencia ó boca del Teuco en la banda oriental del Bermejo.

El Bermejo se separa de su cauce en la Provincia de Salta, departamento de Rivadavia, en una estensión de unas 70 á 80 leguas conservando su cauce natural seco.

A esa sección de río fuera de su cauce natural, se le llama Teuco. En Talá-Davarán viene á entrar en su lecho verdadero en el lugar llamado Confluencia. Allí se verifica un fenómeno curioso y para mi aun no bien explicado. Se vé con perfecta claridad la línea que divide el agua salada del Teuco con la dulce del Bermejo pero con una claridad tal, tan distintamente, que bien pudiera creerse que alguna sustancia estraña se interponia en el agua.

Siendo la misma agua, claro está que la causa debe estar en el terreno mas ó menos salitroso y calcáreo, que le hagan disolver en un caso cloruro de sodio y en otro carbonato de cal ó cualesquiera otras sustancias que influyan en su color y sabor. De todos modos, esa marcadisima línea, es digna de llamar en alto grado la atención. Del lado opuesto del río se encontraba el coronel Fotheringham con su fuerza, descansando de una larga y penosa expedición por la zona comprendida entre el Bermejo y el Pilcomayo. Varias han sido las veces que tuvo esta fuerza necesidad de hacer armas contra los indios, pero siempre en cantidad corta, en cuyo caso no se aproximan si bien ponen en práctica los medios que están á su alcance para perjudicar, pero ultimamente encontró una fracción dirigida por el cacique Kaloshi que los venia bombeando (acechando) desde alguna distancia. Quedaron dos soldados un poco separados de la fuerza, acomodando sus recados, y fueron atacados por Kaloshi y su gente. Cuando se oyeron tiros y gritos, se creyó primero que era algun tigre perseguido por los referidos soldados, pero ese alarido que caracteriza al indio en la lucha, produjo en la fuerza el efecto de una chispa eléctrica: se pusieron todos en movimiento como si hubieran sido tocados por un resorte, y con vertiginosa rapidez se volvieron al lugar del suceso en donde encontraron á un soldado muerto

y el otro gravemente herido. La tropilla de indios se dispuso á huir cuando se apercibió de que la fuerza se les aproximaba, menos Kaloshi, esa especie de fiera que con una lanza de fuerte madera de guayacan como de 3 metros de longitud y una punta de acero de cuarenta centímetros, levantó al primer soldado del caballo, atravesándolo de lado á lado, y acometió al segundo á pié á quien despues de lanceado lo dejó por muerto. Cuando la fuerza se dirigia á él, en medio de una lluvia de balas, recogió dos lanzas, varias flechas, un remington de uno de los soldados, le arrancó la cartuchera al muerto, y le quitó una bota con espuela, todo esto llevado á efecto con la rapidez del pensamiento. Se dirigió á su caballo, y montó en momentos en que el animal caía muerto á consecuencia de los balazos que había recibido. Solo y rodeado por la fuerza, hizo todavía resistencia bastante para dificultar su captura. Tenia una mano atravesada y su brazo empezaba á tomar el color morado aumentando visiblemente de volumen: no se le ha visto hacer el mas ligero gesto ni producir ninguna queja de dolor. Tranquilo llegó á presencia del coronel á quien miraba de cabeza á pies de un modo altamente despreciativo: al dirigirle la palabra el lenguaráz, le increpó duramente en estas palabras segun su propia traduccion: « Canalla infame, etc., que vendes á tus hermanos pa-

ra comer el inieuo pan de los cristianos» y durante algun tiempo no se consiguieron de él mas que miradas en alto grado provocativas. Cuando lo amarraban, sacudia con los brazos á los soldados que le sujetaban y los echaba á mas de un metro de distancia, ó los levantaba en peso como pudiera uno hacerlo con un recién nacido, y no costó menos trabajo amarrarlo á un árbol algunas horas despues. Cuando él comprendió que se acercaba su última hora, pidió agua, y dijo: «No crean que con matarme á mí quedarán tranquilos; mi tribu está dentro del monte, y sabrá cumplir mis instrucciones, y si ellos fracasan, mas adelante encontrarán á Cambá (1) con 600 de lanza, quien no estará desprevenido.» A todos llamó la atencion el valor de este hombre.

A todos dejó pasmados su orgullo y su impasibilidad en acto tan sério. Murió como un verdadero héroe. Si como murió en un ignorado bosque de un país desierto, hubiera sido cantado por Ercilla, hubiera hecho de él un semi Dios, hubiera tenido motivo para una nueva Araucana. Su lanza le ha sido regalada á S. E. y colocada en ella la bandera argentina, figura al frente de su escolta.

Los días 4, 5 y 6 marchamos sin ninguna ocur-

(1) Cacique tan nombrado como temido.

rencia digna de mencionarse, haciendo alto en las horas de fuerte calor en Lalká, Peltak, Sonrá, Tecait y Kadiltá de donde salimos á las 2 1/2 p. m. y despues de marchar hasta las 4 con rumbo N. 58 O. llegamos á la Cangayé (*Kana gana yé*—Laguna traga gente porque, segun la tradición india, se desbordó en cierta época y absorbió toda una tolderia establecida en sus cercanias.) Hasta este lugar era el propósito de S. E. hacer llegar la expedición, de modo que con toda felicidad y sin mas penurias que las molestias y privaciones propias de una campaña, se ha llegado á su feliz término.

La orden general del dia 8 decia así: «S. E. el señor Ministro de la Guerra en campaña etc., etc.—Nuestro campamento en los frondosos bosques de Cangayé, señala el éxito de la primera jornada de la campaña que ha de dar por resultado la extirpación de la barbarie en los ricos territorios del Chaco que era incuria injustificable dejar por mas tiempo entregados á los horrores del desierto y del salvaje. Las fuerzas que han recorrido las márgenes orientales del Bermejo, las que han venido conmigo trazando la linea militar en la margen occidental, y asegurado el camino á Salta y Jujuy, el Regimiento 12 que ha cruzado de S. á N. limpiando el centro del Chaco Austral, han cumplido con su deber con una decisión con un empeño patriótico que debo reconocer y apre-

ciar á nombre del Presidente de la República.

Si el salvaje ha huido, si la Naturaleza ha favorecido la empresa, no disminuye el mérito de esta.

Quedan libradas al comercio de la civilización, mas de 5000 leguas de territorio y al arrebatárlas á las tribus, se propende menos á la destrucción de estas, que á la necesidad de que sus individuos se reduzcan á la vida regular del trabajo y de la industria.

Aún no han llegado las columnas que deben descender desde los límites de Salta por ambos márgenes del Bermejo, pero quiero anticiparme á reconocer á los jefes, oficiales y tropa de las columnas expedicionarias que me acompañan, la decisión y empeño con que se han conducido y agradecer tantas demostraciones de afecto personal.

Cuartel General en Cangayé, 28 D.—B. Victorica.—Manuel Obligado.

De modo que para mí terminó lo que era puramente militar y quedo en este lugar esperando las fuerzas que deben bajar desde Salta.

Confío en los provechosos resultados de la labor que desde ahora desarrolle la comisión, independiente del régimen militar á que hasta ahora estuvo sometida.

Esploraba las cercanías del campamento para constatar en mi diario científico los caracteres del suelo y tuve ocasión de observar un árbol entre

los indígenas de alta importancia y constante uso, conocido por ellos con el nombre de Palo borracho. Mas al norte lo denominan Yuchan (Bombáceas.) El árbol es bonito: presenta su tronco perfectamente limpio en su parte inferior, largas y numerosas espinas en la parte superior pero perfectamente aisladas y regulares que no pueden bajo concepto alguno confundirse con la espina de corona. La forma del tronco, es análoga á la de una palmera, estrecha en su base, regularmente engrosada hacia el medio y toma su primitivo grosor al desprender sus ramas. Es bastante coposo y estiende sus ramas con regularidad. Sus hojas lanceoladas son de un color verde claro que hace un original contraste con el aplomado de las ramas, y del tronco. Me aproximé á él y lo encontré de cerca aun mas bello: las espinas podian entonces distinguirse perfectamente y la tersura de su piel le daba mas interés. En derredor suyo habia un campito limpio, cubierto por una borraginea muy parecida al heliotropo de una fragancia suave y agradable que convidaba al descanso en aquel lugar. Despues de recoger unas espinas y una rama, lo dejé marcado con unas grandes iniciales L. A.—C. O. (1) Octubre 29. 84. Se llama borracho porque su sábia es de un color rojo claro análogo al del vino. La albura es muy

(1) Leonardo Arnaud—Cármén Orge.

blanda pero parece que las capas corticales se endurecen cuando está seco. Los indios lo usan para hacer sus canoas, cortándolo por la mitad en sentido longitudinal y aluecándolo: la forma del palo les favorece para el efecto. Hacen con él varios útiles de cocina y los tambores para sus orgias. Un tambor es un trozo de palo borracho de un metro y medio de largo, hueco y recubierto por una de sus bases con un cuero estirado en el que golpean con las manos. Este tambor y la manera de tocarlo es exactamente igual á los que usan los negros africanos con el nombre de Tumba por mas que el aire de sus bailes sea distinto. Ya en la Cangayé vienen unos cuantos dias de tranquilidad. Secamos las ropas empapadas por el sinnúmero de aguaceros que nos han caido encima todas estas noches, en que dormiamos al raso echados en la manta del caballo sobre el barro, teniendo por cobija una inmensidad de estrellas: ahora se encuentra uno en la carpa, con cama armada, y aunque en la procecuria se acabó todo, falta injustificable y no racionan mas que con doble carne, sin sal, galleta ni arroz, comemos carne sola, por cierto muy dura y fibrosa lo cual denuncia la respetable edad de los bueyes que se carnean, bebemos el agua salada del rio, conocida en el campamento por «Chateau Bermejo», dormimos en cama y bajo carpa, y nos reímos de todos los Bajás habidos y por haber por

muchas colas que tengan. El mismo día 8 por la tarde me llamó S. E. para comunicarme que el día siguiente á primera hora, debía salir en comisión con el Sr. Ingeniero á estudiar el terreno comprendido entre el Teuco y cauce seco del Bermejo, pidiéndome á la vez que le diera cuenta de mis observaciones antes de mi salida. Un informe detenido y sério en un plazo de tres ó cuatro horas, era punto menos que imposible, pero habia que cumplir la orden y lo hice en la siguiente forma:

«Exemo Señor: Harto difícil es llenar cumplidamente mi misión, dado el corto periodo de tiempo de que dispongo para ello en virtud de la orden recibida hoy de V. E. para salir mañana á practicar estudios sobre el Teuco, así como tambien por las especiales circunstancias que han concurrido á dificultar el estudio sério en la marcha constante y organización exclusivamente militar que hasta este lugar hemos traído. Entre los informes presentados á V. E. con anterioridad debe existir en su Secretaría uno con fecha 10 del mes pasado en el que se hacia un detenido análisis del terreno del Timbó (Pto. Bermejo) y hoy debo agregar que en los 322 kilómetros de camino recorrido, según comprobación de repetidos análisis, es siempre de iguales condiciones, salvo mayor ó menor cantidad de arcilla que los haga mas ó menos impermeables

pero en todos casos de inmejorables condiciones para la agricultura. De esto resulta que sus condiciones mejoran con arreglo á la altura á que se encuentran. Se ha medido en determinados lugares una capa de humus de 1 m. 30 cent. de espesor y nunca de menos que 0 m. 63 cent., espesor mas que suficiente para una frondosa vegetación, cuyas cualidades están ya espesadas en el antedicho análisis y su mejor elogio es el notorio convencimiento de ser terreno virgen, que en lo general pertenece á la formación terciaria, cubierto por enormes capas de aluvión en las que se distinguen restos de terrenos primitivos y volcánicos. El terreno arable es en su mayor parte areno—arcilloso y muy humifero. No sé si por falta de una escudriñación formalmente practicada no se ha visto ningun vestigio mineral digno de tenerse en cuenta á excepci3n de algunos caracteres visiblemente ferruginosos que en determinados lugares se presentan en el sub—suelo. Bajo el punto de vista Paleontológico, sucede lo mismo. No se ha descubierto ningun indicio de existencias fósiles, por mas que se han hecho varias escabaciones en lugares en donde racionalmente pudieran sospecharse. La flora y fauna presentadas hasta la fecha son muy poco variadas, observándose constantemente las mismas especies ya coleccionadas y preparadas por esta comisi3n. En lo que atañe á la fauna se coleccionaron 800 insectos, 500 arácnidos,

en su mayor parte de raras y hermosas especies y 25 reptiles, dejando sus clasificaciones y detenido estudio para otra ocasión oportuna. La colección de mamíferos y aves que con gran trabajo se había podido adquirir, sufrió con las últimas lluvias una casi total descomposición que hizo necesario abandonar los ejemplares preparados, aprovechando tan solo 17 aves; sin embargo, estoy dispuesto á recuperar las especies perdidas. Las plantas prensadas ascienden al número de 816 entre las que se encuentran las gramíneas, leguminosas, scrophulariáceas, verbenáceas, jazmíneas, orquídeas, irídeas etc., que constituyen en abundancia extraordinaria la vegetación del Chaco haciendo entre ellas particular mención de la *anthoxantum adoratum* conocida vulgarmente por Gramilla ó grama de olor reproducida con pasmosa frondosidad y que constituye uno de los mejores pastos para el ganado caballar y vacuno. Uno de los primordiales fines que esta Comisión se propone y que hasta hoy no le ha sido posible llevar á efecto, es la exploración de los ricos bosques que cubren gran extensión de terrenos y cuyas áreas no es dable conocer, en los cuales se encuentran abundantes y ricas maderas que sin duda alguna serán en lo porvenir una de las principales ramas de su explotación.

Creo, Excmo. Señor, que el conocimiento minucioso de la cualidad, variedad y utilidad de esta

riqueza hasta hoy casi ignorada, ha de reportar marcadas ventajas á la industria del país, que hoy importa y paga á un alto precio, productos que posee en su propio suelo y que algun día llegará á utilizar, contando con la facilidad de comunicaciones á que el tiempo, el estudio y el reconocido celo de V. E. nos hará llegar. Esto es cuanto á grandes rasgos puedo informar á V. E. incluyendo á parte los trabajos verificados con la cooperación del Sr. Ingeniero por ser de índole distinta y reservando en cartera algunas notas cuya enumeración sería prolija y que serán útiles cuando concienzuda y tranquilamente pueda elaborar el Informe total de los trabajos verificados por esta Comisión que he de presentar al Superior Gobierno. Cangayé etc.»

Presentado al Sr. Ministro por la tarde y despues de oír nuevas [disposiciones verbales, me retiré á mi carpa para disponerme á marchar el siguiente día á la diana, cuando recibí una comunicación del Sr. Jefe de E. M. que me advertía que con motivo de esperarse fuerzas y no sabiéndose con exactitud el día de su llegada no creía conveniente disponer de fuerza alguna para escolta, razon por la cual suspendí hasta nueva orden autorizado por S. E., la salida de la Comisión especial para que se me había designado, dejando entonces mis preparativos, puesto que no había ya prisa de terminarlos, y el día siguiente podria pro-

seguirlos con mas calma. Seguí en los sucesivos haciendo la tranquila vida de campamento, ora cazando, ora leyendo ó escribiendo, unas veces en las carpas de los demás Jefes haciendo comentarios sobre futilidades puesto que ninguna cosa importante ofrece el desierto y la soledad cuando no se dedica uno á contemplar algo de mas serio caracter. El dia 10 por la noche, se dió en el campamento una noticia que produjo verdadera sensacion. 400 indios de lanza y mas de 700 de chusma, se presentaron ante las fuerzas del comandante Uriburu que opera en la banda Oriental á nuestra misma altura próximamente. Dispuesto á sostener una sangrienta lucha, observó lleno de asombro que dos indios dejaban sus lanzas y se dirigian á él haciendo gestos como para hacerle comprender que deseaban hablar. Llegaron hasta él y le dijeron que su cacique (se ignora hasta ahora el nombre) deseaba paclar un tratado de paz con el Gobierno, sometiéndose á sus leyes y viviendo tranquilo en su territorio. Pedian 8 á 10 dias de plazo para reunir sus familias y ponerse en la Cangayé á disposición del *Capitan Grande* (Ministro). La noticia no puede rechazarse porque es comunicada por un oficial de aquella fuerza á S. E. pero los comentarios son numerosisimos. Unos lo atribuyen á que, habiéndose pasado á la banda Oriental todos los indios de la Occidental despues de extenderse entre ellos la noticia del propósito

que la Expedición traía, no están dispuestos á soportar su presencia y todos reunidos se preparan á emprender su persecución esperando verse protegidos por el Gobierno. De otro modo. ¿Como es que 400 indios de lanza no atacan una fuerza compuesta á lo sumo de 50 hombres? 400 indios ayudados por las mámas y chinas (madres y jóvenes) que segun dicen son en la lucha verdaderas harpías, mas temibles, en muchos casos, que los indios mismos? Y al mismo tiempo, de ser cierta la noticia, segun se cree. ¿Como el Comandante Uriburu no dejó en rehenes al Cacique ó á algunos indios que por su aspecto y ademanes le hicieran comprender que eran importantes en la tribu? Nada se sabe; se espera con impaciencia al Comandante Uriburu y si es cierto lo que se supone y si se lleva á efecto la presentación, se habrá hecho una adquisición que llena de gloria á la Expedición y en particular al Sr. Uriburu. Con el Teniente que trajo la noticia, ha traído la fuerza una india que encontraron huida, y cuyo aspecto es altamente repugnante. Muy flaca, muy sucia, con un pegote en la cabeza que ya no se sabe si es pelo, toda la piel escamosa que hace resaltar un color ceniciento sobre el pardo oscuro natural, con una especie de atrofia en las piernas que le dejan casi ver la tibia en toda su extensión, asquerosa en fin bajo todos conceptos.

Durante toda la noche se han disparado cohetes

para ver si contestaba la fuerza del Sr. Uriburu y no se observaron señales por ningún lado; solo se echó de ver un gran resplandor de incendio que parecía estar muy distante, pero en nuestra misma banda.

El acontecimiento notable del día 11 fué la llegada de la fuerza mandada por Uriburu. A las 10 1/2 a. m., se oían los clarines y á las 11 1/2 ó 12 se formaba la guardia de nuestro campamento para recibirlos. Llegaron; fueron á acampar y el Sr. Uriburu pasó á la carpa de S. E. en donde permanece, pero por los oficiales se sabe con fijeza que la noticia de la presentación de los indios es un hecho, resultando fundadas las sospechas que desde luego concebimos.

Parece que es general el descontento de los indios de la banda oriental al haberséles pasado todos los de la Occidental, y quieren á toda costa ser auxiliados por el Gobierno para ocupar legítimamente su territorio. Las tribus presentadas se sometieron al cacique Nesolchi para realizar el convenio, y concedido el plazo que pedían para reunir la chusma que desde hace días anda dispersa por los montes, vendrán á este campamento, lo que deseamos con verdadera ansiedad. Quedaron 30 indios en poder de algunos hombres de la fuerza que los escollarán hasta aquí.

En diferentes escursiones practicadas por algunos oficiales por los alrededores de este campamen-

to se han visto restos de las tribus Mocovies que estan hoy en territorio mas avanzado á causa de haber sido expulsadas por los Tobas. Ruinas de tierra cocida que en un principio se habian creído ladrillos pero es de suponer con mas fundamento que sean hornos destruidos, segun lo denuncia la forma de los fragmentos.

En las cercanias del cauce seco se han visto algunos huesos humanos, y verificadas algunas escavaciones se encontraron cráneos, pelvis, homó platos, fémures, tibias, húmeros cúbitos en regular estado. El terreno presentaba vestigios de haber sido preparado y apisonado lo cual no permite dudar de que haya existido allí algun cementerio. Los doctores Mallo y Costa, Coronel y Comandante respectivamente del Cuerpo Médico, han recojido algunos con objeto, quizá, de hacer algun estudio comparativo de razas. El doctor Mallo es persona de alta instrucción y sólidos conocimientos. Al doctor Costa, apesar de tratarle y distinguírle como amigo y cumplido caballero, no puedo juzgarle bajo el punto de vista de sus conocimientos porque no se me presentó para ello oca sión propicia.

Se espera de un dia á otro la fuerza mandada por el Comandante Ibaceta que, segun se cree, será el destinado á quedar por este territorio estableciendo la línea militar trazada desde ahora por S. E., formando los fortines en los lugares ya designados

para el efecto. Con esa fuerza es muy posible que quede mi comisión á fin de que ella me suministre la gente necesaria para nuestra escolta y me provea de viveres, caballos y todo aquello de necesidad inmediata.

CAPÍTULO VI

INSTRUCCIONES

EPISODIOS DE UNA MARCHA—LOS MATACOS

Expedición Militar al Gran Chaco.—Instrucciones á que debe someterse la Comisión Científica.

La Comisión que acompañará al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra y Marina, tiene por objeto el estudio del país en los lugares que recorra, bajo los conceptos siguientes:

1^o Determinar la calidad de sus terrenos, bajo el punto de vista geológico y mineralógico tanto en el sentido científico como en el de aplicación industrial inmediata, dando á conocer los pastos mas ó menos convenientes y el género agrícola á que con especialidad deban dedicarse, así como tambien despues de clasificar sus minerales deberá juzgar la utilidad directa que á la industria pudieran reportar, sus medios de explotación y todo lo que á sus efectos crea necesario.

2^o A los estudios paleontológicos atenderá cuando las circunstancias sean favorables, conservan-

do los fósiles que pudieran adquirirse y dejando para mas tarde la indagación.

3^o Hará un detenido estudio de la flora del país en su conjunto, enumerando con especial esmero todos los ejemplares vegetales que le sea posible, para formar la colección que presentará al Estado despues de clasificada y ordenada con arreglo á lo que la ciencia determina.

4^o Atenderá con el detenimiento posible á la fauna y en este, como en los anteriores casos, debe fijar especial atención en todo aquello que sea puramente indigena ó pródigo del país. Preparará y dispondrá para su conservación, todos los ejemplares que formarán parte de la colección ante dicha.

5^o Entran asimismo en la incumbencia de esta comisión los estudios geográfico-políticos referentes á costumbres, creencias etc., de las tribus que encuentre en los lugares que explore, así como la conservación de todos aquellos objetos que, aparte de ofrecer interés al estudio [arqueológico lo ofrecen á la curiosidad pública.

6^o El Jefe de la Comisión debe llevar un diario detallado en el que se hagan constar con claridad todos los estudios á que diere lugar la observación del día y otro que se refiera á sus impresiones de viage.

7^o Al regreso de la expedición y despues de ordenados los trabajos y colecciones, el Jefe escribi-

rá una obra cuyo detalle y extensión estarán en relación con el auxilio y elementos de que hubiera dispuesto, en la cual informe al Gobierno del resultado de sus trabajos.

Art. 2^o La comisión estará á las inmediatas órdenes de su Jefe, del mismo modo que lo estará cualquier auxilio militar que se le preste.

Art. 3^o Las personas que acompañan á dicho Jefe, en caso de una expedición peligrosa ó lejana con relación al cuartel general en el Chaco, podrán manifestar si desean ó nó acompañarlo, en la inteligencia de que ya puestos en formal exploración, quedan de lleno sometidos al mas estricto rigor expedicionario y en caso de que alguno se separe, antes de dar principio á dicha expedición, pondrá en manos del Jefe todos los objetos que con anterioridad hubiere recibido.

Art. 4^o El Jefe de la comisión podrá separarse de la columna militar cuando lo creyese conveniente para los fines de su empresa siempre que las circunstancias sean favorables á las necesidades del momento, y previo aviso al Sr. Jefe de la fuerza.

Art. 5^o Las colecciones estarán á disposición del Jefe, debiendo cada uno de los señores encargados de formarlas dar cuenta de sus trabajos para la redacción del diario. Al regreso de la Expedición, el Estado Mayor General proporcionará el local necesario para depositar las colecciones, las

que, una vez estudiadas, serán puestas á disposición del Excmo. Sr. Ministro.

Art. 7.^o Ninguno de los miembros de la comisión podrá hacer publicación científica alguna fundada en las indagaciones llevadas á cabo durante el viaje, antes de haber sido publicado el informe oficial correspondiente.

Art. 8.^o En cualquiera circunstancia eventual, no comprendida en las anteriores instrucciones, debe atenderse de comun acuerdo á la resolución del Jefe y del Ingeniero.

Art. 9.^o Si las necesidades hiciesen preciso dividir la fuerza para escoltar ó prestar cualquier otro servicio al Sr. Ingeniero, entiéndese que este miembro será Jefe de la Expedición parcial, haciéndose estensivo á su fracción, todo lo dispuesto en las presentes instrucciones.—Buenos Aires 20 de Setiembre de 1884.—B. Victorica.

Durante algunos dias, se hizo una vida de verdadera inacción á consecuencia de la indecisión respecto de lo que en lo ulterior pueda hacerse. Nada se sabe ó al menos nada es seguro sin contar con las fuerzas de Ibaceta (comandante) que aun se esperan. El coronel Foltheringhan, lo mismo que el comandante Fontana con sus respectivas fuerzas, han acampado á 12 leguas de este lugar. El primero sale hoy (15) con dirección á Formosa de donde ha venido con distinto itinerario. Fontana se cree salga mañana hacia

el Salado. Nada se sabe aun del rumbo que esta comisión tome, pero he hablado con algun detenimiento á S. E. respecto de las ventajas que la exploración del centro del Chaco hácia la frontera de Bolivia pudiera reportar bajando á Oran y Pilcomayo, y dejando asi conocida toda esa parte hasta hoy completamente inexplorada. La excursión es por todos conceptos peligrosa y difícil. El calor llega hasta 45° centígrados, no hay agua, segun se cree en la mayor parte del trayecto.

Estan ya hechos y han sido presentados á S. E. los trabajos del ingeniero Sr. Donegani, consistentes en un plano del camino recorrido desde Puerto Bermejo á la Cangayé, y nivelación del terreno de este lugar. En el plano constan las coordenadas y posiciones geográficas de cada uno de los campamentos, asi como tambien las distancias recorridas.

Al lado de nuestro campamento, en donde estan acampadas las fuerzas del Regimiento de Caballeria al mando del Comandante Uriburu, se oyó anoche (16) un tiro que puso á todos en alarma. Se ha sabido hoy que uno de los guardas de la boyada habia visto un tigre colosal devorando una ternera. Esta tarde se pondrá trampa colocando otra ternera y se parapetarán algunos soldados esperando á la fiera, que harta ya con el festin de ayer, no es probable que vuelva al lugar en que los disparos le han advertido la presencia del hombre, del enemigo.

Hoy 17 se ha dado la importante orden general siguiente:

El Excmo. Sr. Ministro de la Guerra en campaña etc.—Con el propósito de dejar convenientemente cimentada la ocupación del Chaco Austral, garantido el camino á Salta y la navegación del rio Bermejo y propender á la pronta población de los fértiles campos de sus márgenes desde Puerto Bermejo á Cangayé, estimando que es debido honrar los nombres perpetuando la memoria de los que en época remota y ahora mismo han contribuido á aquellos fines, se ordena: 1º El Jefe del Cuerpo de Ingenieros de la Expedición delineará tres pueblos: el 1º en Puerto Bermejo como ya está dispuesto, el 2º en Puerto Expedición y el 3º en el punto mas adecuado que se encuentre en las inmediaciones de la confluencia inferior del Teuco con el Bermejo, el cual se denominará Presidencia Roca. 2º Tanto en las adyacencias del Puerto Expedición como de Presidencia Roca, se delineará el recinto necesario para el establecimiento de las colonias indígenas, ó reducción de los indios sometidos. 3º En cada uno de los pueblos se delinearán dos plazas por lo menos de cuatro manzanas, con arreglo á las disposiciones vigentes: la 1ª para ubicación de los edificios públicos y la 2ª para el comercio. 4º Las calles que desembocuen en las plazas de los pueblos cuya fundación se dispone, llevarán los nombres de los Jefes que

han integrado las columnas expedicionarias. 5^o En Puerto Bermejo se fija por ahora la residencia de la Comandancia General de las fuerzas: En Puerto Expedición la de la Comandancia del 2^o batallón del 5^o Regimiento de infantería y en Presidencia Roca, la del Regimiento 12 que cubre la línea. 6^o Los puntos que ocupan los dos destacamentos de la derecha del 2^o batallón entre Puerto Bermejo y Puerto Expedición, llevarán los nombres de Senador Rojas y Diputado Balsa que sostuvieron en ambas Cámaras el proyecto de ley autorizando esta campaña. 7^o Los cuatro destacamentos de la izquierda y puertos del Bermejo, donde están situados, se denominará el 1^o Bosch considerándose trasladado á ese punto el fortín existente en su inmediación: el 2^o Vice-presidente Madero; el 3^o Irigoyen y el 4^o Ortiz. 8^o Los tres destacamentos de la derecha del Regimiento 12 llevará el 1^o el nombre de Plaza; el 2^o Wilde en honor de los Ministros de la Administración actual; el 3^o el de Cornejo. El primero de la izquierda Matorras y el 2^o á inmediaciones de la Cangayé Arias, en honor de los esforzados exploradores españoles del siglo pasado. 9^o Al frente de cada destacamento y en la localidad adecuada, se practicará la bajada al río que sirva de puerto y que llevará el mismo nombre. Los destacamentos de la izquierda del 2^o batallón y los de la derecha del Regimiento 1^o serán munidos de una carreta de

bueyes y dos embarcaciones menores. 11 El Jefe de Ingenieros rectificará la ubicación de los destacamentos así como el camino carretero practicado por la columna expedicionaria de Puerto Bermejo á Cangayé. 12 Los cuerpos de la línea y sus destacamentos, encargados de la seguridad del territorio que cubre, á cuyo efecto ejercerán activa vigilancia y policia á su retaguardia con arreglo á las instrucciones generales que tienen recibidas, protegerán la comunicación oficial y tránsito del comercio por la línea, así como prestarán auxilio y protección á las embarcaciones que surquen el río. 13 Los Jefes de los cuerpos mencionados solicitarán inmediatamente los elementos que les sean necesarios para los edificios de comandancias, cuarteles, hospital, capilla y escuela, consultando la mayor economía en los elementos de construcción que proporcionen las mismas localidades. Elévese al Superior Gobierno y dése en la órden general. 14 y último. Se solicitará del Superior Gobierno la aprobación de esta órden, y que permita que en cada comandancia se racionen 30 familias de tropa y en cada destacamento 5.

Dado en el Cuartel general de la Cangayé el 17 de Noviembre etc.—Victorica.

Algunos dias mas hemos pasado en la Cangayé sin que nada interesante haya ocurrido en ningun concepto. Todos esperábamos ansiosos la indiada pero no tuvimos el gusto de verla. El

dia 19 á las 4 a. m. se oyó la trompa de órdenes que mandaba batir carpas y á caballo en camino de la antigua reducción de San Bernardo que hoy conserva el mismo nombre y cuyas ruinas ó mejor dicho vestigios, veré muy en breve. Hicimos la primera marcha con la columna y el dia siguiente (20) dispuso S. E. que la Comisión de Ingenieros saliese á vanguardia abriendo camino y con ella nosotros con el objeto de que verificando la marcha con mas lentitud pudiéramos sacar de ella mas provecho.

Un incidente gracioso ocurrió á nuestra salida. Debiamos llevar un novillo para raciones, pues no tan solo se agregaba á nuestro número el de algunos soldados de la escolta sinó el de la gente que venia con los carros pues por una orden general se habían suprimido los cargueros y llevábamos cada Comisión un carro con tres yuntas contando además con la partida de indios vaqueanos al mando del teniente Sarávia, que posee á la perfección los dialectos Toba y Vilela, y teniamos que ser racionados por tres dias por lo menos. Todos los soldados y asistentes se dispusieron á correr el novillo que de ningun modo queria entrar por el camino que se le trazaba como si hubiera presentido su destino. Despues de perseguirlo por todos lados, y de cercarlo repetidas veces, se buscó una vaca mansa para que en algun camino lo guiara pero fué todo inútil. El Comandante

Host estaba encolerizado contra el novillo que era la causa de nuestra larga demora, hasta que por fin, sin perjuicio de la alarma que se produjera en el Campamento se resolvió matarlo á balazos, operación que en breve quedó terminada. Los asistentes y los indios lo carnearon antes de un cuarto de hora, se cargó media rês en cada carro y seguimos camino, pero muy pronto tuvimos otro incidente no menos gracioso.

Despues de mil inconvenientes que el camino vino ofreciendo por tener que desvastar en algunas barrancas para facilitar la bajada de los carros; rellenar otras para que pudiesen subir; abrir bosque cuando las necesidades lo requieran etc., nos encontramos con un bañado bastante extenso todo surcado y horadado que no dejaba pasar ni los caballos. El vaqueano, Sarávia, el Comandante Host y yo pretendimos atravesarlo, y á todos nos dejaron á pié los caballos porque se hundian ya las manos ya las patas en toda su altura. Era pues imprescindible buscar otro camino para cuyo efecto salieron Host y Sarávia, quedando todos en el mismo lugar en cuanto no aparecia resuelto aquel problema, pero en este momento se produjo el desórden; en la barranca opuesta se presentó una indiada.

Con sables los unos y con lanzas los otros. Entre nosotros hubo algunos que palidecieron, otros que avanzaron rifle en mano. Cattaneo, auxiliar

de la Comisión de Ingenieros y Edelmann, coleccionista botánico, llamaban á grito pelado al Comandante y en estos apuros baja un indio vestido de soldado de caballería, único entre ellos montado, á quien Caltaneo exigió que entregase el arma; pero el indio, impasible, dijo en muy inteligible castellano que venia de orden del Teniente Carranza abriendo picada hasta la Cangayó. Se restableció la calma: todos hablaban del partido que se debía tomar en caso de combate; todos se prometían dejar lamañitos á Epaminondas y Alejandro; á creer á aquellos héroes, los indios les debían la vida á cada uno de ellos. Sin embargo, bueno fué que guardaran para mejor ocasión su bravura.

Conocido ya el camino que los carros habían de seguir, nos pusimos en marcha todos, incluso los indios y continuamos tranquilamente, despidiendo antes dos vaqueanos para que fueran á llevar á su Excelencia el parte del encuentro de los indios. Se componía esta indiada de 15 individuos de chusma á quienes se había provisto en San Bernardo de sables viejos para desmontar, y dos caciques con lanza que hacen entre ellos el papel de capataces, acompañándolos en calidad de lenguaraz el indio montado. El aspecto de estos indios es realmente imponente. Sus caras escuálidas revelando el hambre y una vida de sufrimientos, sus facciones groseras, su color muy oscuro contribuyendo no poco á ello la costra de suciedad que lle-

van adherida, sus modales, manifiestan en todo el salvagismo. Su traje se reduce á algun trapo viejo cruzado en las piernas y una bolsa colgada al hombro con una cuerda y hecha con la fibra de una planta textil llamada chaguar (1) con la cual tegan á veces una especie de camisilla. El idioma es monosilábico, hablan muy poco, y con la rara particularidad de que apenas levantan la voz ni se miran, de suerte que, cuando hablan, lo que hacen, como he dicho, muy pocas veces, parece mas bien que estan gruñiendo. El camino no fué en general mas ameno que los anteriormente recorridos.

El Chaco es todo igual á no ser en las zonas que se aproximan al trópico, do ide empiezan á presentarse algunas especies propias de la situación geográfica y del clima. Se han visto por primera vez algunos monos de la especie lemurina y algunos vegetales como espiguilla aromática, pardosia y otros que se aclimatan en los jardines de Europa. Vimos algunos árboles como palo santo huayacan etc. aunque no de grandes dimensiones, fenómeno que se observa en todos los montes del Chaco. Raras veces vemos árboles de mayor corpulencia, como seria natural en un país virgen, pero segun parece, las mariscadas y grandes quemazones de los indios no dejan á la vegetación tomar sus naturales proporciones. La in-

(1) De la familia de las bromeliaceas.

corporación de estos indios, implicaba naturalmente un aumento de racionamiento, y ha sido causa de que nos quedáramos sin carne el segundo día y empezáramos á comer tan solo arroz cocido sin sal hasta llegar á S. Bernardo en donde se nos proveyó de víveres frescos. El día 23 á los 8 1/2 a. m., despues de atravesar un espeso bosque, pasamos por una antigua tolderia, al lado N. de la cual se notan dos elevaciones uniformes del terreno, cubierto en aquel punto de vegetación, que segun noticias son ruinas de la antigua reducción de los frailes Bernardos. Hemos pasado a la ligera porque divisábamos en frente este campamento, á donde llegamos acosados por el hambre teniendo que armar las carpas en seguida por vernos amenazados de temporal, y aquejados de la necesidad de descanso despues de tantas noches pasadas durmiendo al raso aguantando fuertes lluvias, teniendo nuestras camas convertidas en bañaderas, y siéndonos, por consiguiente, imposible conciliar el sueño. Saludámos al capitán Gonzalez que está á cargo de esta fuerza, y al teniente Carranza; este último de primera intención me ofreció un almuerzo, que yo sin cumplidos acepté en el acto y al cual hice los honores con un apetito digno de Heliogábalo. Durante este almuerzo, me hizo conocer el Sr. Carranza á un individuo como de unos 30 años, aunque un poco envejecido y con las facciones prematuramente

ajadas, de tipo perfectamente caucásico, pero con maneras indias. Era un cautivo de los Tobas que desde los 9 ó 10 años lo habian tomado y lo conservaron en su poder. Estaba vestido y se conocia que le incomodaba el traje. Lo hice llamar y aunque apenas habla mas que algunas palabras en castellano me dijo que se llamaba Anselmito y que tenia 10 años, el nombre de su padre Pedro Carraseo y de dos hermanos Norbertito y Justito (mayores que él) no recordando el apellido de la madre cuyo nombre es Jacoba, ni el pueblo donde nació.

Esta expedición tiene, aparte del establecimiento de la línea militar, el objeto especial de reducir á todos estos indios, facilitándoles ropas y aperos de trabajo, dándoles la posesión legitima de sus territorios, y médios de subsistencia, trayéndolos así á la civilización, garantizando á la vez el tráfico con este hermoso pais asi como el comercio con Bolivia.

El hombre está obligado á ejercer el bien, porque esa es su misión en la tierra, pero esto no basta, es necesario que ese bien se refleje en beneficio de nuestros semejantes, y nunca mejor empleados los sacrificios y los desvelos, que en cumplir una obra tan civilizadora y humanitaria como la que se está realizando en esta ocasión bajo los auspicios de S. E.

Él, como todos los que á esta empresa hemos

coadyuvado, tendrémos para lo ulterior un grato recuerdo y una satisfacción de conciencia el día que la suerte nos traiga de nuevo por este camino.

Con este fin se hizo conocer á todos los caciques de los contornos la buena nueva, se les convenció de la utilidad que ulteriormente puede reportarles, y ya se han presentado 27 caciques dispuestos á someterse á las leyes del Gobierno Nacional rindiéndole acatamiento en la persona del señor Ministro y á entrar por el camino del progreso.

La mayor parte de estas tribus son de Malacos a los cuales pertenecian nuestros compañeros de viage, y algunos de los presentados son Tobas entre los que venia el cautivo que está hoy en poder del Sr. Carranza.—Aquí encontramos mas de mil indios establecidos en una tolderia vecina que me dieron ocasión de conocer por primera vez la impresión que causa uno de estos pueblos salvages.

El toldo consiste en una aglomeración de ramas unidas por su parte superior y cubiertas con paja y hojas: la reunion de toldos forma la tolderia. En cada toldo vive toda una familia y un crecido número de perros escualidos y sarnosos en su mayor parte. El aspecto interior de un toldo es en extremo triste y miserable: véñse allí aglomerados en completo desórden, viejos, jóvenes y niños, mezclados con un número igual ó mayor de perros: en médio, el fogon, que llena de humo aquella tan reducida como primitiva choza. Hombres y muje-

res no se diferencian mas que en la presencia de las glándulas mamarias bastante desarrolladas en ellas; por lo demas, el traje en ambos es el que les dió la naturaleza con un trapo de chaguar (planta textil con cuyo hilo lo tegen) ó un pedazo de cuero en derredor de la cintura cubriendo hasta medio muslo, es igual en ambos sexos: Son completamente lampiños y llevan el pelo hasta el hombro casi siempre enmarañado y algunas veces mal rayado al medio. Si bien las tribus maticas y tobas tienen distinto idioma hasta el extremo de que no se entienden una sola palabra, son en cambio sus costumbres en alto grado análogas. Su cocina es tan primitiva como su vestido. Las mujeres hacen de comer en ollas (que ellas mismas construyen con arcilla y humus) ponen gran cantidad de raíces y tubérculos, y en su derredor se ven todos los chiquillos de la tribu (que hasta la edad de 13 ó 14 años van completamente desnudos en ambos sexos) metiendo con avidez las manos dentro de las ollas y chupándose los dedos.

Al poco tiempo de haber llegado, pasamos por las tolderías maticas y tobas con el fin de cambiar objetos. Un poco de tabaco, un pañuelo viejo, el objeto mas inutil é insignificante, tiene para ellos inestimable valor y por él dan sus flechas, arcos, lanzas y toda clase de útiles de su uso que representan un improbo trabajo. Una camisa ó calzoncillo, por viejo que sea, es la prenda por

ellos mas estimada y cambian por ella cuanto se les pida. Las flechas son de caña, de casi un metro de longitud, con una punta muy afilada de corazon de jacarandá, madera de gran dureza que emplean en casi todos sus usos: los arcos y lanzas de la misma madera con una tira de cuero en los primeros y un hierro generalmente bien dispuesto y seguro en las segundas. El único instrumento que emplean para su construcción, es el cuchillo, á veces formado por un hierro afilado y atado con hilo de chaguar á un trozo de madera.

Para bailar, usan una cinta ancha que sugetan á la rodilla y de la cual cuelgan gran número de láminas de metal y conchas que hacen sonar con sus descompasados movimientos, completando su gala un rodete de plumas de avestruz en la cabeza y unas pulseras de cuero y varias sortijas de la misma materia ó de cola de iguana. El tejido de las bolsas (yicas ó llicas) que cuelgan al hombro asi como el de las corazas de guerra y demás útiles, lo fabrican las mujeres torciendo primero el chaguar sobre el muslo en donde ponen ceniza para hacerlo mas suave al frote de la mano, construyendo así una especie de cuerda fina que despues ensartan en agujas de hueso afilado con un ojo en la parte inferior. Cualquiera cosa que observan en un cristiano, es para ellos digna de la mayor admiración. Todo lo piden, todo se les antoja: yo he tenido muchos pretendientes á mis anteojos, y un

dia que llevé un espejo á la toldería produce un asombro general.

Segun el teniente Sarávia, *lenguaráz toba*, decían aquellos infelices que aquel objeto debía ser manejado por alguna bruja, y le propuso, segun despues me contó, un indio viejo, cambiarme una chinita (1) por aquel objeto misterioso. El ayudante de la Comisión de Ingenieros señor Cattaneo, le cambió á uno una corbata vieja por varios objetos que llevaba encima y salió el indio completamente desnudo con su corbata puesta, haciendo visibles manifestaciones de una exagerada alegría! saltando y gritando para dar á conocer su júbilo. El *tatouage* es general en todos ellos por mas que los hombres llevan tan solo algunas rayas pintadas en la mejilla y en el lábio inferior ó carecen de él por completo; en cambio las mugeres llevan la cara completamente llena de dibujos: rayas, puntos, círculos, triángulos, figuras de indescriptible forma, cubren su epidermis desde la frente hasta el cuello. Esto pasa lo mismo en las tribus *Matacas* que en las *Tobas*, con la diferencia de que estos últimos se agujerean las orejas colocando en ellas palos que gradualmente aumentan de tamaño, con el objeto de hacerlas crecer, costumbre que los aproxima algun tanto á los orejudos.

Decidido S. E. á no pasar adelante una vez que

(1) Nombre dado á las indias jóvenes.

la misión de la campaña esta cumplida despues de dejar establecida la línea militar hasta la Canga-yé, dispuso antes de su regreso que estas tribus con sus respectivos caciques pasaran á su presencia para vestirlos y acondicionarlos en su ulterior régimen de vida.

Ya terminada la instalación en este campamento y hechos los primeros trabajos de reconocimiento, exploración, estudio de los principales caracteres de su vejetación y de su suelo, determinación de coordenadas y topografía, hidrografía etc., del lugar, recibióse una comunicación de S. E. ordenando regresara á incorporarse á la columna la Comisión de Ingenieros á las órdenes del Teniente Coronel, D. Francisco Host y una carta particular dirigida á mí con el objeto de darme instrucciones sobre el nuevo itinerario que la Comisión y fuerza á mis órdenes debía seguir.

Fuéme sensible la separación del Sr. Host á quien profesaba especial estimación.

Aproveché la incorporación de esta Comisión á la columna, para mandar agregados á ella á mis ayudantes, D. Carlos Rodriguez Lubary y D. Toribio Ortiz cuya conducta y proceder hacia tiempo no me era satisfactoria.

Pasé á la vez una nota á S. E. haciéndole conocer los motivos que originaban esta separacion, la cual dió lugar á que en el acto mandase hasta nuestro campamento al Coronel, D. José Ignacio Gar-

mendia acompañado de un capitán secretario y escoltados por 10 hombres para instruir sumario sobre los hechos denunciados. Fui yo el primero á atemperar los ánimos en tan enojosa cuestión, una vez que ya estaba logrado el objeto principal que era la separación de los elementos que yo consideraba perniciosos al fin y al éxito de los trabajos de la Comisión Científica.

Así en efecto sucedió. El sumario fué sobreseido segun atenta carta recibida á los pocos días en que S. E. me comunicaba atender galantemente mi recomendación.

Esta carta me fué conducida por el Dr. D. Angel J. Carranza, historiógrafo de la Expedición, que en cumplimiento de una Comisión especial viene á esperar las fuerzas del Comandante Ibazeta para seguir bajo su protección hasta las provincias de Jujuy y Salta.

El Dr. Carranza habia servido en la columna expedicionaria, en calidad de Auditor de guerra, á la vez que á él estaba encomendada la anotación de los acontecimientos diarios con el fin de redactar oportunamente la memoria general. Ya desprendido de la columna en cumplimiento de la nueva misión que se le confia, succédele en este encargo el ilustrado Coronel Garmendia de aptitudes literarias conocidas y justamente apreciadas.

CAPÍTULO VII

L A R E D U C C I O N

UNA FIESTA CÍVICA—COSTUMBRES — IMPRESIONES

Las ruinas ó vestigios de la antigua reducción de San Bernardo que data del año 1774, se reducen hoy simplemente á unos montones de terreno dispuestos con uniformidad y en los cuales se comprende que su construcción era rudimentaria. Constan hoy de cinco cuerpos en los que se puede distinguir la iglesia y algunas otras habitaciones pero ya en un modo vago. Se grabó en un colosal *cactus opuntia* que está en medio del cuerpo principal del edificio vivienda, la siguiente inscripción: «Ruinas de la reducción de San Bernardo fundada en 1774 por el benemérito Coronel D. Francisco Gabino de Arias—Expedición Victorica—año de MDCCCLXXXIV.»

Se practicaron escavaciones para ponerlas en descubierto por el ingeniero de esta Comisión científica D. Emilio Donegani quien á pesar de sus esfuerzos con el auxilio de 30 indios obreros, bus-

cando algunas reliquias que pudieran haber quedado, no le fué posible encontrar sinó un solo trozo de palo santo que estaba en el lugar que se determina en el acta que mas abajo se consigna.

Esta acta se leerá en las mismas ruinas á presencia de la fuerza del regimiento 10 de caballeria que guarnece este campamento, en virtud de la llegada definitiva del Comandante Ibaceta que despues de habernos saludado el dia 3 del presente mes de Diciembre, saliò en la tarde del mismo dia á toda prisa con el objeto de poder alcanzar á S. E., ya de vuelta hácia la Cangayé. Se retardaba su regreso, pues pasaba el dia 8 y no se tenia aun noticia suya, pero por la tarde de ese dia apareció con los oficiales y tropa que le acompañaban, trayendo correspondencia de la columna y periódicos varios. Encontró á S. E. en la Confluencia, (1) denominada hoy Presidencia Roca, en donde se dispuso la delíneación de un pueblo y llegó precisamente el dia en que se celebraba la ceremonia de la fundación. El Sr. Ibaceta atravesó parte del Chaco central, reduciendo algunas tribus Matacas entre las que se encuentra la del poderoso cacique Pedro que, aparte de ser muy crecida, ejerce influencia sobre las demás. Me dió algunas noticias relativas á las costumbres de esas tribus que había observado durante su excursión, y

(1) Teuco y Bermejo.

que yo ignoraba que existiesen entre Tobas y Matacos.

No son antropófagos, dice, pero les he visto asar un costillar de un semejante suyo y bailar alegremente en derredor de la hoguera, bajándose con frecuencia algunos de ellos á recojer en conchas la grasa que caía sobre las brasas, y bebíala con avidez. Sesabe que se comen á sus cautivos cuando les acosa el hambre, pero esto no implica amor á la antropofagia porque el hecho tiene carácter accidental y es la necesidad quien lo impone; no es la primera vez que leemos y oímos hechos análogos de nuestra propia raza, cuando naufragios ú otros casos extremos, han privado al hombre de todo medio natural para satisfacer su hambre.

Sin embargo, dice el señor Ibaceta, en este caso se trataba de indios que no carecían de lo más necesario.

Cuando matan un cristiano, le cortan inmediatamente la cabeza de la cual aprovechan el cuero cabelludo que disecan con sumo cuidado y habilidad, lo curten con esmero y lo destinan en grandes festividades á beber aloja (líquido alcohólico producido por la fermentación del fruto leguminoso del algarrobo (algarroba). Esa es la copa de honor, que tiene para ellos un valor extraordinario y vale tanto mas, cuanto mas largo es el pelo, que deja un gran chorro de aloja colgando en cuanto el indio se recrea bebiendo su conteni-

do. Sierran la cabeza y hacen con la bóveda craneana, otra taza que destinan á todos los usos, separando con cuidado el esfencoides que constituye en ellos un objeto de adorno.

El terreno de San Bernardo fué repetidas veces reconocido y examinado en todos conceptos, dando como hasta ahora el mismo resultado anterior. Los bosques contienen algunas maderas de buena calidad, pero de la mas rigurosa analogia en su clase y en su volumen: quebracho, mucho algarrobo, poco lapacho y huranday, rarísima vez alguna q' otra madera de valor, como palo santo, jacarandá, etc. Por todas partes ricos pastos que podrian ser mucho mejores si se estableciesen animales que contribuyeran á mejorar el terreno con su abono.

El Chaco es inmejorable para el pastoreo, y por consiguiente está llamado á contener una riqueza inmensa en ganado. Sus maderas pueden facilitar al país un elemento de riqueza muy valioso, cuando su explotación se lleve á efecto, ya con la construcción de un ferro-carril portátil, ora de un palo-carril, que es mas factible y quizá de mejores condiciones, hasta lugares desde donde puede ser navegable el Bermejo, porque está fuera de duda que no lo es en toda su extensión como se ha pretendido. Sus bancos de arena movedizos, su escasa cantidad de agua en algunos puntos y determinadas épocas, sus frecuentes cambios de cauce, y

otras razones, le hacen de imposible navegación: y si hay quien objete que el Coronel Ramírez subió hasta la Confluencia con una flotilla de vapores pequeños, le contestaré que subió efectivamente, pero haciendo conducir sus vapores tirados por yuntas de bueyes, en mas de una ocasión, y á eso no se llama navegar.

He pasado el Bermejo á caballo y á pié repetidas veces y sé que hay lugares en que el agua en largo trecho, no tiene mas de dos decímetros de profundidad; tal sucede, por ejemplo, aqui en San Bernardo donde no es posible, por grande que sea la creciente, que se eleve cinco centímetros mas, pues ambas orillas se extienden casi sin elevación en estensísimos bañados. Por esta razon, el Chaco es en general poco favorable á la colonización, excepto una pequeña porción de terreno alto en donde están establecidos los fortines del 1° al 4° á partir de Puerto Expedición, y en donde creo yo que pudiera establecerse una bella colonia, abarcando la zona de tierra hasta ahora mas linda que se ha visto en las leguas recorridas desde el Puerto Bermejo.

En todo lo demás, salvo pequeñísimas porciones, se observan terrenos apropiados para el pastoreo, de selecta condición para la producción de gramineas, leguminosas, escrophulariaceas, etc., como se vé extensamente en la obra científica dada á luz con este motivo, pero nunca terrenos agrícolas,

por mucho que se mejoren y complementen, pues si bien es cierto que hay en lo general una rica capa de humus de envidiables cualidades, hay en cambio un suelo y sub-suelo cada vez más arcilloso é impermeable que no dejará vegetar sinó determinadas especies que no pudran sus raíces con facilidad.

Al darnos detalles el Comandante D. Rudecindo Ibaceta de la fiesta celebrada por la columna en la Confluencia, con motivo de la fundación del nuevo pueblo «Presidencia Roca» nos enseñó una copia del discurso pronunciado por S. E. concebido en estos términos: «Compañeros: Para saludar el estandarte nacional de la Expedición terminada nuestra campaña lo enastamos en la lanza sangrienta del último cacique toba que pagó con su vida el atentado de haber asaltado á uno de nuestros soldados, (1) y lo clavamos aquí donde se ha resuelto la erección de un pueblo que llevará el nombre de «Presidencia Roca» perpetuando la administración que ha resuelto los grandes problemas de la organización de la República y de su engrandecimiento y progreso. Nuestra campaña ha sido breve pero no exenta de peligros y fatigas: el éxito más completo ha coronado el esfuerzo. El Chaco Central con sus cinco mil leguas de territorio, ha sido recorrido y batido en todas direcciones y por la otra banda del Bermejo, nuestras fuerzas

(1) La lanza de Kaloshi.

han alejado las tribus del otro lado del Salado en el Chaco Austral. Los fértiles y ricos campos de sus márgenes, pueden ser desde ya segura y ventajosamente poblados.

Los indígenas de las tribus mocovies, tobas y matacas que acaban de practicar el cimientto donde vamos á colocar el acta de fundación del nuevo pueblo, muestran bien que no hemos traído una guerra de esterminio y que nos apresuramos á construir los centros de civilización para atraerlos como á fuerzas vivas de la Nación bajo su protección y sus beneficios. Lo que intentaron nuestros mayores hace tres siglos, lo que repitió hace un siglo el esfuerzo de los patriotas de Salta y Tucuman, se lleva á cabo hoy pero de una manera permanente y fijando la nueva era abierta al porvenir de nuestra patria. Al N. como al S. se establecen las bases de prósperas poblaciones en los aduares del salvaje y desaparece el desierto y la barbarie. Permítaseme aprovechar este momento, para estimar la decisión, la lealtad de cuantos me han acompañado, para tributar mis aplausos á los jefes, oficiales y soldados de esta columna: á los que recorren las márgenes del Salado, á los que han recorrido las márgenes del Teuco recibiendo el acatamiento de numerosas tribus, á los miembros de las comisiones científicas presentes y de las que aún recorren por distintos puntos el territorio y finalmente á la expedición fluvial, que venciendo con energía todos los obstáculos, ha logrado lle-

gar á este punto que de hoy en adelante será el apostadero central para la resolución del problema de la navegación regular del Bermejo y del Teuco, hasta las juntas de San Francisco. La tarea no está concluida. Esta campaña cierra el primer periodo iniciado por las fuerzas que guardan la línea de Reconquista y echa con firmeza los fundamentos para la ocupación definitiva de todo el Chaco hasta el Pilcomayo, cuyo reconocimiento se efectúa en estos momentos. ¡Pero que rico, qué inmenso territorio donde cabe no una provincia: una nación puede desde ahora ser librada á las especulaciones del trabajo y de la industria! Compañeros del Regimiento 12: Os entrego la planta de una población que como tantas otras de la República deberá á las virtudes del ejército su primer desarrollo. Lleva un gran nombre cuya perpetuidad vosotrós os empeñareis en cimentar pronta y sólidamente. Comandante Ibaceta: Llevad á Salta el testimonio de este acto q' importa la seguridad del camino que establecerá el comercio por tierra entre ella y Jujuy con el Paraguay y provincias de Corrientes, Entre-Ríos y Santa Fé. Llevadlo también del sentimiento de alejarme sin visitar, por esta vez, aquel pueblo á que me ligan tantas simpatías. Compañeros: La modesta ceremonia que aquí nos reúne tiene verdadera importancia: y lo dice nuestra propia emoción que desahogaremos un tanto

dando un Viva á la Nacion Argentina! Viva el ejército! Viva el Presidente de la República!»

Cuando recibiamos estas noticias, preparábamos á la vez una fiesta cívica en honor de los antiguos exploradores del Chaco, que si bien perecieron en su empresa, son dignos de alabanza y respeto por su abnegación y heroismo. El dia 10 de Diciembre se participó á la fuerza que debia formar para este efecto y á las tres de la tarde maniobraban en el campamento 160 hombres al mando de los sargentos mayores don Zenon Ferreira y don José Maria Moscoso, 2º y 3º jefe respectivamente del Regimiento 10 de caballeria en la expedición, dirigiéndose hacia las ruinas en donde formaron en ala al mando del Sr. Teniente Coronel D. Rudecindo Ibaceta, gefe del Regimiento. Nos incorporamos en aquel lugar el Dr. D. Anjel Justiniano Carranza con sus ayudantes Sres. Gonzalez y La Serna, y yo con los Sres. Donegani y Edelmann. Suscitóse el recuerdo del lugar con las siguientes palabras:

«Compañeros de la columna expedicionaria al Chaco Austral. Acabamos de arrancar al misterio las ruinas que estamos contemplando. Ellas pertenecen á una fundación que revela el arrojo de nuestros mayores, quienes sin mas armas que su fé, acometian empresas peligrosas, internándose entre bárbaros, con el propósito de llevarlos á la luz del cristianismo y acercar á pueblos hermanos que vejetaban alejados y desconocidos por la fal

ta de vías de comunicación á través de estos desiertos que todavia hoy llenan el alma de pavor. ¡Cuánta mudanza en solo cien años! De San Bernardo, como de Babilonia, no quedan sinó algunos montones de polvo. Todo lo que nos rodea acusa el trastorno sufrido por la naturaleza y hasta el Bermejo ha fugado de este bordo silencioso que refrescaba en otro tiempo con sus rubias corrientes. Apenas atestigua el pasado ese cardon-añoso, el *stac* de los aborígenes que florece entre ruinas, solitario y melancólico con sus costillas arqueadas semejante á un candelabro colosal pronto á iluminar en las tinieblas de las barbarie, esta catástrofe de la civilización. ¡Pero entre los hombres útiles que ensayaron implantarla aqui en la última centuria, ocupa uno de los primeros puestos el Coronel D. Francisco Gabino de Arias, espíritu bien templado, quien despues de sacrificarse por una idea generosa, fundando este núcleo de población, acabó sus dias en el olvido cruel luego de haber erigido la Cangayé con los belicosos mocovies. Mas las generaciones del futuro á que tal vez apeló abrumado por una situación acerba, hacen justicia á su mérito en presencia de estos escombros que no hablan, pero que palpitan aun poniendo de bulto tantos afanes en una época de oscurantismo en que no había estímulos para el ciudadano abnegado.

Señores: Si la sombra de Arias, hijo ilustre de

Salta, vagase triste en estas soledades, se consolaría sin duda con el homenaje que la posteridad reconocida, tributa á su memoria resucitándola para glorificarla en el teatro mismo de sus esfuerzos y sin que falten á reparación tan piadosa como espontánea, ni estos infelices Matacos descendientes de los que merecieron su protección decidida por la indole que los distingue.

Hecha así la conmemoración de un infatigable explorador que como Matorras, Cornejo y otros, se inmortalizó por sus trabajos en el Chaco y cuyo nombre unido para siempre al de estos, acaba de ser recordado oficialmente por el distinguido estadista Jefe de esta expedición—agregaré—que al retirarnos del cuartel general en la Cangayé cerrada ya esta campaña de utilidad pública, lo hacemos satisfechos de haber contribuido con nuestro óbolo al engrandecimiento de la República que regida por un Gobierno conciliador y progresista, se preocupa en fomentar empresas como la acometida ahora, las cuales solo prosperan con la paz, dando brillo y magestad á esta bandera augusta que flamea pura y sin contradicción en las crestas andinas, en las apartadas latitudes antárticas y en este Chaco feraz destinado á ser el emporio de nuestra riqueza pastoril. En adelante la línea militar del Bermejo, será un hecho y la comunicación de las provincias mediterráneas con los mercados del litoral, no tardará en producir las ventajas abrigadas por todos.

Olvidemos, pues, nuestras actuales penalidades y peligros para no pensar sinó en la felicidad de la hermosa pátria Argentina que tranquila y libre, cubre sus fronteras internacionales, borrando de su mapa las afrentosas de la barbarie. Al Regimien- to 10 de caballeria de línea perteneciente á la 3^a brigada de la 4^a división, toca tambien una parte conspicua en esta obra de regeneración y de verdadero patriotismo que aplauden los contempo- ráneos y que lo será doblemente por los venideros.»

Acto continuo lei la siguiente acta:

A los 10 dias del mes de Diciembre de 1884 reuni- dos los que firman en esta *tapera* de la reducción de San Bernardo, situada á los 25° 23' 46'' de lat. S. y 61° 12' 49'' Long. O. de Greenwich y fundada en el año 1774 por el benemérito coronel D. Francis- co Gabino de Arias, habiéndose practicado prévia- mente su desmante con 30 indios Maticos bajo la dirección del Sr. Ingeniero de la Comisión Cientí- fica D. Emilio Donegani en la Expedición Victorica al Chaco Austral. Se logró descubrir la planta de la capilla, campanario, sacristia y cuatro piezas adyacentes siendo la superficie de la primera de 200 metros cuadrados de la segunda 12,50 metros y de las tres que siguen 18 metros cada una y 32 de la última, sumando una superficie total de 298 me- tros 50 centímetros cuadrados, sin incluir el Campo Santo que tambien está á la vista: dicha construc- ción que dá frente al naciente, es de adobes y el

largo de cada uno de estos es de 0,24 centímetros 0,16 de ancho y 0,08 de grueso. El espesor de los muros es de 0,50 ctm. sus cimientos de 0,70 la altura de 0,60 y la dirección del edificio es N. S. magnético. Habiéndose cabado delante del altar mayor y porteria mas de un metro de profundidad hasta dar con los cimientos y muros divisorios á fin de buscar la piedra angular de la fábrica espresada. Despues de tantos afanes, solo se notaron los predichos adobes que al levantarlos se pulverizaban, y el fragmento de un poste, de palo santo labrado, clavado hacia la izquierda de la puerta de entrada á la iglesia, el mismo que fué medido y diseñado teniendo 1m. 37 ctm. de largo y 0,15 de grueso antes de ser aserrado para distribirse entre los circunstantes, tomándose una vista por el fotógrafo de la Expedición presente, la Comisión Científica, el Regimiento núm. 10 de caballeria y los caciques Matacos Ceferino y Gregorio con varios individuos de sus respectivas tribus. De esta acta se sacaron tres cópias, la 1^a destinada al Excmo. Gobierno Nacional, la 2^a al Sr. Gobernador de Salta y la 3^a para ser depositada en una botella, al pié del gran cactus *opuntia* que está al costado N. de la Capilla.

Dicha tapera fué descubierta el 5 de Noviembre ultimo por los tenientes Fermin Carranza y Domingo Buttler con la vanguardia de las fuerzas Nacionales que han expedicionado desde la frontera de Salta.

Leopoldo Arnaud, Jefe de la Comisión Científica—Emilio Donegani, Ingeniero de la Comisión Científica—Alejandro Edelmann, Coleccionista de la Comisión Científica.—Angel Justiniano Carranza, Auditor de Guerra—Gerónimo de la Serna, Ingeniero—Antonio M. Gonzalvez, Cirujano—Luis Perotti, Fotógrafo—Rudesindo Ibaceta, Teniente Coronel—Zenon Ferreira, Sargento Mayor—Mariano Silva, Cirujano de la frontera de Salta—José M. Moscoso, Sargento Mayor—José M. de la Vega, Capitan—Agustin Gonzalez, Capitan—Nicolás Ramallo, Teniente 1^o—Gabino Garmendia, Teniente—Domingo [Butteler, Teniente—Salomon N. Gonzalez, Teniente—Fermin Carranza, Teniente 1^o—Honorio Lara, Teniente—Guillermo Oyarzú, Teniente—Fernando Carbia, Sub-teniente—Julio A. Pedriel, Sub-teniente—Inocencio Gomez, Sub-teniente—José R. Saravia, práctico.»

Terminado este acto fueron dados algunos vivas á la República, á la libertad, al Regimiento, á la Expedición por el Comandante Ibaceta que fueron calorosamente contestados, se tocó diana por la banda de clarines y se sacaron varias vistas por el fotógrafo.

Volvimos al campamento en donde se destaparon algunas botellas de cognac y vermouthe, se les repartió á los indios algun tabaco y carne y con esto se dió por terminada esta ceremonia. Se puso cada cual á preparar su correspondencia, puesto

que se dispone un chasque á salir para Salta y el dia 12 á las 10 a. m. salió el teniente D. Salomon N. Gonzalez con 10 hombres á cumplir esta Comisión.

Le acompañé algunas leguas con el objeto de quedarme á explorar la parte N. á O. Despues de recorrer bosques y planicies y hechas las anotaciones del estudio y observaciones para el diario científico, me volvi al campamento, pasando por la tolderia del cacique conocido por Ladrillo. Allí fui victima de una impresion para mi inolvidable. Entré en un toldo en donde se hallaban varias chinas, unas torciendo chaguar (pita) y otras cocinando: entre ellas, una se hacia notar por sus modales poco comunes en su raza y por su pulcritud y aseo: Era una jóven como de 15 á 16 años de bellísimos ojos negros rasgados, cara redonda, nariz un poco ancha, lábios abultados que dejaban ver dos filas de pequeños é iguales dientes cuya blancura contrastaba notablemente con el color achocolatado de su tez. Su cuerpo era esbelto y sus formas perfectas. Sin que sus facciones fueran independientemente bellas á escepcion de sus ojos y sus dientes, su rostro era en conjunto agradable y altamente simpático. Su traje consistia en un paño tegido con chaguar y prendido en la cintura, cubriéndole apenas la rodilla. Sus hermosos cabellos negros y sedosos revelaban, por su brillo y buen orden, cierto esmero no frecuente

entre sus compañeras, y los sugetaba, no sin cierta coqueteria, con una enredadera cuyas hojas formaban una especie de diadema natural que aumentaba sus encantos. Su *tatouage* consistia en dos rayas azules y paralelas en cada megilla, en cuyo espacio intermedio se veian algunos puntos negros: en la frente tenia dos circunferencias en cada sien y una en medio del frontal con un punto en su centro del cual se desprendia una raya que bajaba hasta el cartilago internasal.

At e pek. (¿Como te llamas?) le preguntaba,—y ella ocultando la cara, no me daba respuesta alguna. Le propuse cambiar un pañuelo por una tira de cuero que llevaba á manera de pulsera ó brazalete y ni por este medio, ni por ningun otro, conseguí de ella una sola mirada.

La india me interesaba: veía en aquella niña algo que se separa de lo vulgar. Sali á buscar un *lenguaraz*, para que me hiciera entender con ella, y volví al toldo acompañado por el soldado indio Ramon, con cuya mediación conseguí saber algo. Se llamaba *Etooj* (fuego) nombre que encontré muy apropiado á sus ojos capaces de poner fuego en el pecho mas frio. Mientras más observaba sus maneras, mas me admiraba de la notable diferencia que ofrecian con las demás mujeres de su raza. *Etooj* manifestó sorpresa al ver un abanico que yo llevaba y me apresuré á regalárselo, pero grande fué mi sorpresa al ver que lo rehusa-

ba: caso verdaderamente singular y único entre los Matacos, que, todo lo piden y aun lo toman en cuanto uno se descuida. Insistí en mi obsequio y conseguí que lo aceptara. Después de pasar una hora muy agradable al lado de Etooj, me despedí prometiéndola volver y llevarla cosas bonitas. Cuando en medio de salvages se encuentra una criatura de las condiciones de Etooj, forzoso es reflexionar y perderse en conjeturas. ¿Porque se avergonzaba? ¿Porque estaba tan comedida? ¿Tenía acaso distinta educación que las otras? Etooj era, en mi concepto, una india digna de excepcional estudio.

Sali á la madrugada del siguiente dia y después de recorrer nuevo territorio, volví al toldo de Etooj: le llevaba, una cadena de *double* que le puse al cuello y la mitad de un mantel usado que ella guardó cuidadosamente. ¡Cuanto sentia no encontrar un mataco que me ayudara á penetrar en los sentimientos de Etooj! Sus miradas me hacian comprender que no odiaba, como sus semejantes, á los cristianos. Cada vez me era mas simpática aquella desgraciada niña y llegué á creer sinceramente que ella no estaba satisfecha de la vida salvage á que la naturaleza la habia destinado. A medias palabras y con auxilio de la mimica, pude decirle que la esperaba en mi carpa para darle algun abrigo ó cosa que pudiera serle útil y con pena volví á despedirme de Etooj.

La mañana siguiente, me traía un huevo de avestruz y un zapallo. Una india que por instinto conocía la gratitud! Pero las facciones de Etooj estaban descompuestas y en sus ojos había vehementes señales de un llanto reciente. ¿Sería yo la causa de su disgusto? Esforzábame por averiguarlo, pero á mis señas contestaba señalándome su cuello, y dirigiéndose á mi reloj que estaba cerca, me señaló la cadena que á ella le faltaba.

¡Pobre niña! y feliz al mismo tiempo cuando sus disgustos se reducen á cosas tan triviales!

Cada una de sus lágrimas valía mil cadenas. La consolé como pude y le prometí volverle á dar otra *silata* (bonita)

El día 14 se dió la orden de marcha para los carros, que debían salir la madrugada del 15 y yo tenía dispuesta la salida de mi comisión al mismo tiempo, no conviniéndome hacer las marchas forzadas de la columna. La idea de salir, me produjo un efecto raro; lo declaro ingénuamente. Érame penoso alejarme quizás para siempre de la hermosa india que tanto me había interesado.

Etooj me llamaba *nouec* (amigo) y otras veces *sivele nouec* (cristiano amigo).

La misma tarde llegué á la tolderia y esperé á Etooj largo rato porque había ido al monte á buscar leña segun me indicaba un medio lenguaraz que había en la tribu. Quería anunciarle mi separación y asegurarle que desde la colonia Rivadavia le mandaría la cadena prometida, con la fuerza que

debía volver al fuerte. Llegó al cabo, y cuando la hice comprender que me marchaba, creí notar en ella una emoción que me llenó de contento. Me decía *Juelá nec uelá* palabras que apunté é hice traducir á distintos lenguaraces. *Sol con luna* significa, pero no comprendí la idea de Etooj. *No-yequenouetook* que segun los lenguaraces significa—*me voy con tigo*.

¡Cuántas consideraciones pude yo hacerme esa noche! ¿Porque sufrió Etooj aquel cambio rápido en su fisonomía? ¿Quien le enseñó á sentir emociones de esa naturaleza... Etooj era mi pesadilla.—Arrancar un ser á la barbarie y llevarlo á la civilización, es hacerle un bien: pero ¿como separo á Etooj de su tribu? y aun conseguido esto debía hacerme la reflexión de que me quedaban mas de 300 leguas que recorrer á caballo por el Chaco, país desierto ó habitado tan solo por salvajes. La realización de un plan semejante era para mí punto menos que imposible.

Sin conciliar el sueño, llegó la mañana del 15 de Diciembre y empezaron los preparativos de marcha: el embalage de los efectos pertenecientes á la Comisión, los equipages y todas las ocupaciones propias del caso, exigian mi presencia en la carpa, por mas que fuesen grandes mis deseos de visitar á Etooj: Sentía una pena inexplicable, hija sin duda del cariño que me habia inspirado aquella pobre niña.

Como á las 9. a m., despues de las consiguien-

tes despedidas, nos puzimos en marcha. Me adelanté á todo galope hasta la toldería por donde debia pasar la Comisión con la fuerza, y busqué apresuradamente á Etooj para pasar á su lado los últimos momentos, pero era en vano: mis preguntas eran inútiles; mis diligencias estériles durante media hora que pude permanecer en aquel lugar. Monté de nuevo para incorporarme á la Comisión y miraba detenidamente á los indios que atropellándose salian de sus toldos para ver pasar la fuerza. Hubiera entre todos, distinguido á Etooj tan fácilmente, como distingo una rosa entre malezas. A cada metro que adelantaba, sentia una fuerza irresistible que me obligaba á volver la cabeza: cuando ya me separaba una distancia de 300 metros, toda la indiada habia desaparecido; solo una india quedaba entre las flores de la orilla del monte ... era Etooj.

CAPÍTULO VIII
HACIA RIVADAVIA

NUEVA ORGANIZACIÓN—SUCESOS VARIOS

Era nuestro principal empeño construir un camino carretero hasta la colonia Rivadavia, obra utilísima y llamada á asegurar el éxito de la Expedición, facilitando el comercio entre provincias opuestas y dando por consiguiente al tráfico entre ellas un gran desarrollo.

Salió esta fuerza de San Bernardo con la disposición siguiente: Comisión Científica, 20 hombres de escolta al mando del capitán Agustín González, dos carros con tres yuntas cada uno dirigidos por el Capitán de la Guardia Nacional D. José María de la Vega. 12 bueyes de repuesto para remuda de tiro. El vaqueano D. José Ramon Sarabia, que llevaba el especial encargo de abrir camino para cuyo efecto disponia de 25 indios con hachas, machetes, palas picos y demás útiles necesarios.

Estos indios, que debian llegar hasta Rivadavia, se dispusieron á levantar su tolderia para

evitar retroceder tan largo camino, para cuyo efecto trasladaron su tribu. Cuando salimos de San Bernardo, pudimos observar una espesa columna de humo, efecto del fuego que habían hecho para destruir sus ranchos. Estos nómadas tienen la costumbre de entregar al voraz elemento, todo cuanto no les sirve.

Es realmente triste la condicion á que tales salvajes tienen reducida á la mujer. Ella construye los ranchos, acarrea la leña, hace de comer, amasa barro y construye las ollas y demás tiestos de cocina, cuida á sus hijos; en una palabra, corre con todos los quehaceres y necesidades domésticas, exceptuando cazar y pescar, y aún esto no en absoluto, por que en las mariscadas, operación que consiste en quemar el bosque para esperar en el lado opuesto á los animales que huyen del temible azote de las llamas, ignorando que encuentran el no menos terrible de la lanza, se ocupan las mujeres, como tambien en la guerra si es necesario. En cuanto se ve en el toldo á la china que tuerce chagnar en su rodilla, ó lo teje, que modela una de sus rudimentarias y primitivas vasijas, que cuida la olla que tiene al fuego con algunas raices y semillas de sachapera, (1) que amamanta á su hijo de quien el indio no se ocupa para nada, se vé á la vez en la puerta del toldo al

(1) Que en determinadas épocas constituye su exclusivo alimento.

indio sentado con los piés cruzados, ya preparando un palo de lanza ó una caña de flecha, ó ya fumando *coró* (raiz con que sustituyen al tabaco) en una de sus originales pipas construidas con *ancoche*, madera que cuando se corta verde es incombustible ó al menos arde con gran dificultad.

Las mujeres se ocupan á la vez de la siembra de sus maizales y zapallares, lo cual verifican siempre en un lugar oculto del monte y no revelan este lugar, ni aún á veces, á su propio marido por temor á que llegue algun dia en que no tenga que comer, lo cual le sucede con demasiada frecuencia y le origina grandes disgustos, por mas que no sea suya la culpa. El dia de salida, eran en verdad dignas de compasion esas pobres mugeres. No hay mula que se cargue de tal manera. Todos, absolutamente todos los enseres del toldo, los amontona el indio en grandes sacos de piel de jabali ó de gamo, que son colocados sobre la espalda de la muger y sugetos con una fuerte cuerda de chaguar á la frente: nuevas cuerdas pasan por los hombros para colgar de ellas botijas, porrongos, redes y multitud de objetos de distintos usos, y á todo esto hay que agregar una fuerte banda de chaguar que sugetan del hombro, para sentar en ella uno, dos y á veces tres chiquillos. Así hacen á paso ligero largas jornadas en cuanto el indio ata á la espalda ó lleva debajo del

brazo su mazo de flechas y uno ó dos arcos. Asi es concebible que entre ellos el sexo realmente fuerte sea la muger, lo dicho sucede, á causa de^l continuo ejercicio á que se somete en todos los actos de su vida.

El camino con los carros se nos hacia harto pesado. Cuando una bajada en que hay que desmontar gran cantidad de terreno, cuando una subida en que hay que rellenar un largo espacio, cuando una picada en que hay que abrir una considerable extensión de bosque á veces de una legua de espesor, bosque cubierto de breñales y enlazado por formidables enredaderas, agregando á estos inconvenientes la presencia de tremendos hormigueros (tacurús) con frecuencia de mas de un metro de altura, que en repetidas ocasiones han sido motivo de que se volcara algun carro originando la molestia de descargarlo para sacarlo á mano por los hombres de la escolta, y volverlo despues á cargar. Con estos trabajos hemos tenido dia de adelantar cuatro kilómetros en una marcha de nueve horas.

El dia 16 marchamos sin mayores inconvenientes hasta las 11 a. m. haciendo alto para descansar en las horas del fuerte calor como es costumbre; pero á las 2 p. m. vino á encontrarnos el vaqueano Sarabia para decirnos que habiamos equivocado el rumbo y nos hallabamos casi á dos leguas del verdadero camino. Salimos á las 3 retrocediendo y

venimos á acampar á las 8 de la noche. Con los terribles calores que teniamos que sufrir, de 48° y 50° centígrado al sol, la carne que constituia nuestra exclusiva racion se habia totalmente podrido, y pasamos el dia sin probar mas alimento que el consabido mate. Por la noche, nos proporcionó Sarabia una oveja expropiada á un indio, que se carneó en el acto y se repartió, resultando, muy escasa la racion, yo no comí, alentando la esperanza de encontrar el siguiente dia á la columna que nos facilitara víveres. Así sucedió en efecto, el dia siguiente puestos en marcha desde el amanecer, oimos los clarines de órdenes como á las 8 de la mañana. Nos adelantamos, y salimos al encuentro de la fuerza que con tanta ansiedad esperabamos: el teniente Ramallo nos proporcionó una lengua en fiambre que devoramos con la avidez que es de suponer dada nuestra larga y forzosa abstinencia.

El aire puro que aquí se respira, y la vida de constante agitacion, excitan el apetito de una manera asombrosa. Y más, cuando ninguno de nosotros tiene necesidad de aperitivos para comer bien. Al unirnos á la columna y participar á su jefe que no teniamos reses para carnear en caso necesario, éste que era el Comandante Ibaceta, dispuso que pasaran á nuestra fuerza 10 novillos.

Por asuntos de servicio, se quedó en la columna el capitán Gonzalez y pasó á mandar nuestra es-

colla el sargento mayor Don José Maria Moscoso.

Siendo tan solo 28 hombres y sobrando carne de una res, hubo necesidad de carnear para dos días; pero como los calores no permitian conservar la carne de un día para otro, necesario fué resolverse á comer en un día lo que no comíamos en el día anterior. El racionamiento componíase solamente de carne y sal; fuera de esto carecíamos en absoluto de todo y nuestro alimento se reducía á carne cocida ó carne asada.

Quizá estas privaciones, los ardientes calores, la vida de constante agitacion y otras tantas causas de análoga naturaleza, han dado lugar á que el señor Edelmann, coleccionista de mi comisión, empezara á sentirse en tal estado de indisposicion, que mas de una vez nos hizo temer por su vida. Su empeoramiento era visible de día en día y las circunstancias en que todos nos hallábamos nos imposibilitaban para ayudarle en lo mas minimo contribuyendo á su bienestar. Así marchaba sin probar mas alimento que el agua que habia servido para cocer la carne y que tan impropriamente llamábamos caldo. No hemos tenido un solo día agua de buenas condiciones; la que nos veíamos obligados á beber por la imperiosa necesidad era sucia é impura: unas veces un fango de color y densidad muy análoga á la del chocolate y otras, agua hedionda estancada en los madrejones que encontrábamos al paso. El pobre

Edelmann encontraba mil elementos á propósito para empeorar su situacion y ninguno para aliviarla.

Las condiciones del terreno varian de un modo notable subiendo de S. Bernardo. Es muy accidentado y la vegetacion sufre un cambio radical; los montes son en un principio muy espesos y provistos de ricas y valiosas maderas, tales como el palo santo y otras.

Al hablar del espeso monte de este país, tengo que recordar un hecho digno de llamar la atencion de los que no tenemos costumbre de presenciario y es la habilidad del gaucho para penetrarlo á caballo. Si yo tratara de describir al gaucho, no haria mas que repetir lo que muchos han dicho sobre este tipo original, pero no puedo menos de hacer constar mi admiracion al ver un hombre que en un brioso caballo provisto de *guardamonte*, que ondula como especie de alas de cuero, de una vara de ancho, colocadas en la parte anterior de la silla y cubriendo á la vez sus vestidos con *guarda calzon* ó sea un doble mandil de cuero que abraza á cada una de las piernas y *coletto*, que es un sobreto do tambien de cuero que abrocha y le deja completamente defendido para ser desgarrado por las ramas.

En esta disposicion, se mete en el monte á todo galope, siguiendo la huella señalada por

la rés que persigue y que siempre alcanza. Es preciso verlo para creerlo; porque por ese mismo monte ó aun por esa misma huella, se necesitan costumbre y ánimo para caminar 100 metros tropezando con mil inconvenientes é insuperables dificultades. Asi es el soldado argentino, merecedor de las mas calurosas alabanzas, y no teniendo nada que envidiar á los mas bravos soldados europeos. Lo mismo entra en estas condiciones en el monte, que marcha indiferente al frio ó al calor; he tenido ocasión de ver arrostrar con ánimo fuerte y derecho los mas rudos trabajos, ora persiguiendo, durante dias enteros, animales en el monte, ora en el rio, completamente desnudo, con el agua al pecho, empujando durante cinco horas un pesado carro, sin comer en veinticuatro horas apelando algunos al recurso de morder cuero curtido, y siempre cantando, siempre de buen humor y siempre dispuestos á soportar gustosos los sacrificios que han de redundar en beneficio de su patria, ¡Loor al ejército argentino!

Pocas leguas arriba de San Bernardo se encuentra un lindo palmar de estension considerable; se pierde en el horizonte, siempre igual; parece que la naturaleza dió forma á aquellas palmeras, que pertenecen á la linda especie *copernicia cerifera*, por un solo modelo. Al contemplar aquel bellissimo bosque, se agol-

paban á mi mente los mas halagüenos recuerdos Me acordaba de la encantadora campiña de Cuba, de aquel precioso país donde radican mis afecciones y al que amo como el mejor de sus hijos. Pero son tantas las consideraciones á que este recuerdo me lleva! Las palmeras del Chaco crecen libres, crecen sin conocer ninguna mano que las oprima y que las impida adquirir toda su esbeltez y galanura. Las palmeras de Cuba son aun mas bellas, mas llenas de encantos, y si permanecen raquíticas y débiles es porque desde que nacen respiran un ambiente impuro, se nutren de una sávia viciada que las aniquila. Las palmeras del Chaco crecen y reciben el sol de la libertad, se han elevado lo suficiente para salir de la atmósfera corrompida y participar de sus refulgentes rayos. Las de Cuba estan aun creciendo lentamente, llegarán tambien algun dia, quizá no lejano, á recibir los rayos del mismo sol.

Al unirnos á la columna se hizo alto, con objeto de proveernos de los recursos necesarios para seguir la marcha, pero el tiempo empezó á descomponerse y dos horas despues una lluvia torrencial caia sobre nosotros. No habiendo llegado todavia los carros, éranos imposible armar nuestra carpa y tuvimos que aguantar á campo raso el aguacero. Esta tierra arcillosa, por naturaleza impermeable, hace un lodazal irresistible y se pega al calzado de una manera tal, que imposibilita la lo-

comocion, so pena de resbalar facilmente. Despues de la llegada de los carros, se armó la carpa cuándo ya estábamos bien ensopados, pues fué necesario ceder nuestros impermeables á Edelmann á quien una mojadura pudiera acarrearle fatales resultados. Hicimos fuego dentro de la carpa, secamos nuestras ropas y nos acostamos esperando tranquilos el nuevo dia.

Salimos el 18 á las 5 a. m. y nos fué favorable el camino durante toda la jornada en la cual hicimos sin gran dificultad 18 kilómetros, siguiendo siempre el rumbo N. O.

La permanencia en este campamento fué terrible. Durante todo el curso de esta expedición hemos tenido siempre mosquitos en mayor ó menor número, pero nunca, como aquella noche, habia sido dura é insoportable semejante calamidad.

Hubo que renunciar al sueño y, como último recurso se encendió cerca una gigantesca hoguera y al abrigo de aquel abundante humo, en medio de una lluvia de cenizas y enjugando las continuas lágrimas de nuestros ojos irritados, pudimos pasar la noche. Por la mañana aparecieron algunos caballos y mulas ensangrentados á causa de los ataques de los vampiros, colosales quirópteros que vienen á chuparles la sangre. El bramido de un tigre fué la diana que aquella mañana nos puso á todos en disposicion de montar á caballo y dejar aquel lugar, tambien dejado

de la mano de Dios. Se trató de uncir los bueyes y parecía que estos animales hubiesen adivinado el mal humor que de todos se había apoderado y se empeñasen en exacerbarlo. Insensibles a castigo, burlaban los inauditos esfuerzos de todos los soldados que se habían dedicado al objeto: cuando, después de una hora de lucha, se conseguía enyugar una yunta y se comenzaba la tarea con la segunda, la ya enyugada se revelaba enérgicamente y protestaba por medio de las más ruidosas manifestaciones, de la penosa condición en que se la colocaba. En resumen, habiendo hecho propósito de salir á las 4 de la madrugada, venimos á ponernos en camino á las 9 de la mañana, después de haberse apurado nuestra paciencia, pero ¡oh! verdad del proverbio «cuando mal se empieza, mal se acaba». Este día efectivamente, se había preparado mal desde su precursora noche, y había empezado consumiendo nuestra calma: seguimos nuestra jornada y cuando los estómagos pedían algo confortativo y nuestros cuerpos descanso ó por lo menos abrigo de aquel ardiente sol; cuando la jornada se nos iba haciendo insoportable, el vaqueano decía: «adelante, porque hay que pasar un trecho peligroso y sin agua». ¿Cómo hacer de comer? ¿Cómo dar descanso á nuestros caballos? ¿Cómo refrescar nosotros nuestras secas gargantas? Adelante, pues, y horas trás horas que parecían si-

glos, seguíamos callados y cariacontecidos: ya nadie cantaba y si alguna voz se oía era para clamar por el bien deseado: el paladar se nos pegaba como si álguien en él hubiera formado el vacío: los labios no se separaban por que la presencia del aire en la boca contribuía á aumentar la angustia, y el camino iba quedando atrás, y las horas pasaban. Eran las 5 de la tarde y nadie había probado el mas frugal alimento, y lo que es peor, nadie había mojado el paladar durante el día. *Agua* era la única palabra que de vez en cuando podía oirse, pero esta palabra se decía ante la manifiesta idea de llenar tan vehemente deseo. Si esto dura, decían, degollaremos una mula para beber su sangre. La idea me pareció natural entonces, en nuestro estado excepcional, y ahora la encuentro monstruosa.

¡En aquel momento no había en nosotros mas que sed!

A las 6 y 20 minutos de la tarde, dos soldados de los que acompañaban al vaqueano venían hácia la fuerza á participar que se había encontrado un lugar con aguada y pasto, en donde podía acamparse; tan grata noticia nos inundó de alegría; la sonrisa se pintó en nuestros labios y se rompió el sepulcral silencio. Uno de esos gritos que no se pueden contener, fué la salva con que se recibió la buena nueva. Todos apuramos

nuestros caballos y á los cinco minutos nos encontrábamos acostados boca abajo tragando ávidos el agua podrida y caliente de un madrejon que acababa de descubrirse. Los licores más selectos, los vinos más apreciados, el mismo néctar de los Dioses, no admite punto de comparación con aquel líquido color plomo, de olor indefinido pero nada bueno, en donde celebraban sin duda algun festin, un sin número de animales heteromorfos bajo una temperatura de 35 á 40° centigrado por lo ménos. Bebimos en grandísima cantidad hombres y caballos á la vez y buscamos lugar para establecer nuestro campamento. Los asistentes se apresuraron á hacer algo con que desayunarnos y cenar al mismo tiempo, y á las nueve de la noche gozábamos todos de un sueño digno de lirones ó marmotas. El pobre Edelman era el único que nos preocupaba y que resistió sin gran alteración todas las peripecias de este terrible dia. El siguiente, en cambio, me proporcionó algunas horas de placer y entusiasmo.

Como á las dos de la tarde, bajo una temperatura sofocante, se hizo el acostumbrado alto para evitar los efectos de aquel ardiente sol, y entretanto, provisto y acompañado de mis asistentes salí á explorar las inmediaciones.

El fotógrafo de la expedición señor Perotti, me ofreció su compañía que acepté con gusto. Re-

corrimos campos vírgenes, y llegamos á un bosque en el cual, despues de determinar con la brújula la dirección que pensaba llevar y tomar algunas precauciones para encontrar pronta salida, amarré mi caballo, ordenando á los demás que hicieran lo mismo, y dejé un asistente provisto de corneta para que contestara á la mia en caso necesario. Penetramos á pié, y á los pocos pasos tuvimos ocasión de admirar una obra encantadora, en que la Naturaleza parece haberse empeñado en agotar todos sus recursos. Si no tuviera la evidencia de estar en pleno territorio salvaje, me hubiera creído en aquel momento trasladado á algun jardin de recreo cuyos bosques son cuidadosamente dirigidos por las hábiles manos de los mas inteligentes arboricultores. Pero aún así, nunca estos pueden con el arte, suplir ó imitar las obras emanadas de las inexorables leyes de la sábia Naturaleza. Aquel bosque que contemplábamos, estaba nutrido de los árboles más bellos, que perfumaban el ambiente con los más suaves aromas, y dispuestos con rigurosa simetria, guardando iguales distancias y formando caprichosas figuras sobre una superficie de arena pura y blanca como si estuviese tapizado con innumerables copos de algodón. El suelo estaba limpio al extremo de no verse en él una sola hoja. A veces se contemplaban largas carreras, pasmosamente alineadas. Otras se encontraban capri-

chosos laberintos en donde las enredaderas, tillandsias, bromelias, formaban glorielas que pudieran servir de modelo á los mas inteligentes jardineros: en los claros, solian figurar á manera de colosales jarrones, lindas ureras de color bronceado en cuyas hojas se descomponia la luz formando preciosos tornasoles.

Tal vez la corriente de las aguas, lamiendo las raices de algunos arbustillos, llegaba paulatinamente á colocarlos sobre un cono que al fin se cubria de suave musgo rodeado de guirnaldas de clematis, passifloras y echites de vivos y variados colores. ¡Que encantador conjunto! ¡Qué poética mansión!—*Questa bellezza, mi ricorda la encantatrice Italia* decia el fotógrafo, que á medida que yo grababa algunas iniciales en los árboles, y ponía la fecha de la exploración y el nombre de la expedición Victorica, se entretenia en pintar y marcar por todas partes máquinas fotográficas con L. P. (Luis Perotti) diciéndome formalmente «*di questa maniera mi posso fare immortale.*» En un corpulento Urundey señaló con paciencia la siguiente inscripción en su pretendido castellano.—«L. Perotti, fotógrafo dal Gobierno Nacional. Está en queste boque.» Sin duda esperaba cual nuevo Leonidas que el futuro viajero llevara á *Salta* la estupenda nueva. A las tres horas que me parecieron minutos en aquellos encantados lugares, se oia la corneta del asistente

que llamaba porque la fuerza se habia puesto en marcha y con harto sentimiento tuvimos que abandonarla, no sin dejar allí el mas grato recuerdo.

Una de esas almas dadas al romanticismo y á lo sublime, hubiera deseado que las horas de su vida se deslizaran agradablemente allí, sobre el cesped escuchando el dulce murmullo de un cristalino riachuelo, en medio de aquel silencio absoluto, interrumpido solo á largos intervalos por el picoteo de algun carpintero ó el gorgojo de algun zorzal.

Aquellos admirables sitios me renovaban las ideas que habia concebido en otro tiempo leyendo las vidas de los antiguos solitarios de la Tebaida. Perotti adquirió con este motivo un extraordinario afan por la exploración, y en alguna otra ocasión le tuve por compañero, pero en los jardines no siempre hay flores: suelen á veces encontrarse ortigas que llegaron á levantarle ampollas al fotógrafo, haciéndole desistir facilmente de sus aficiones.

Las marchas del 22 y 23 no ofrecieron nada extraordinario, porque las dificultades improbas de los carros, llegaron á hacerse para nosotros cosa habitual. El dia 24 fué para mí horrible en el concepto moral. Cuba! Aquel ingenio «San Leon» de la propiedad de mi distinguido amigo el Sr. Francisco Toscano y Blain no se apartaba un momento de

mi imaginación. Comparar las rudezas que se me ofrecían con el bien estar que sentía en años anteriores, en aquella finca, especie de paraíso, á la cual profesó un inesplicable cariño, mirarme rodeado de extraños, teniendo que suscitar el recuerdo de las personas queridas cuyas facciones llevo fielmente grabadas en la memoria. . . este fué el objeto de mi continua preocupación, que se convertía en *spleen* á medida que se aproximaba la noche. ¡Noche buena! Oía el tambor y el característico grito de los negros bailando tango en el batey; sentía estremecerse mi ser á los armoniosos acordes del piano en la hermosa casa de vivienda, donde bailaban á su son, agitando los diminutos piés, las mas encantadoras cubanas, pero ¡oh decepción! miraba en torno mio y encontraba el mas desconsolador contraste. En lugar de mis encantadoras amigas, soldados é indios de espantables cataduras, para acompañarme en aquellas horas solemnes que allá lejos, en los centros civilizados, son de expansión y de alegría. En vez de la música delicada del piano, la canción grosera de alguna zamba ó milonga bailada por los primeros. En cuanto á los segundos, los indios, rodeaban silenciosamente la llama de una gran hoguera.

Estaba yo sentado en el suelo que me servía de mesa, y el asistente presentábame una especie de vacía de lata, con un poco de churrasco en sustitución del rico y tradicional lechoncito asado, el

agiaco y demás platos clásicos que se habían suprimido como artículos de lujo. Para distraerme mandé tender mi cama, que consistía en las mantas del caballo, estendidas sobre el duro suelo con la silla por cabecera. Oh, ingenio mío! exclamaba involuntariamente á cada rato. En tan suave lecho me recosté muellemente, entregándome a mis lejanos y agradables recuerdos hasta que los clarines tocando diana me anunciaron el nuevo día. Eran las 5 1/2, y los carros comenzaban su paulatina marcha. En la escolta se oían cantos y gritos de júbilo, y todo parecía prepararse para la felicidad y el contento. Marchamos sin novedad hasta las 10, hora en que se hizo necesario acampar por encontrar un monte cuya anchura se calculaba en media legua que era necesario abrir á fuerza de machete y hacha. Llevaban los indios algunas horas en esa operación, pero era de esperar que no estuviese esta picada terminada aún en tres ó cuatro mas. Comí algunos pedazos de carne cocida y me encaminé á reconocer los campos y bosques de aquellas inmediaciones. Anduve algunos kilómetros y distinguí un largo campo cuya vegetación uniforme y floreciente me pareció un maizal. ¡Un maizal inmenso, en medio del desierto!—me decía yo—Apuré mi caballo, y á medida que me aproximaba me convencía de mi error. No era tal maizal sino un amontonamiento de troncos secos en completo desórden, cubiertos por un sin número de

enredaderas de distintas especies: traté de penetrarlo, y tantas eran las dificultades que se oponían á mi paso, cuanto mayor era mi deseo de seguir adelante. El caballo, perdido en aquel torbellino, tenía que hacer grandes esfuerzos para dar un paso rompiendo la tupida red en que se enganchaban frecuentemente mis piés con tal fuerza que hacían á cada momento mas difícil mi permanencia sobre el animal; éste unas veces tropezaba y se veía obligado á saltar algún tronco que interrumpía su paso, y otras se hundía en formidables zanjas que en mas de una ocasión tuve que rodear perdiendo gran cantidad de camino. Seguía sin embargo, llevado por la curiosidad. Avanzaba deseoso de saber lo que había en el fondo de aquellas sombrías espesuras y con vivo afán de salir de aquella inmensa madeja que me aprisionaba tan fuertemente: llegué despues de dos horas y media de copioso sudor á abandonar el malhadado lugar para encontrarme en frente de un bosque espeso y tenebroso. El sol se oscurecía, la tranquilidad reinaba en absoluto; ni el ruido de una hoja llevada por el viento se dejaba oír en mi derredor: tan solo mis movimientos eran repetidos uniformemente por el eco en el fondo de aquella selva virgen. Tratar de penetrarla era larga y penosísima tarea, y la fuerza debía marchar poco tiempo despues. Me dispuse a regresar al punto de partida pero explorando nuévo terreno á medida que buscando un

camino menos escabroso y difícil del que había traído. Tomé el opuesto rumbo N. O. para llegar á aquel punto describiendo una circunferencia. Iba todo bien y los pasos no me fueron inaccesibles hasta un campo cubierto de altas gramíneas y atravesado por numerosas y hondas zanjas que repetidas veces comprometieron el equilibrio de mi caballo. Un sendero de indios me indicaba el paso rodeando.

Los indios, que en algunos casos demuestran gran viveza, tienen la costumbre de dificultar el paso por medio de los campos que ellos atraviesan hábilmente sin marcar huella, describiendo el sendero en derredor, con el objeto de verse de este modo mas fácilmente libres de sus perseguidores. Acosados por el hambre, se aproximan á los últimos puestos, ó grandes corrales en donde tienen crecido número de vacas cuya leche aprovechan para hacer quesos que constituyen su pequeña industria. Merodean por aquellos lugares y alcanzan una res en la primera ocasión lanzándose en precipitada fuga hácia el desierto, hasta verse libres de la persecución. Con este objeto marcan la senda en torno de los campos, y los atraviesan ellos por el medio ganando ventaja suficiente para meterse en el monte, en donde desafían impávidos el mayor peligro. Es realmente imposible perseguirlos en el monte no tan solo por no conocerlo como ellos lo conocen, sino también porque con

fuertes ropas, no puede nadie hacer lo que ellos con las carnes en descubierto.

Yo, que conocía esta costumbre de tales salvajes, me apresuré á buscar la senda, con mas razon cuando no iba en persecución de nadie. Caminaba, y el tiempo se me iba paulatinamente alargando sin encontrar el campamento ni huella de la fuerza; seguia caminando ya intranquilo y buscando el primer rumbo, cuando oi golpes en un bosque próximo que supuse del hacha de los indios que abrian picada. Me separé del rumbo, y me dirigí á aquel sitio. Despues de hacer quizás una legua de camino, atravesando con gran trabajo el bosque y recorriéndolo en distintas direcciones. Los golpes habian cesado, mis voces eran tan solo repetidas en el espacio...perdido dije, y en hora fatal por venirseme la noche encima. En el bosque habia entrado á pié y me veía obligado á retroceder para montar de nuevo; eran las seis de la tarde y el sol se ocultaba melancólicamente detrás del dorado horizonte. Nada mas triste que aquel crepúsculo en cuya vaguedad se bañaba y se perdía mi alma.

¡Perdido! me repetia—y sin la esperanza de aprovechar este dia en mis pesquizas; la noche me amenaza con su presencia, y los pisos secos de este ardienteclima, no siempre dejan ver el rastro claro, El estado del espíritu en semejantes trances es indescriptible—oprímese el pecho y los ánimos se

abaten notablemente. No es que falte valor; sobra energía, no asustan los peligros cuando uno tiene fé en sí mismo: pero hay una idea que angustia: «estoy perdido»—El ingenio se aviva de un modo portentoso, y eso que en momentos críticos llamamos providencia, no es tal providencia; es el instinto y el cuidado que entonces se desarrollan y sutilizan. Una preocupación dominaba en mí todas las demás: aprovechar lo que quedaba de día para encontrar la huella. Parecíame que hasta el caballo participaba de ella, pues creía notar cierta solicitud en sus movimientos.

Corrí tanto como pude, tratando siempre de cruzar el rumbo N. 55° 45' O. que en distancia recta venia recorriendo la Comisión, y así logré ver, cuando ya la luz de la tarde se extinguía, una pequeña laguna en cuya orilla se marcaban dos líneas paralelas; su vista me llenó de indecible alegría. Me aproximé y observé las pisadas de los caballos aun provistas del reborde de humedad que demostraba que eran recientes: se desvanecieron mis dudas y sollando la rienda al mismo tiempo que descargando el rebenque sobre la grupa del caballo atravesé con vertiginosa rapidez la distancia que me separaba de mis compañeros, y no tardé en hallarme entre ellos, que me prodigaron las mas cariñosas demostraciones.

Faltaban mis asistentes que habían salido en mi busca acompañados de otros dos soldados. El

campamento se había establecido en las cercanías de la toldería del cacique Tigre.

CAPÍTULO IX

EL CACIQUE TIGRE

SUS TOLDERIAS — COSTUMBRES MATACAS — PRIMER POBLADO

Este personaje, flaco, endeble y lleno de apostemas y carbunclos, llevaba la cara pintarrojeada con una materia colorante fácil de confundir con el almagre y parte de los brazos y el pecho con un color morado claro. Es de suponer que fueran estos algunos mejurges prescritos por su médico para su pronta curación. Las piernas estaban cubiertas por desordenadas espirales de chaguar filamentoso, que se unía á dos especie de rosarios formados por semillas que rodeaban sus tarsos. Este conjunto tan curioso como repugnante, nos recordaba á los bárbaros que vemos representados en las esculturas triunfales de Antonino y de Trajano.

En torno á la tolderia se agitaba un verdadero enjambre de cigarras, cuyo eterno chillido nos aturdió y mareaba.

En todo el Chaco se oye este desagradable ruido, pero en ninguna parte tan abrumador como en los toldos del Tigre. Se hacia necesario levantar la voz para dejarse oír por el compañero con quien se hablaba á una vara de distancia. Un sinnúmero de indios, rodearon el campamento. Los unos cambiando miel, los otros algun cuero ú otro objeto análogo, y la mayor parte rodeando la res que se iba á carnear, provistos de vasijas para recojer la sangre y demás desperdicios. En la tolderia del Tigre empieza á verse al indio semi-salvage: esto es, indios mansos como en el país los llaman. Indios que en malas épocas se aproximan á los puestos ó fincas, sin temor á estar entre cristianos, aunque sin perderles ese odio que en ellos es innato, y viven del trabajo y aún buscan medios de alimentar y proteger á los merodeadores mas cercanos con quienes es seguro que están en connivencia. Aprende con este motivo á balbucear algunas palabras en *cristiano* y se presenta como lenguaraz cuando por necesidad se le llama. En los ranchos del Tigre habia algunos de estos *ladinos* que venian hablando un pésimo castellano, á ofrecernos sus mercancías. Tigre permanecia sentado ó mejor echado en la puerta de su toldo rodeado de médicos. Estos médicos, son verdaderas respetabilidades en la tribu por mas que en nada se distinguen de los demás individuos de la indiada. Se preparan para el ejercicio del arte, comiendo carne

de perro, distinción solamente reservada para tal dignidad, y despues de probar esta como algunas otras habilidades de carácter especial, es declarado apto para el ejercicio de sus funciones por el cacique y algun otro antiguo Galeno. En la curación de los enfermos, está abolido el uso de brevage alguno. El enfermo es destinado al reposo en el suelo raso de su toldo durante el dia, y desde el anocheecer se somete á los cuidados de los *facultativos*. Se coloca el paciente convenientemente en el suelo apoyando la cabeza en las rodillas de uno de sus deudos, y le rodean los *doctores* presididos por el cacique. Despues de pintar el lugar de la dolencia con el color conveniente, y ligar, si es menester, las partes inmediatas *para que el dolor no pase á otro lado*, se dá principio á la ceremonia. El cacique entona un canto raro y monótono que es sucesivamente imitado por cada uno de los médicos. Repite el cacique otro canto que es de nuevo secundado en coro por los Esculapios y en seguida se propone por la autoridad la cantaleta que ha de servir de tema para toda la noche. Generalmente es este canto compuesto de agudos y graves gritos repelidos constante y sucesivamente con las vocales *i, o*, cuyo aire violento ó calmado está en relación con los movimientos del enfermo, que obedecen seguramente al cansancio por las posiciones forzadas en que lo obligan á permanecer. Al amanecer cesa la curativa música y el enfermo pasa á

descansar á su toldo de igual modo que los médicos que en este dia están dispensados de los trabajos de caza ó pesca á que el cacique dedique á los varones para atender á las necesidades de su tribu. El Sargento Mayor D. Zenon Ferreyra mereció del cacique Pedro la distinción de presenciarse una de estas curaciones. Tratábase de una china jóven, mordida por una serpiente en el pié izquierdo. Se veían perfectamente marcados los dos puntos señalando los dientes venenosos del ofidio: el pié morado y la pierna hinchada en alto grado. La enferma, en completo estado de sopor, reclinada sobre el pecho de otra china de mas edad: el cuerpo fresco aunque en sus facciones descompuestas se comprendía sin dificultad su anormal estado. En el tercio inferior del muslo, tenia pintadas tres rayas circulares y paralelas dos negras y roja la del medio.

El tercio medio estaba ligado fuertemente con grueso cordel de chaguar y el tercio superior rodeado con cuatro vueltas de un rosario formado por semillas de distintas clases y colores. Los médicos me permitieron ver y tocar á la enferma menos en la herida y en los artificios. Cantaban desaforadamente y se aproximaban mucho á la herida, al extremo á veces de casi tocarla con los labios (señal de gravedad). Esta griteria, duraba toda la noche y se oía en el campamento que distaba de la tolderia cerca de dos kilómetros. A los

pocos dias, como se percibiera mucho mas débil el nocturno canto, preguntó al cacique por el estado de la chinita; contestóle—buena poniendo—(los indios que hablan castellano, abusan muchísimo de los gerundios) y, en efecto, la vió á los pocos dias en sus faenas cuotidianas. Fuera del casi sagrado ejercicio de su profesión (llamémosla así), los médicos están sujetos á los mismos deberes de los demás indios, y reciben, cuando los merecen, sendos garrotazos de la mano del cacique.

De cuanto he tratado de indagar respecto de su religión, no he podido deducir nada que me ilustrara convenientemente al respecto. No tienen creencias ni tradiciones.

El Comandante Ibazeta, despues de una larga experiencia y conocimiento de las costumbres de estos indios maticos, adquirida en sus muchos años de permanencia entre ellos, me dice que no sabe que tengan religión alguna y que tan solo ha visto en una sola ocasión una ceremonia que atribuye á algun principio de esta índole. Un número de indios de ambos sexos, que calculaba en cincuenta ó sesenta, formaba en circulo, al rededor de un palo delgado como de un metro de altura, clavado en el suelo, y lo miraban fija y silenciosamente, sirviéndoles de centro comun, despues de haberlo limpiado con gran esmero.

El acto requería silencio porque si algun niño lloraba ó lo interrumpía de algun modo, se le im-

ponia severamente. El cacique y tres médicos, estaban en el centro al lado del palo. Todas las miradas se dirigian á aquel mismo punto, y durante mas de media hora permanecieron todos silenciosos é inmóviles, y un agudo grito que fué prolongadamente repetido por todos, dió fin á la ceremonia. Unica vez, dice el Sr. Ibaceta, que ví algo ceremonioso en los indios, aunque sin poder darme cuenta de su fin ni de su carácter: fueron siempre inútiles mis preguntas sobre el particular, de modo que la suposición de que sea un acto religioso es tan gratuita como la de que sea una fiesta cívica.

Se casan con una sola mujer porque, segun les he oido, tampoco el sol tiene mas que una sola mujer que es la luna. Sin embargo, los caciques tienen el privilegio de tener dos y á veces tres mujeres.

El matrimonio se celebra de una manera harto original. El pretendiente hace mas ó menos ostensibles manifestaciones de cariño á la *señora de sus pensamientos* y el dia siguiente se pinta una raya negra en la mejilla, desde la nariz á la oreja: esta raya debe ser contestada por ella en sentido perpendicular desde el ojo á la boca. El otro dia se repite la misma operación en el opuesto lado de la cara que del mismo modo debe ser contestada en señal de correspondencia. Asi seis ú ocho dias, en cuyo tiempo se supone ó se sabe que la tribu ente-

ra está enterada de tales amores, el nívio se dirige al monte y prepara un abundante haz de leña escogida y espera á su adorada para hacerle aquel presente y participarla su ardiente pasión.

El matrimonio queda allí mismo consumado, y el padre de la jóven no puede ya deshacer lo hecho, que ya es conocido del cacique y de la tribu entera. El nuevo hijo tiene el deber, que observa con todo rigor, de tocar el tin-tin en el toldo del padre político, durante ocho dias consecutivos, y la esposa pasa al toldo de su respectivo padre político á espulgarlo ó limpiarle su larga cabellera durante los mismos ocho dias. Esta operación está, fuera de este caso excepcional, encomendada á los chiquillos, que llegan, con la constante práctica á hacerse *notables espulgadores*. El tin-tin, es una especie de tambor que hacen ahuecando un trozo de yuchan (palo borracho) *Chorisia insignis*—Bombaceae, como de 0,30 centímetros de diámetro por 0,99 ó un metro de alto que cubren con piel de corzuelilla por un lado, y tocan con dos palitos delgados.—Cuando el marido tiene noticia fidedigna de una infidelidad de su esposa, la hiere con su lanza en un brazo. Si el caso se repite, la hiere en un muslo, y la tercera vez está autorizado para matarla. Yo no recuerdo haber visto una sola china que no tuviera alguna cicatriz de lanza en el brazo ó en el muslo, y la inmensa mayoría en ambas partes. Cuando una china es arrojada del

toldo del marido, sea ó no suya la culpa, cae sobre ella el desprecio general y se vé obligada á fugarse de la tribu ó matarse como sucede casi siempre.

Estos asuntos vienen á ser dilucidados por el cacique que recoje á la china si no la cree culpable ó la arroja de la tribu en caso contrario.

El parto de una india no requiere cuidado de ninguna especie. Esta funcion fisiológica se cumple en ellas de una manera verdaderamente natural. Es rara vez auxiliada por sus congéneres; sufre los dolores naturales del trance, recibe el feto, que en muy pocos casos presenta laboriosidad ni dificultades de ningun género, lo encomienda al cuidado de cualquiera de las chinas de su toldo, y se dirige al lugar en donde tenga que continuar sus labores. Aquel vástago, es desde aquel dia un nuevo servidor de su cacique, única autoridad que para él existe, puesto que sus padres no usarán de seguro con él rigor alguno. El indio no castiga ni reconviene nunca á su hijo. Todo cuanto él haga, todo es bueno. En otras palabras: el indio es libre é independiente desde que nace.

Nadie le pide cuentas de su proceder, y él es el solo responsable de sus actos, á garantir con su persona y con su vida. La muerte es mirada con respeto y temor. Al indio que muere se le conduce en brazos de sus deudos hasta el lugar que por acuerdo general se crea mas conveniente, y allí se entierra por los médicos en posición adecuada, ora

encogido, ora boca abajo mas ó menos inclinado segun sea el perito parecer de los émulos de Hipócrates. Su familia no comerá pescado durante un determinado número de lunas, y si es casado, su consorte observará por doble tiempo esta privación en señal de luto.

Sus guerrasson siempre encarnizadas y sin cuartel; disponen de la lanza construida por ellos de rico palo de jacarandá con aguzada punta, á falta de acero del que no siempre disponen. La manejan con suma destreza y habilidad. La flecha la construyen con una caña delgada de 50 á 65 centímetros de largo, sugetando á uno de sus extremos con fuertes ligaduras de chaguar encerado, una aguda punta de jacarandá que mide de 20 á 25 centímetros. Cuando las flechas son de caza no se hecha de ver en ellas gran esmero de construcción asi como cuando son de pesca se distinguen tan solo en que esta punta de jacarandá es aserrada. Las flechas de guerra son mas sólidas y algo mas gruesas, y suelen tener puntas lanceoladas de acero, ó pequeños fragmentos de hueso que envenenan con curare, cuando disponen de tal tóxico. Los arcos suelen ser de jacarandá como de un metro de largo y atados fuertemente por ambos extremos con una estrecha cinta de cuero de ciervo por ser de los mas fuertes. Los matacos asi como los tobas, no son muy hábiles en el manejo de la flecha, por mas que por

razon de su constante ejercicio la manejen con mas ó menos maestria. Los chiriguanos, tienen en este concepto la fama de notabilidades. Desde niños consisten sus ejercicios en hacer rodar violentamente un pequeño aro, y hacer pasar las flechas por dentro de él en la carrera. Cazan por elevación, tirando la flecha á considerable altura y esperando que á su descenso atraviese la pieza que desean obtener, y rara vez pierden. No saben los indios del Chaco manejar las boleadoras tan temibles en manos de los del Sud (Patagones).

A la guerra acuden todos los indios de lanza á las órdenes de su cacique y suele verse á veces alguna china que, arco en mano y su mazo de flechas sujeto al cuello, se hace mas temible que todos los varones de la indiada. La chusma se oculta en lugar seguro en el monte. Son valientes cuando se creen superiores, y huyen precipitadamente al monte en donde se declaran invencibles cuando ven delante un número de hombres que creen fuerza superior. No disponen de armas de fuego y si alguna tienen, es casi siempre inútil y mal manejada. Los tobas del Pilcomayo, cuentan sin embargo con 50 fusiles remington ocupados á la fuerza que escoltaba al infortunado Crevaux de cuya expedicion no se volvió á tener noticia. El intrépido explorador fué sin duda victima de su arrojo y excesiva confianza en estos despiadados salvajes. El cacique es entre ellos la

única personalidad distinguida, pero no en todos los casos respetada. En los actos privados es el cacique uno de tantos en que por razon de sus años, pues por lo general es viejo, no lleva la mejor parte. Yo los he visto repartirse los deshechos de una vaca recién carneada, acometer como fieras á la presa revolcándose entre la sangre para poder ganar mayor parte, y salir casi todos con mayor ó menor ración, menos un escaso número, contado en este al cacique, que se quedó sin nada. Sin embargo, el cacique se les impone por la fuerza, y es el único llamado á aplicarles un duro correctivo cuando el caso lo hace necesario. La dignidad de cacique es hereditaria y si alguna vez muere uno sin determinado heredero, se designa entre los indios de lanza, ó se pelea ganando el puesto el que se conceptúe vencedor. Cuando el cacique no puede por razon de sus dolencias ó de sus años atender á la tribu que le está encomendada, abdica su cargo en su hijo, tal como sucede con el conocido Sumayin padre del cacique Pedro, poderoso reyezuelo de las riberas del Pilcomayo, á quien su numerosa tribu rinde verdadera veneración. Sumayin es un curioso caso de longevidad así como su muger que aun le acompaña. Son dos esqueletos cubiertos con un fuerte pergamino, que se mueven solos. El Comandante Ibaceta y todos los jefes de su fuerza como el Sargento Mayor Moscoso, é ingeniero Stoutlerheim que les han visto, les

calculan 125 años por lo menos á cada uno. Salieron para presentárseles, apoyados en sus hijos Pedro (el cacique) y un hermano, respetuosamente rodeados de numerosos jóvenes de la tribu.

Los maticos, asi como los tobas y mocovies, son altamente vengativos y cobran hombre por hombre, pero un viejo, exige la muerte de dos enemigos.

Las tribus maticas y las tobas son declaradas enemigas por razones tradicionales. Parece que en cierta época algunos caciques maticos fueron víctimas de la fúria de los tobas á consecuencia de una ignominiosa traición, segun ellos mismos declaran aun hoy, y por mas que se dan la mano de amigos y habitan tolderías vecinas, cuando los algarrobos ostentan sus amarillas bainas las que hacen fermentar elaborando así la alcoholica *aloja*, beben hasta saciar su apetito de todo el año y se suscita en sus desorganizados cerebros el amargo recuerdo de la traición de los tobas. Algunas cubas de *aloja*, es motivo mas que suficiente para promover una sangrienta guerra entre ambas tribus.

Cuando el cacique lleva su debilidad al extremo de emborracharse, recibe una soberana paliza que se encargan de administrarle las mujeres. Las costumbres maticas y tobas son en general idénticas. Las mocovies difieren en muy poco consistiendo la diferencia principal en el esmero con que cuidan á sus hijos, y en que el marido suele ser mas

considerado con su mujer y mas amante de su familia lo cual es totalmente indiferente para los primeros. En lo demas es el mismo indio. Siempre inmundos, siempre sucios y desidiosos para ocuparse del cuidado é higiene tan pulcramente y aun con exageración observado por los chiriguanos.

El dia 28 salimos á las seis de la mañana y antes de avanzar dos kilómetros, nos encontramos con el rio algo crecido y que sin embargo era imprescindible vadear. Se haria fastidiosa, sin duda, la descripcion de los accidentes allí ocurridos; se construyó una ancha bajada, se llevaron troncos y ramas para favorecer el paso de los bueyes, pero estos, rebeldes y los carros pesados, eran inconvenientes insuperables. Se colocaban las seis yuntas á un solo carro, y se daba lugar á una confusion de la que no sabiamos como salir: unos bueyes nadando, otros volcados y sugetos al yugo á los cuales habia que acudir pronto porque no se ahogaran; el carro hundiendo, todos los objetos mojados y sin poder atenderlos, ocupados como estábamos con las reses; desnudos con el agua al pecho agotando pacientemente todas nuestras fuerzas, limpiando con palas el fango que casi cubria ya el eje, poniendo troncos á manera de travesaño y empleando todos los recursos que estaban á nuestro alcance. Asi pudimos ver por fin el dichoso carro en la orilla opuesta á las 12 1/2 del dia.

¡Cinco horas de verdadera desesperacion, y el

consuelo de tener que sufrir iguales aprietos con el otro carro.

Manos á la obra, pero como ya el paso del primero nos habia adiestrado en la faena, conseguimos, no sin gran trabajo, verlo fuera, coronando los esfuerzos de dos horas y media. Eran las tres, y no habiamos hecho en todo el dia mas que pasar el rio. La marcha no debia proseguirse porque la gente estaba realmente rendida, y en efecto, se acampó para hacer el almuerzo-comida de carne que olia á todo, menos á rosas, y esperar á la madrugada del dia siguiente para ver si podiamos caminar con mejor suerte. Nos aproximábamos á los campos del «Divisadero».—Ya los campos tienen nombre: ya son terrenos en donde suele verse la huella del cristiano: terrenos donde á veces llegan los *camperos* persiguiendo á los indios que roban el ganado; ya quedan pocas leguas para ver gente y para dormir bajo techo siquiera sea de paja; para dejar de comer carne. ¡Oh, y que largo se hace el camino que nos queda que recorrer, y como nos inquieta y espolea el anhelo de llegar pronto á su término y de contemplar rostros distintos de los que hemos venido contemplando todos los dias, y de recibir noticias del mundo en el que vivimos durante estos tres meses sin darnos cuenta de ello!

Por fin hicimos alto en el Divisadero y, enviados por el mayor Moscoso y Saravia, salieron dos sol-

dados hasta el primer puesto de donde distábamos ya pocas leguas y con el cual nos unia un sendero conocido, con el objeto de comprar queso y pan si lo hubiere. Nos pusimos en marcha á las tres, y cuando llegamos á los campos conocidos por «El Castigado» ¡oh agradable sorpresa! Los soldados volvian con un queso mas que regular, que se nos antojaba manjar exquisito para deleite de los mortales que de él y de todo otro comestible de su género habiamos estado privados durante tres meses. Llegar, ser inmediatamente fraccionado y desaparecer como por encanto, fué obra que se llevó a efecto en pocos momentos. Los ánimos se alegraron; desapareció el general *spleen* y ya se oian cantos producidos sin duda por los efectos del queso. El deseo de llegar á los puestos era en todos veheméntisimo; tres leguas antes, empecé á apurar el caballo y conmigo el fotógrafo procedido de los asistentes. ün paso del rio que tuvimos que atravesar á nado, nos entretuvo mucho tiempo. Dos horas mas, y como á las tres de la tarde empezamos a ver ganado que indicaba la proximidad de seres humanos. Los caballos aceleraban su carrera sin necesidad de ser hostigados, y media hora mas tarde distinguimos un rancho y un corral. Nuestros pulmones se dilataban como los del nadador despues de haber permanecido algunos minutos sumergido.

El aire nos parecia mas puro, la luz mas brillan-

te, y con rapidez no acostumbrada, nos colocamos delante de aquellos buenos hombres que solícitos nos ofrecían, queso y leche cosa única de que disponían. Trajeron un balde de leche, que consumimos de primera intención, tomando por vía de postre, sendos pedazos de queso. Se pusieron dos asistentes á hacer algo de comer, y nosotros á hablar tomando algunos mates con las primeras personas cultas que se presentaban á nuestra vista. Esperábamos los carros, aunque suponíamos que el paso del río había de ser un inconveniente grave que les retuviera todo el resto del día.

Con efecto, en la mañana siguiente, apareció primero la columna y algunas horas después, los carros. La reunión de la fuerza, era un acontecimiento no visto en aquellos apartados lugares. El queso, el quesillo, la cuajada y todo lo que había que comer, no solo en aquel puesto, sino en los vecinos, fué consumido como por encanto. Cada soldado, llevaba un queso en el estómago, que sabe Dios los trabajos que le habrá hecho pasar. El desierto había terminado: los puestos se sucedían á distancia de tres leguas mas ó menos y al pasar por cada uno de ellos, hacíamos nuestras provisiones, las cuales no eran muy abundantes, pues tan solo queso y leche podían ofrecernos, y cabras, que crían en gran número para que les sirvan de alimento. Estas gentes hacen vida de verdaderos ermitaños.

Crian su familia, pudiera decirse fuera del mun-

do y fuera de él viven, reduciendo á lo mínimo sus necesidades: crían sus vacas y hacen con la leche uno ó dos quesos de colosales dimensiones, cada día, yendo hasta la Colonia de Rivadavia para venderlos á los comerciantes que tienen mútuos negocios en Salta y en Tucuman. Los puesteros no entablan relaciones, ni ven mas gente que á veces la del puesto vecino, y en cambio reciben con frecuencia la visita de alguna indiada que asalta su tropa de ganado, viéndose obligados á *campear* ó perseguir á los cuatrerros, 15 y 20 leguas por el desierto, consiguiendo rescate muy pocas veces. Asi recorrimos varios puestos en un trayecto de 20 ó 30 leguas. Ya nos permitiamos el lujo de comer zapallo (calabaza) todos los días, choclos (mazorcas de maiz tierno), asados y otras *golosinas*, pero la sorpresa magna, se nos preparaba para el lugar denominado Carreta quebrada. El dueño de aquel puesto esperaba á la fuerza con un pilar de ricas y tentadoras sandias. Los sedientos se lanzaron con ansia sobre la mercancia y no tardaron en agotarla.

Cada uno de nosotros, cuchillo en mano, enterábamos media cara en tan codiciada fruta que apoyada en la delantera de la silla, dejaba correr su jugo y sus semillas por el cuello de nuestros caballos. Primera vez que en todo el Chaco Austral en una extensión de centenares de leguas, teniamos, ocasión de probar una fruta. Parece increíble

que en un país fecundo y vírgen, no se vea mas que esa dichosa *sachapera* á la cual apelan los indios en último extremo, sometiendo sus semillas á una prolongada ebullición, y obteniendo así un brevaje amarillo que tiene muy poco de agradable, y que tan solo como recurso de subsistencia puede utilizarse. Hay tambien una cucurbitácea de pequeños frutos (pepónide) parecida al calabacin de Europa, que abunda mucho porque ni los mismos indios la comen aún en sus épocas de penuria. El mistol dá un fruto seco que, á falta de otro, se entretiene uno en masticar, pero carece de sarcocarpio, esto es, no hay en él ninguna parte carnosa. El sabor que deja en la boca al mover aquel fruto pequeño y de forma esférica, hace recordar aunque de un modo imperfecto el sabor de la uva pasa. El calor extraordinario que sufríamos al sol en las marchas, nos producía el deseo de algo que supliera al agua siempre caliente y desagradable y de ahí nuestros clamores por una fruta cualquiera.

Se encontró una solanca cuyo pequeño y amarillo fruto, «algo semejante á un pequeño tomate» nos pareció agradable, y nos dimos de ella tan sendos atracones que no pasaron horas sin que sintieramos sus efectos. Agudos cólicos nos hicieron abominarla y en nuestras *frecuentes bajadas del caballo*, la despreciábamos á nuestro paso. Así pues, las sandías de Carrela quebrada, fueron acogidas con verdadero entusiasmo y faltó tiempo á

cada uno para armarse de cuchillo no bien las hubo visto: Más hacia la Florida, ya á pocas leguas de la Colonia, he visto un cañaveral en el que corté algunas cañas que comí con verdadero placer, por mas de un motivo. En mis informes al Excmo. Sr. Ministro habia confirmado mas de una vez mi opinion de que la caña de azúcar era un producto que debia darse sin dificultad en el Chaco. He oído mil opiniones contrarias. No hay duda que la falta de riego, es un gravísimo inconveniente, pero es susceptible de remediarse: cuestión de trabajo y capital, cosas ambas de que dispone el país cuando vé garantido el éxito.

El cañaveral en cuya presencia estaba, podria medir dos hectáreas, sembrado en mala tierra, en peor época, completamente descuidado, y guiado sin ninguna inteligencia, segun manifestaciones de su propio dueño. Apesar de todo esto, la caña no era mala. Si se siembra en mejores condiciones ¿Porqué no se ha de producir de mejor calidad? Qué se produce, es un hecho cuya realidad tocamos. Su calidad depende de la manera como se la cultive ó despues que haya caña, es el tiempo de pensar en mejorarla. Los terrenos por esta parte son de naturaleza poco feraz, y aún pudieran calificarse de completamente estériles para cierto género de vegetación.

Pura arena es la que cubre el suelo, con un espesor á veces de 0,35 centímetros: en muchos lugares

se ven manifiestas señales de la corriente de las aguas indicándonos que no en muy lejanos tiempos servían de lecho al río, observándose sus inmediaciones á menudo inundadas. Sobre esta estensa superficie de arena se levanta un sinnúmero de vinales de largas punzantes espinas (1) colocados con tal simetría, redondeados con tal regularidad, que en esa como en tantas otras ocasiones, es forzoso admirar las inquebrantables leyes de esa Naturaleza para nosotros tan misteriosa.

La perspectiva de esos parages debe ser descrita por un poeta capaz de espresar con apropiado lenguaje toda su belleza. Un horizonte encerrando una nivelada superficie blanca como el armiño y cubierta caprichosamente por innúmerables arbus-tos de pasmosa identidad. A veces se destaca en un pequeño claro una especie de mancha ó punto en donde crece alguna vegetación cuyos colores contrastan marcadamente con los del vinal que la rodea. Este microscópico oasis está por lo general cubierto de pequeñas mariposas blancas que durante leguas venimos encontrando por el camino en número tan crecido, que llegan á cubrir estensos campos á la manera de móvil sábana. Dificilmente se encuentra otro lepidoptero, si exceptuamos este, en cantidad incomensurable.

El año nuevo, ese día en que todas las clases de

(1) Hay espina de vinal que mide 0,25 centímetros.

la sociedad se retraen de sus habituales quehaceres para entregarse al júbilo y á la alegría, pasó para nosotros por completo desapercibido. Solo la imaginación de cada uno vagaba por lugares muy distantes. Esos grandes días despertaron en nuestra alma ciertos recuerdos que en vano pretende uno sofocar. La familia, las personas amadas, el país que nos vió nacer, y en que se formaron nuestras tiernas afecciones, tantas y tantas memorias de cosas queridas y lejanas concluyen por llenarnos de tristeza.

Días son esos en que las personas que saben sentir, se ven forzadas á sustituir la sonrisa por alguna lágrima que involuntariamente deja rodar por sus mejillas.

Lágrimas que solo comprende el que tiene corazón, el que no está desposeído de los puros sentimientos innatos en toda alma noble, el que en una palabra, no es desnaturalizado, y bajo una forma á veces indiferente á causa del carácter, guarda en su alma un mundo de amor y de ternura hacia las personas que le dieron el ser y los que le han guiado paso á paso en esta vida tan llena de desencantos. Marchamos todo ese día sin que nos ocurrieran acontecimientos por ningún concepto dignos de mención, del mismo modo que los subsiguientes. El día 4 era el destinado á recibir emociones fuertes. El anochecer del 3 se incorporó á nosotros la

columna con el objeto de hacer nuestra entrada en la Colonia de Rivadavia.

La llegada de dos carros despues de atravesar 160 leguas de territorio salvaje y desconocido, en donde por primera vez se señalaba la huella del hombre civilizado, era un acontecimiento que tenia lugar por primera vez en la vida. Si igual empresa fué acometida en anteriores tiempos con mas ó menos probabilidades de éxito, siempre fracasó ante las insuperables dificultades que se opusieron á su paso.

La presencia de los carros en la plaza de Rivadavia, era la tangible prueba de nuestros sacrificios: la razon mas poderosa para probar que las provincias de Jujuy, Salta y Tucuman estaban en comunicaci3n directa con las de Corrientes y Entre Rios. Nosotres eramos los primeros que dábamos este avance gigantesco y teniamos el legítimo derecho de estar orgullosos. Cuando los sacrificios se ven coronados por el éxito, se olvidan y dan por muy bien empleados. En todas las caras se veian muestras evidentes de alegría: la marcha emprendida al amanecer del dia 4 no nos parece que haya ofrecido dificultad alguna: los recuerdos del pasado eran interrumpidos por alegres expansiones. Todos habian probado que saben sufrir.

A las 10 se tocó alto para formar, se enarboló la bandera azul y blanca en los carros, y á las 11 entrábamos en la Colonia que se honra con lle-

var el nombre del ilustre campeón Argentino.

La plaza estaba desierta. Tal parece que los escasos vecinos de la villa miraban con pavor aquel suceso.

La fuerza se formó en ala, los carros se colocaron en medio, y la comision encomendada al Dr. Carranza, así como la que está á mi cargo, ocupamos el frente. La banda de clarines del Regimiento tocó diana en señal de general contento y el fotógrafo sacó repetidas vistas que como testimonio fehaciente debian ser enviadas al P. E.

CAPITULO X

R I V A D A V I AUN BANQUETE—NUEVOS PROPÓSITOS—EL FUERTE
VICTORICA

Dió fin á las 2 el acto oficial de nuestra entrada y cada uno se dirigió á buscar el sitio mas conveniente para alojarse. Los gefes y oficiales del Regimiento, armaron sus carpas en las inmediaciones; el Dr. Carranza con su personal se alojó en la casa escuela, que segun parece es alli edificio de puro lujo, y nosotros nos hemos declarado huespedes del Santisimo, estableciendo nuestros utensilios dentro de la iglesia, abandonada, segun parece, desde hace algunos años porque la encontramos en un lamentable estado. Unos en el altar, otros en la sacristia y el fotógrafo con su carpa armada con el objeto de ocultar la luz perjudicial en la preparacion de sus placas, sentamos alli nuestros reales y en pocas horas teniamos acomodada nuestra provisional morada.

Las tiendas y pequeños negocios de la Colonia,

estaban de enhorabuena porque veían la ocasión de dar salida á productos que sin esa circunstancia hubieran corrido el peligro de podrirse. Nosotros al mismo tiempo lo estábamos de igual modo porque nos regalábamos con aquellos *ricos* manjares que en cualquiera otra ocasión no hubiéramos de ningun modo aceptado. La amable familia de los Sres. Roldan, las únicas personas de seguro tratables en aquella región tan apartada, nos ofreció solícita su amistad. Es tan raro—nos decían—encontrar aquí personas con quienes uno pueda entenderse, que la presencia de VV. nos hace recordar nuestros buenos ratos en la sociedad de que estamos tan alejados. Los Sres. Roldan establecieron una compañía de navegacion por el Bermejo, cuyos resultados no respondieron á sus deseos, y se encuentran hoy en el Chaco obligados por el estado de sus intereses. D. Natalio Roldan es una de las personas cuyos esfuerzos y sacrificios en aquel país le hacen acreedor á mejor suerte, del mismo modo que su señor hermano D. Rufino.

El día 5 lo pasamos todos entregados al *dolce far niente*. Se comentaba un banquete que el día siguiente debía celebrarse en conmemoracion del pasado y como fiesta oficial en la cual tubiéramos ocasión de esplayar nuestros ánimos, muy léjos aún de encontrarse abatidos. Este banquete era un obsequio de S. E. segun manifestacion del

Dr. Carranza. Los asistentes se agitaban en sus preparativos; los corrillos de oficiales del Regimiento arriesgaban juicios sobre el asunto: los chiquillos de la villa se agrupaban para ver á los soldados como á cosas raras: tal era el aspecto de la plaza en ese día; en el resto de las calles, reinaba la misma quietud que en un cementerio. La colonia Rivadavia muy recientemente formada, puede tener 50 ó 60 mal construidas casas de adobe de las cuales estarán habitadas 25 entre las que se cuentan dos ó tres tiendas mistas para surtir á los puestos circunvecinos. El resto, son familias que trabajan en el campo ó trafican con los puestos, ó se ocupan en hacer viajes á Salta y Tucuman, que distan aproximadamente 100 leguas, en busca de mercancías conduciendo á la vez queso y algun otro producto.

Esta pequeña villa está llamada muy en breve á verse abandonada por sus moradores á quienes asedian los rigores de un clima fuerte y carecen de agua, puesto que en el rio no siempre existe, aparte de estar éste á mas de dos kilómetros de distancia, y se surten de un madrejon próximo en donde carece de las condiciones necesarias para ser potable: es agua estancada y cubierta de algas y otros vegetales, nutrida de diversidad de animales y no siempre inodora. En aquella villa se carece á veces hasta de lo mas indispensable para la vida comun. Paseábamos por ella y encontrá-

bamos en todas partes la soledad y la tristeza. Todo es lúgubre allí, hasta la misma construcción es raquítica y mezquina.

El día 6 amaneció risueño. La alborada se anunciaba por el sonoro acorde de los clarines tocando diana.

Era el día de Reyes. El día magno de los negros en que se les permite todo género de legales expansiones. Al despertar, no oí el bullicio que esperaba. La colonia estaba en absoluto silencio. Si alguna vez se oía algún ruido extraño, era un gaucho con chiripá y sombrero de anchas alas que producía un estrépito peculiar en cada una de sus pisadas con sus colosales espuelas.

A medida que el día avanzaba, se veía alguno de nosotros *vestido de limpio*, circunstancia muy digna de ser consignada porque era cosa que hacía mucho tiempo no había sucedido. Poco á poco nos aproximábamos á la casa habitada por el Dr. Carranza, en la cual debía efectuarse el fausto suceso. Dos sauces cruzados constituían el adorno de cada puerta y ventana. Dos banderas argentinas se levantaban en los frentes, y hachas, picos, palas, y demás instrumentos, eran el trofeo de nuestro triunfo así como lanzas, flechas, arcos, macanas, etc, eran la alegoría del salvagismo. Todos estos instrumentos ordenadamente dispuestos constituían el decorado de las paredes. El Dr. Carranza, fanático por todas estas cosas, había

sido el director de la ornamentacion. La mesa fué objeto de general estrañeza. Mesa con mantel, platos, cubiertos, copas, botellas, jarros con flores, y un busto del general San Martin presidia tan celestial concierto que nos parecia un cuento de hadas, porque no conocíamos]hacia tiempo talés comodidades, puesto que en tres meses no tuvimos mas mesa que el suelo, ni mas servicio que un plato de lata.

Ocupábamos los centros de la mesa, el Dr. Carranza y yo, como jefes de ambas comisiones, el Comandante Ibazeta una cabeza como jefe del Regimiento y el Sr. N. Roldan la otra como presidente de la Municipalidad. Los platos eran tambien de la invencion del Dr. Carranza, que á la altura de las circunstancias, desterró todo afrancesamiento (permitase la palabra) segun es usanza ó manía en las ciudades, y dió á cada cual el nombre que convenia mas al caso. En el *menú* que manuscrito circulaba por la mesa, se leian profusión de platos á la *chaqueña*, á la *mataca*, á la *toba*, platos condimentados á la *india* tan abundantes en azúcar y en especias que hacian maldecir de tal arte culinario. Estos, apesar de todo, no eran motivos bastantes para impedir que hiciésemos á semejante comida los mas cumplidos honores. Las libaciones menudeaban con el pretexto de ayudar la deglucion de un succulento pastel á la *mocovi* que pusieron como postre, y sonó la hora de brindar.

El Dr. Carranza leyó un trabajo erudito y rico en datos que recordaban acontecimientos análogos, encomió los servicios prestados por todos en tan difícil empresa, y aludió en prolongados párrafos á la Comision científica, poniéndome esto en el caso de contestar. Le sucedí pues, en el uso de la palabra, manifestando al gobierno cuales son los deseos y los fines que se proponia la Comision que tengo la honra de presidir, al mismo tiempo que poniendo de manifiesto la alta utilidad de la expedicion y los reconocidos servicios del general en jefe Exmo. Sr. Ministro, en bien del país.

El Comandante Ibazeta pronunció algunas frases en el mismo sentido, que fueron sentidamente interpretadas y contestadas por el Sr. Roldan. El hecho de estar reunidos, hizo surgir la idea de levantar un acta en la cual se hiciera fé y constancia del feliz éxito de nuestra empresa que fué por todos firmada por duplicado con el objeto de enviar una al archivo general de la Provincia y dejar la otra en el del Municipio. Nos levantamos de la mesa y se formaron los consiguientes grupillos que comentaban todas las ocurrencias del dia. Como el fotógrafo estaba ocioso, sacó de este grupo general una vista que nos servirá para recordar aquella agradable escena de nuestra expedicion.

Aquella misma tarde me fué entregado por el Dr. Carranza un pliego de ampliacion á mis ins-

trucciones en cumplimiento de una orden de S. E. concebido en estos términos:

«Al Sr. Gefe de la Comision Científica, Dr. Don Leopoldo Arnaud. Ampliacion á sus instrucciones:

I Desde la Colonia Rivadavia en la provincia de Salta se dirigirá Vd. al fuerte Victorica, trasladándose de allí al de Dragones, escoltado por 20 soldados y un oficial del Regimiento N° 10 de Caballería.—II Continuará su marcha por el carril que gira de la «Mora sola» al campo del «Cuervo» hasta el *Chujchal* explorando y situando los parages mas importantes de su tránsito y en especial el cauce del Rio Seco.—III Desde el Arroyo Tartagal regresará al Bermejo que costeará hasta la altura de Iruya y Santa Victoria, cuyos minerales examinará y prosiguiendo su ruta por Humahuaca bajará de allí á Salta por la quebrada del Toro.—IV En dicha ciudad se proveerá de los elementos de movilidad que necesite para expedicionar hasta la sierra de Santa Bárbara en cuyas faldas y hácia la costa Sud del Río San Francisco se encuentran depósitos de petróleo.

V De regreso en Salta, pondrá á disposición de las autoridades la escolta, mulas y aparejos que haya ocupado de propiedad nacional.—VI Sin mas demora que la necesaria para cargar sus colecciones y equipajes en una de las tropas de carros que hacen la carrera á Tucuman se dirigirá á esta en la

diligencia para tomar á la brevedad posible el tren que deba conducirlo á la capital de la República.—VII Se le reitera el estudio detenido de la clase de campos, montes y aguadas de la zona estensa que debe recorrer, como asi mismo de todo aquello que pueda interesar ó ser aplicable á la industria agrícola y en particular á la pastoril—VIII El Sr. General en Jefe lo recomienda al Excmo. Gobierno de Salta para que le facilite cuantos recursos le sean necesarios, encargándosele la mayor economia».

Tal es la ampliación de instrucciones que recibo de S. E. Es preciso pues aprontarse para pasar á reconocer la frontera Boliviana, objeto al presente de acalorados debates entre aquel gobierno y el argentino.

La recomendación del Dr. Carranza en nombre del Ministro, me exhorta á la prudencia y me advierte que bajo concepto alguno pise territorio Boliviano con fuerzās argentinas, dada la alarma que en ellos produjo la presente expedicion, segun varios periódicos han anunciado, y el movimiento de fuerzas que con tal motivo se verificó en la frontera.

Me quedan aun que recorrer cerca de 300 leguas pero de ellas apenas puede haber 100 de desierto.

En la mañana del dia 7 salia el Comandante Ibaceta con el resto de la fuerza, y con él envié

al Sr. Edelmann hasta Salta para que desde allí se dirija á la capital á restablecer su sria dolencia. La presencia de este coleccionista me era absolutamente necesaria, pero ante el peligro que pudiera correr su vida en la ruda campaña que venimos siguiendo, no puedo hacerme responsable de tan grave cargo. La separación de Edelmann produjo en mí verdadero disgusto.

Ya con derrotero conocido y sin tiempo que perder, pedí recursos en Rivadavia para proseguir m marcha, y en cuanto me fueron facilitados me puse en camino el dia 8 con el Ingeniero Sr. Donegani.

Abandonamos la Colonia como á las nueve de la mañana, no sin antes tomar las coordenadas del lugar que resultaron ser 24° 10' Lat. Sud y 63° 8' Long. O. de Gr.

Con motivo de haber desaparecido unas mulas, andaban dos asistentes en su persecución, y como tardasen demasiado, tuvimos que salir sin ellos, encargando que á su regreso nos siguieran la huella para alcanzarnos y asi sucedió con uno que se incorporó á nosotros á la distancia de 5 ó 6 leguas, pero el tro no aparecia ni nadie nos había dado razon de haberle visto: como tenia antecedentes de deserción, dió el consiguiente parte que salvara mi responsabilidad y seguimos camino con cuatro asistentes y tres mulas cargadas con nuestros instrumentos y equipajes. El camino que desde Rivadavia se recorre hasta el Fuerte Victorica (20 le

guas) es siempre igual al que se encuentra desde 12 ó 14 leguas antes de llegar á Rivadavia. Siempre arena, siempre vinales, y rara vez campos de corta extensión en donde la capa vegetal tiene sobre la arena un espesor de tres ó cuatro pulgadas que no son lo suficiente para afianzar el arraigamiento de los pastos, siendo estos por consiguiente débiles. Ya al lado opuesto del rio, que baja con vertiginosa corriente y requiere barca ó chalana, para poderlo pasar, adquiere condiciones que hacen mas aceptables todos aquellos terrenos, desaparece poco á poco la capa de arena y empieza á notarse la arcilla predominando á la arena como ha sucedido durante tantas leguas anteriormente. Los pastos mejoran considerablemente y como es frecuente el encontrar puestos ó casas, suelen verse algunos sembrados y tierra regada y preparada para el cultivo.

Estuvimos haciendo las marchas muy lentas, asi es que tardamos cuatro dias en llegar á Victorica recorriendo una distancia de 20 leguas con la dirección N. 35 O. ya en aquel fuerte y despues de saludar á los antiguos amigos y compañeros y conocer á los demás oficiales de guarnición, pasamos á habitar la casa del Comandante Jefe de la frontera D. Baldomero Lamela, cuyas deferencias y atenciones, nos han confirmado ampliamente sus antecedentes de caballerosidad y amable caracter que nos eran conocidos. El Sr. Lamela nos tuvo

privados de su amable compañía durante los 6 primeros días que le fué preciso pasar á la próxima villa del Cármen por asuntos del servicio, durante los cuales nos vimos atendidos con un interés digno de reconocimiento por el segundo Jefe de su fuerza el Sargento Mayor D. Teófilo Dongo.

Los primeros días de permanencia en este fuerte se nos hicieron un poco pesados por el cúmulo de trabajo á que teníamos que atender.

Un atraso de 19 días y un cuaderno de notas para ampliar y disponer lo concerniente al informe que debía pasar á S. E. Algunos días despues, ya libre casi del trabajo atrasado, llegó el Sr. Comandante Lamela con quien hemos pasado agradabilísimos ratos que serán para nosotros siempre de grato recuerdo, contribuyendo á ello el Mayor Dongo, cuyo buen humor es envidiable. Todos tenemos en la vida nuestra monomanía, mas ó menos marcada, aun que á veces no nos demos de ella cuenta: la monomanía del Mayor Dongo es de esas capaces de acabar con la paciencia al mismísimo Job. Es tal el furor musical que se le ha declarado que es peligroso tenerle cerca algun tratado de solfeo ó su predilecto instrumento, la flauta, so pena de que los circunstantes sean víctimas de una desazon oyendo una interminable chilena que su mismo autor, no seria capaz de conocerla.

Fuera de esta debilidad es el Sr. Dongo persona

que por todos conceptos se hace digna de la mayor estimación.

Una noticia poco halagüeña nos impidió la salida del fuerte. La lluvias torrenciales que en la parte N. del Chaco se habían desplomado; tenían todos los alrededores completamente inundados, precisamente en el camino que por nosotros debía ser recorrido. Comisiones que habían salido se vieron obligadas á retroceder, ante el peligro de ahogar á los animales en la necesidad de atravesar á nado grandes bañados. Sabemos que el Dr. Carranza se encuentra detenido en la villa del Cármen por el mismo motivo. Proseguimos, pues, en Victorica desde el día 11 del corriente Enero en que hemos llegado, apesar de haber terminado los trabajos que eran objeto de nuestra permanencia, pero la amable compañía de los señores Lamela, Dongo, Ferreira Fernandez etc., nos dejan pasar los días sin apercibirnos de que el tiempo no vuelve. Las noticias eran cada día peores. Una comisión que á las órdenes del capitán Gonzalez había salido para guarnecer el fuerte Lavalle, estaba detenida hacia mas de 15 días por falta de paso. Otra comisión al mando del teniente Ramallo que por rumbo aproximado se dirigia para traer al capitán Baez mal herido por los indios, había retrocedido de igual modo haciendo presente al comandante que era totalmente imposible pasar; ese mismo camino debía ser por mi recorrido y estas noticias no eran,

en verdad, las que mas me disponian á ponerme en marcha. Así fueron pasando dias hasta que las lluvias habian cesado y por el contrario el sol parecia empeñarse en evaporar hasta nuestro propio sudor. Una nueva comision al mando del teniente Ripoll salió á buscar al capitan Baez y llegó á su destino, prueba tangible de que los caminos eran susceptibles de transitarse, y por consiguiente habia llegado el tiempo de decidirse a salir. Así con efecto, se hicieron los preparativos necesarios para el caso, se charqueó una vaquillona para poder contar con carne algunos dias, nos surtimos de los viveres secos necesarios y dispusimos la marcha para el dia 6 de Febrero, despues de un mes de permanencia en el fuerte Victorica. Las mismas tres cargas que tragimos de Rivadavia debian seguir en todo nuestro itinerario y con un soldado para atender á cada carga, era suficiente contando ademas con nuestros asistentes.

Por lugares en donde se encuentra algun puesto en distancias de tres á cuatro leguas, fuera de todo peligro de indiada porque los indios que hay por esta parte estan ya habituados al roce con los cristianos y son tribus de las llamadas mansas: viven de sus siembras, y de algun jornal que ganan trabajando en las chacras y estancias ó potreros donde les llaman.

Se designó al teniente D. Gabino Garmendia para que nos acompañara en toda nuestra excursion

sin mas escolta que los tres asistentes y tres hombres mas que se encargaran de las mulas cargueras, con orden de pedir al fuerte mas cercano la escolta necesaria en caso de recorrer algunos lugares que no ofrecieran toda nuestra confiãza.

Llegó el dia 6 de Febrero designado para nuestra salida, y á las 4 1/2 p. m. montábamos á caballos acompañados del Sr. Comte Lamela y el farmacéutico Sr. Sarabia, que tuvieron la amabilidad de honrarnos con su presencia en la primera jornada. Al salir se nos agregó el mayor Dongo que tambien nos acompañó un rato, con cuyo motivo me preguntó si los tonos mayores y menores se escriben del mismo modo cuando son relativos y la diferencia que existe entre el compasillo y el compás mayor ó binario.

La luz del dia empezaba á perderse, y nos apeamos en la «Cabeza del Caballo» en donde por última vez hemos tenido el placer de comer en compañía de los Sres. Lamela y Saravia, allí se despidieron de nosotros, llevando la convicción de que sabemos agradecer debidamente todas las deferencias y finas atenciones que se nos hacen.

Nos habiamos propuesto hacer las marchas por la noche, aprovechando la luna y contando con que los animales caminan con mas holgura y menos cansancio con la fresca. Pasamos por el establecimiento del Sr. Ferrari, proveyéndonos allí de algunos efectos necesarios y seguimos durante

esa noche la marcha hasta San José en donde se encuentra la primera casa habitada por los dueños del potrero de ese nombre. La vegetación es raquítica y el terreno de condiciones poco apropiado para el cultivo; muy arenoso y escaso de agua. Los bosques no contienen mas madera que algun Palo Santo, vinal, algarrobo en medio de estensos malezales. Empezamos á palpar un grave inconveniente: la carencia de pastos tenia á nuestros animales en un estado lamentable: tan solo camalote era el pasto que soliamos encontrar, y ese no lo comen sinó cuando está bien maduro y seco. Los animales, pues, no comian y esto era para nosotros un motivo de preocupacion. Asi pasamos los poblados, Las Moras, El Pilar, S. Estéban en los cuales si difícil era hacer comer á la mulada, no lo era mucho menos el que pudiéramos hacerlo nosotros.

Esas gentes viven en una condicion original y muy bien pudiera tacharselas de indolentes y desidiosas. Ni un solo habitante de esas soledades, está surtido de las cosas necesarias para cubrir las primeras atenciones de la vida material. Nada es posible conseguir, y si conservan algun charque ó tienen una pequeña majada de ovejas, por ningun precio quieren vender una. El que viaja por estos lugares, está en peores condiciones que en el desierto, y digo en peores condiciones, porque cuando uno se dispone á atravesar

un territorio inhabitado, hace previamente sus preparativos para el caso, y se arregla á sus necesidades. En este trayecto nos vimos precisados en mas de una ocasion á hacer uso de la fuerza ante la imperiosa necesidad impuesta por el dilema «comer ó no comer». Llegábamos á un rancho, mandaba por mi cuenta á un par de soldados matar una oveja en donde se encontrase, é iba á pagarla á su dueño ó esperaba que él viniera á reclamarla; tan solo así fué posible resolver tan importante problema. Cuando llegamos á S. Bernardo, ya despues de 5 dias de marcha, las cosas tomaron otro color. El aspecto de la casa daba á conocer sin gran esfuerzo que sus habitantes tenian mas nociones de cultura. Los poblados encontrados hasta entonces se componian de una ó dos mal llamadas casas construidas con unos cuantos palos cubiertos de paja, siempre mezquinas é inmundas, en donde un cerco de rústicos troncos separa á sus moradores de las ovejas y las vacas, que tienen un corral formado por ramas amontonadas generalmente en derredor de tronco de algun algarrobo.

En cada uno de estos ranchos, vive una familia que apenas tiene idea de la sociedad y que solo se distingue de los indios, en que habla un mal castellano y no huye á la presencia de la gente por mas que les cause estrañeza.

Ni un pequeño sembrado, ni la mas ligera se-

ñal de la mano del hombre laborioso, tiene el viajero ocasión de observar. En alguna abra cerrada naturalmente por un espeso bosque, hace pastar sus animales con cuyo producto vive en tan miserable estado, y su constante vida selvática nos permitiría compararlo á un Bush-Man. Su traje se compone de una camisa de hilo grueso y un chiripá, que consiste en un paño cuadrado que abraza por ambos lados á la cintura cruzándolo por las piernas. En las mugeres es una túnica de forma comun, sin mas calzado para ámbos sexos que el que les concedió la naturaleza.

En estas chozas duermen amontonados padre, madre, hijos, hijas y huéspedes; nosotros formamos parte del grupo en mas de una ocasión, respirando las emanaciones del charque, la carne del chivo muerto dos ó tres dias antes y algunos cueros recogidos á causa de la lluvia, pues solo en este caso duermen dentro del rancho. Estos ranchos, así como sus ropas y sus cuerpos, no se distinguen en verdad por su pulcritud y su aseo.

En San Bernardo, sentimos el natural ensanchamiento de nuestros pulmones al ver una casa espaciosa, limpia y surtida de los elementos de primera necesidad. El Sr. Sigarán, su propietario, nos acogió con atenciones dignas de reconocimiento que en nada desmienten la generosa hospitalidad de que este país está tan justamente acreditado. Nos detuvimos allí todo ese dia y

parte del siguiente en cuyo tiempo comieron á su antojo todos nuestros animales en un lindo potrero formado por una pequeña isla en el rio que pasa cerca y que lleva el mismo nombre del lugar.

La naturaleza del suelo no varia, pero empieza á notarse en abundancia la existencia del palo santo y del quebracho. Los pastos son altos y no escasos en las inmediaciones del rio. En las de la casa del Sr. Sigaran hay sembrados en donde recoje magnificas batatas, mandioca, zapallos, melones, sandias, maiz y porción de otros productos que de igual manera cosecha una indiada mansa establecida en las cercanias de su finca, y como pudieran cosechar todos los de los anteriores puestos si no estuvieran aquejados de invencible desidia. La vegetación mejora en lo que atañe al pasto del ganado caballar. La tusca y el algarrobo son magnificos alimentos para estos animales y por estos parages no escasea á la vez que para la construccion sigue encontrándose abundante el palo santo.

Pasamos los poblados S. Nicolás, Luna Muerta, y pernoctamos en el Tuscal, nombre que sin duda es debido a la notable multiplicación de esta leguminosa (Tusca). Dirijase la vista por doquiera, explórese cualquier bosque de aquellos alrededores, y siempre Tuscas, y lo que no es menos notable, si uniformidad guardan entre sí los tuscales,

no es menos rigurosa la que guardan los malezales todos compuestos de malváceas, borragíneas y gramíneas en su mayor parte.

La noche del 10 de Febrero, cuando me acercaba al campamento para comer y descansar dispuesto á salir al aclarar el siguiente dia, me dió el Sr. Donegani una noticia que no me puso de muy buen humor. Habia desaparecido de su bolsillo algún dinero, (1) y aunque no gran cantidad, era lo suficiente para originar trastornos en lo ulterior puesto que los recursos ultimamente allegados á la comisión, no eran mas que los estrictamente necesarios para tan largo como penoso viage. En vano fueron todas las pesquisas é indagaciones al efecto: de seguro que entre los soldados sabian su paradero, pero era imposible en justicia acusar á ninguno, por mas que sobre alguno recayeran las mas vehementes sospechas. Seguimos desde el amanecer del dia 11 por el «Algarrobal» hasta el «Campo del Cuervo», (2) en donde encontramos un potrero con pastos y buen cerco, gran hallazgo para los animales y allí hicimos alto y nos abrigamos en un rancho abandonado, teniendo, segun las instrucciones, que determinar las coordenadas geográficas del lugar y explorar todos aquellos contornos. Nos detuvimos dos dias y despues de situado el lugar, examinados en debida forma sus

(1) Perteneciente á lo consignado á esta Comisión.

(2) Distante 30 leguas del Fuerte Victorica.

campos, productos, flora, fauna etc., nos dirigimos con rumbo N. 35 E. al fuerte Lavalle con objeto de pedir escolta para atravesar algunas leguas de desierto al Tartagal en cuyo trayecto abundan las tribus salvages. Cuando todavia no habiãmos andado cuatro leguas encontramos al Capitan D. Agustin Gonzalez que con el Teniente Buttler y 25 hombres habia sido enviado de guarnición para aquel fuerte, pero á causa de la deserción de algunos soldados y en la imposibilidad de encontrar el camino, se habia visto obligado á acampar en medio de un espeso bosque, por no encontrar agua en ningun otro lado. Nosotros llevãbamos un soldado práctico en el conocimiento de aquellos parages y nos dispusimos á hacer el último esfuerzo en el siguiente dia. Establecimos en el mismo lugar nuestro campamento y pasamos allí la noche sin que nos dejara dormir un solo instante una nube de mosquitos con su insoportable música y sus punzantes picadas. Al amanecer nos pusimos en marcha: del camino no existia ni la mas remota huella y era preciso señalarlo de nuevo.

Cuanto se diga para ponderar los inconvenientes de aquella marcha, es pálido ante la terrible realidad. Los campos estensísimos estaban cubiertos de un fango pegajoso que enterraba la mula hasta los corbejones. Una tupida red de enredaderas cubria completamente al animal y hacia fuerza constante para arrancar á los ginetes de la silla; las

mulas cargueras se echaban cada cinco minutos rendidas ante tales obstáculos y cuando, con tiempo y fuerza de voluntad, conseguíamos salir de uno de estos infiernos, entrábamos en un monte cuya espesura y dificultades nos hacia renegar de nuestra aciaga estrella. Se apearon los soldados para hachar y abrir camino á toda costa: los tropiezos eran cada vez mayores; los animales se declaraban vencidos y eran insensibles al castigo, negándose á dar un solo paso: cuando volvió un soldado que salió á pié en busca de senda, le vimos lleno de fango hasta la cintura y nos dijo que despues de aquel monte pantanoso aparecia otro campo tan lleno de barro y tan difícil como el anterior. Aquella travesia se iba haciendo imposible, por grandes que fueran nuestros esfuerzos: estábamos en camino desde las 5 de la mañana, eran las 3 1/2 de la tarde, y no veíamos señal de que las cosas cambiaran. Nos resolvimos, pues, á volvernos al anterior campamento, dada la imposibilidad de acampar en ningun otro lado, y alli resolver de acuerdo lo que se creyera mas conveniente.

Retrocedimos por la misma huella con improbo trabajo á causa del cansancio de los animales, y á las 9 de la noche pisábamos de nuevo el lugar que 16 horas antes habíamos dejado. Comimos y nos pasamos la noche ahuyentando mosquitos y formando proyectos. Se resolvió volver al Campo del Cuervo, y de alli mandar al Teniente Butteler

con cuatro hombres hasta el Fuerte Victorica para comunicar verbalmente al Comandante Lamela el estado de las cosas. Volvimos pues al Campo del Cuervo el día 15 (Domingo de Carnaval) haciendo una marcha laboriosa, dado el cansancio de los animales y el pésimo estado de los caminos. En esta marcha, desapareció mi asistente llevándose una faja con un revolver y un puñal, así como algunos otros efectos de mi propiedad. En él recaían las sospechas de la desaparición del dinero del bolsillo del Sr. Donegani. Las indagaciones puestas en práctica en su busca, han sido estériles.

Llegamos con trabajo al Campo del Cuervo y el Capitan Gonzalez habia tomado el camino del Chujchal.

Descansamos aquella noche de las fatigas de los anteriores días, así como también cobramos el sueño de las dos precedentes en las que no nos habia sido posible conciliarlo un minuto.

El lunes de carnaval nos hallábamos en posesión de nuestro buen humor habitual. Comentábamos cómicamente el pasado, y queríamos á toda costa avisar al Capitan Gonzalez para hacerle reunir con nosotros, á cuyo efecto se construyeron algunos cohetes de cuya confección se encargó el ingeniero de la Comisión Sr. Donegani, y mientras él entretenia el tiempo en tal tarea, el Teniente Garmendia y yo nos ocupábamos en nuestros asuntos

que interrumpíamos con frecuencia ante el recuerdo de los felices mortales que pasarían aquellas horas entretenidos en los lícitos goces que la sociedad se reserva para estos días. Llegó la noche, y como verdaderos chiquillos gozábamos en los preparativos de nuestra función pirotécnica. Tres cañas, á cada una de las cuales se sujetaba un cohete y algunos montoncitos de pólvora amasada en aceite de ricinas, á falta de otro mejor, con carbon y jabon, y colocadas sobre la barra de un catre deteriorado que encontramos en aquel rancho inhabitado. Era este el espectáculo que tanto nos entusiasmaba.

Llegó la hora, y el Sr. Donegani, pirotécnico mayor, armado de un tizon tremendo, se aproximó al primer cohete que como los demás estaba provisto de su correspondiente mecha y demás adminiculos: le puso fuego á la mecha, y despues de haberse apagado 4 ó 5 veces, empezó por fin á arder con lentitud.

Asi se fueron consumiendo los tres cohetes á fuerza de soplarles y ayudarlos con el tizon, sin que á ninguno de ellos le diera la gana de elevarse ni un milímetro. No era aquello en verdad una prueba que honrara el arte pirotécnico, pero á nosotros, no era esto lo que mas nos importaba, la alegría del Teniente Garmendia, rayaba en entusiasmo: corria hácia los cohetes, volvía apresurado al fogon á buscar tizones, y en este brete se pasó casi

todo el tiempo de la *funcion*. El Sr. Donegani y yo permaneciamos silenciosos mirando de hito en hito á los cohetes que de vez en cuando enseñaban algun punto en ignición que nos hacia retirar apresuradamente por temor á que reventará la bomba. Terminados los cohetes, se trató de las luces. El Teniente Garmendia llevaba la dirección de la fiesta y tenia al efecto su colosal tizon preparado: se trató de hacer arder la primera y despues la segunda y asi las demás, pero ninguna estaba dispuesta á complacernos. Nuestros sopli-dos eran viento perdido, el arrimarle el tizon por todas partes, completamente inútil, hasta que por fin se resolvió la cuestión cortando por lo sano. Se hizo una hoguera, y las arrojamos á las llamas, no quedándoles entonces mas remedio que producir el efecto deseado.

Ardieron algunos segundos durante los cuales recuperamos nuestra interrumpida alegría entreteniéndonos despues en comentarios que consumieron el resto de la noche. El capitan Gonzalez, de seguro que no se apercibió de semejantes avisos, pero casualmente se apareció en el campamento en la mañana del miércoles. Naturalmente, la primera noticia que se le dió giró sobre las ocurrencias de la noche pasada, los comentarios se reanudaron con mayor animación, y se propuso una nueva fiesta para aquella noche á cuyo efecto el Sr. Donegani preparó su tabla y su cuchillo que

constituían todos los utensilios de su improvisado taller. Se puso manos á la obra, y se proyectó una luz de bengala que debía hacer nuestras delicias. Un rollo de papel fuertemente atado y lleno hasta la mitad de pólvora seca y despues del amasijo consabido, provisto de su correspondiente mecha se dispuso en convenientes condiciones, perfectamente sugeto á la misma barra de catre. El teniente Garmendia habia acrecentado su afición y desde las tres de la tarde queria á todo trance que se quemase. Apuraba á los asistentes para que pusieran pronto la comida. y se le hacían pesadísimos los minutos que pasaban. Aquel día le parecia demasiado largo, y de vez en cuando pasaba en derredor del cartucho con visibles deseos de verlo arder. Comimos antes de la hora de costumbre, y cuando la luz vespertina nos anunciaba la noche, ya estaba el teniente Garmendia paseando inquieto con su terrible tizon. Nos levantamos de la mesa y comenzó la algazara. Se puso fuego á la mecha que ardió con lentitud y muy poco tiempo despues la pólvora húmeda empezaba á chisporrotear dentro del papel. A causa quizá de la excesiva humedad la combustión era muy lenta y nos aproximamos Donegani y yo á soplar con toda la fuerza de nuestros pulmones. El humo de la pólvora y el papel que á la vez se quemaba nos molestaba en los ojos, razon por la cual Donegani apeló á su sombrero para utilizarlo á modo de aba-

nico, y yo me saqué los anteojos con el fin de limpiar los ojos con mas facilidad, pero seguí soplando. Cuando llegó el momento en que se encendía con mas fuerza, cuando soplabá con mas violencia contento del resultado, una estridente detonación me separó mas de un metro del lugar que ocupaba: llevé instintivamente las manos á la cara y mi barba se habia transformado en una endurecida costra que se adheria fuertemente á la epidermis, tenia la cara completamente negra, y los párpados se habian cerrado al extremo de dejarme en completas tinieblas. Me parecia tener sumergida la cara y el cuello en una vasija de plomo fundido; el horrible dolor de mis ojos llenos de pólvora, me arrancaban mas de un quejido involuntario. Mi actitud era desesperada, dirigíame á todas partes sin darme cuenta de lo que pasaba en mi derredor, no tenia en aquel momento conciencia de mis actos... Pasaron algunos minutos, y si no llegó para mi la tranquilidad, llegó por lo menos el sosiego: me lavé sufriendo dolores que soy impotente para describir, y me facilitó el Capitan Gonzalez un poco de aceite de olivas, con el cual me cubrí la cara y el cuello. Me condujeron á mi cama, y me proponia con todo mi ánimo reposar aunque no estaba seguro de conseguirlo. No podia estar tranquilo un solo instante: me sentaba, me levantaba, volvíame á acostar cambiando mi posición sin cesar, pero poco

á poco vino el dolor físico á ser dominado por el dolor moral. ¡Diego!...cuando apenas me había asomado á los umbrales de la vida real, de la vida consciente: ciego en el desierto, sin mas asilo que los adueros del salvaje! Aquellas constelaciones que veía la noche anterior resplandeciendo sobre mi cabeza en la extensión infinita, desaparecieron para mí!

La presencia de las personas que amo, existe para mí tan solo esculpida en mi cerebro! Podré abrazar cariñoso á mi anciano padre, podré besar mil veces sus venerables canas, pero no le veré más! Podré reposar sobre el hombro de la hermana de mi alma, podré beber sus lágrimas, pero de la dulzura de sus miradas no volveré á gozar! No me queda mas consuelo que estremecerme al contacto de sus hermosos hijos!

Tan solo podré estrechar entre mis brazos á otras muchas personas queridas que me guiaron en mis primeros años, y me alhagaron con sus caricias.

De cuanto me rodea, no podré conservar mas que un recuerdo que acrecentará mi angustia. Acabé de vivir: empiezo á vegetar...

La pérdida de mi vista, significaba evidentemente la de mi existencia, porque declaro ingenuamente que no podría soportarla en tales condiciones. Ante la idea de vivir ciego prefiero mil veces el descanso eterno—Se comprende que no he podido

conciliar el sueño durante toda la noche, noche para mi terrible é interminable. El miércoles, por la mañana, despues de haberme preparado una cama en el rancho deshabitado, me condujo hasta allí el señor Donegani para defenderme de los ardientes rayos del sol. Los dolores se habian calmado un poco y los párpados habian tomado unas proporciones colosales, yo los palpaba y me parecia que abultaban tanto como un huevo de gallina. Hice repetidos esfuerzos con el fin de conseguir ver la luz, pero el contacto del aire me producía un ardor irresistible. Desistí de mi empeño, encomendándome á la suerte que me estaba reservada.

Me acosté dentro del rancho, y me sometí á un chorro constante de agua fresca preparado por Donegani haciéndola bajar de un recipiente por un tubo de goma colocado á manera de sifon. Este baño me aliviaba, por mas que la posición que tenia que tomar para recibirlo, era en extremo incómoda. Descansaba á pequeños intervalos, y así durante dos dias, con algunas inyecciones de agua dentro de los ojos, se consiguió rebajar un poco la inflamación, empezando los ojos á supurar y el dolor á ceder.

La tarde del sábado 21 se decidió la cuestion que para mí era de vida ó muerte, en sentido satisfactorio. Forcé ambos párpados y sobreponiéndome al dolor, distingui aunque de manera confusa los objetos que me rodeaban, viendome obligado á vol-

verlos á cerrar inmediatamente por el punzante y agudo dolor que me produjo la luz. No estoy ciego, me dije, sintiendo un estremecimiento de placer. Volveré á ver á mi idolatrado padre, á mi amada hermana, á todas las personas queridas de mi familia, todas las cosas volveran al mismo estado y recordaré mas tarde mis sufrimientos poniéndolos por termino de comparación para mi vida ulterior.

El señor Donegani como los demas compañeros me atendian con interés. Mi estado no les satisfacía completamente, y acordaron enviar un chasque á Victorica conduciendo una nota que el señor Donegani enviaba al encargado de la asistencia médica en aquel fuerte D. Mariano Silva; pero mi mejoría era visible. El dia 22 amanecí con los párpados pegados por la supuración y al lavarlos cuidadosamente con agua templada y conseguir despegarlos, pude conservarlos algun tiempo abiertos evitando la presencia de la luz.

Veía los objetos muy nublados, y sentia aún moverse, á la vez que los párpados, algunos intersticios que me hacian sufrir: ya ese dia no me picaba la comida el asistente y me la ponía en la boca, ya no llamaba a nadie para que me condujera á la silla que estaba á mi lado, ya podia buscar mi pañuelo cuando se me perdía en la cama, en una palabra ya veía, aunque estaba muy distante de volver á mi anterior estado. El chasque había salido, y yo

sentia que el señor Silva se molestara en hacer 60 leguas de camino cuando su presencia no era ya absolutamente necesaria.

Tenia los ojos perfectamente abiertos y poco á poco iba habituándome á la luz, que me molestaba aún sobremanera. La gran irritacion mantenía el color rojo vivo que le caracteriza, y las quemaduras y ampollas que habian existido, empezaban á secarse tanto en los ojos como en la cara y el cuello.

Me afeité totalmente, no sin trabajo y dolor y el dia 25 salia á examinar el teatro de mis desdichas. Pude conseguir unos anteojos oscuros que me evitaban la molestia que aún me producía la excesiva claridad y paulatinamente vine á recuperar mi vista hasta poder servirme de mis habituales anteojos.

El tiempo se nos iba pasando y el camino del Fuerte Lavallo no tenia traza de aparecer: otro soldado de los que nos acompañaban habia desaparecido, y al enviar un cabo y un soldado en su busca, se nos participó al siguiente dia que estaba en el Chujchal el cabo herido en la cabeza por unos gauchos que la noche pasada habian tenido por allí una orgía.

Fuimos hasta el Chujchal el Capitan Gonzalez el Teniente Garmendia y yo, y encontramos en el camino al soldado que acompañaba al cabo, quien nos condujo hasta el lugar en donde le encontramos

con una fuerte contusión en la region parietal izquierda.

Despues de cortarle el pelo, y lavarle la herida le uní el cuero cabelludo con algunas tiras de esparadrapo, y lo dejamos en el mismo lugar por el estado de debilidad en que se encontraba, á consecuencia de la gran cantidad de sangre perdida. Eran ya dos soldados los desertados y un hecho del cual el Teniente Garmendia tenia necesidad de dar conocimiento á sus superiores. De vuelta al campo del Cuervo encontramos al soldado que habia ido de chasque en busca del señor Silva, que traia una nota en la que comunicaba la imposibilidad en que se veía de trasladarse hasta aquel lugar por no permitirselo urgentes atenciones del servicio: conducia á la vez en una botella un colirio con el cual me aconsejaba me hiciese lociones.

Mi vista estaba ya mucho mejor y si bien no veía aún claro ya me parecia que la hora de las lociones habia pasado. El mismo chasque salió en la madrugada del dia siguiente conduciendo otra nota para el Sr. Comandante Lamela, en la cual se le comunicaba la desercion de los dos soldados y la herida del cabo, pidiéndole desde luego la sustitucion de estos hombres sin los cuales nos veíamos imposibilitados para proseguir nuestra marcha.

CAPITULO XI

LA TRIBU DE OUK-KOH

DISPERSION—UN NUEVO CRISTIANO

Habitaba en las cercanías la tribu del renombrado cacique Ouk-koh. Cuatro kilómetros al N. del campamento, extendíase en numerosos toldos ocupando la ladera de un espeso bosque. Acompañado de un cabo y ocho hombres, me adelanté hasta los dominios del reyezuelo. En el momento de nuestra llegada prodújose entre ellos un desconcierto y completo desórden. Grupos que se diseminaban poniéndose aislados en precipitada fuga hácia el bosque, otros que se guarecian en los toldos, otros que se agrupaban en son de guerra en los toldos opuestos á los de nuestra entrada. Era todo aquello un maremagnum que fué calmándose con nuestra pacífica presencia. Pregunté por medio del lenguaraz cual era el toldo del cacique y al poco rato me fué presentado. Era Ouk-koh un hombre jóven, vigoroso, de regular estatura y musculatura atlética. Sereno, de mirada

franca y sostenida. Color muy oscuro, pelo largo hasta la espalda y desgredado. Su aspecto revelaba un carácter discolo y su fama era de cruel y sanguinario.

Cambió con él el lenguaráz las palabras que yo le indicaba, y conecedor Ouk-koh del fin que allí nos llevaba, me prometió amistad dándome la seguridad de que su gente no me sería hostil.

Componíase su tribu de 200 hombres de lanza y 300 ó más de chusma (mujeres, niños, inútiles, etc) La calma fué restableciéndose y las gentes fueron saliendo hasta rodearnos y contemplarnos como objetos raros.

Entré en su toldo en el cual habia tres mujeres inmundas, ocho muchachos de edades variables entre uno y doce años y una multitud de perros escuálidos. El rancho consistia en unas ramas cruzadas y cubiertas de paja y en el interior hallábanse en desórden pieles de aguará y jabali, bolsas y tejidos de chaguar, ollas y cacharros de diferentes formas, redes y flechas, arcos, lanzas y otras armas en gran cantidad.

Vestia Ouk-koh un trapo de chaguar atado á la cintura que le cubria hasta medio muslo. Llevaba envuelto en el cuello un collar que consistia en una série de vértebras de pájaro ensartadas en un hilo de chaguar y en la muñeca derecha ceñia un brazalete de cuero de iguana. Defendia sus piés

con dos pedazos de cuero que sujetaba al dedo gordo y al tarso por medio de correas.

Convidéle á tomar ginebra de la muy poca que ya quedaba en el campamento para estos casos y me pidió tabaco que le facilité.

Andaban los soldados haciendo las delicias de los indios cambiándoles objetos de su uso, por miel, pieles y otros utensilios de los que los indios pueden disponer.

Permanecía yo en el toldo de Ouk-koh y acariciaba á uno de sus pequeñuelos como de dos años de edad, que al revés de los demás chiquillos de la tribu que huían ó se ocultaban al llamarlos, éste se me aproximaba á jugar con la cadena del reloj ó la empuñadura del machete ó del revolver.

Halagaba así por otra parte al cacique mimándole á su, al parecer, predilecto hijo. Yo, aficionado al trato de las criaturas, veía en mi nuevo amiguito un elemento de distraccion durante mi permanencia en aquel territorio. Lo llevaba á mi carpa, le proporcionaba juguetes y golosinas, y estaba el chiquillo sin despegarse un momento de mi lado.

Seguia mi amistad inalterable con Ouk-koh á quien daba frecuentemente viveres, tabaco, carne, las hachuras de la carneada, y todo aquello que ellos tienen en gran estima.

Una noche sintióse agitada la caballada y voces de los centinelas que la cuidaban: púsose la

gente en movimiento, cercó á los animales de los cuales afortunadamente no faltaba ninguno. A la luz de las hogueras que para ahuyentar tigres se colocan en diferentes lugares, vieron los centinelas pasar indios en precipitada fuga. No habia duda de que los indios pretendian robarme algun animal.

Fuí al dia siguiente á los toldos y amenacé severamente á Ouk-koh que negaba tener conocimiento del hecho.

Tardes despues me vi atacado á flecha por indios ocultos en el monte, en momentos que exploraba campos al E del campamento y buscaba los origenes de un cauce seco que por allí pasa. Dispersé á los indios á tiros y volví al campamento dispuesto á no tolerarlos un dia mas.

Llevé la gente armada, cerqué el terreno que ocupaba su tolderia y descarga tras descarga los hice refujiar en el monte inmediato al cual pegué en seguida fuego para que las llamas se encargaran de alejarlos ó exterminarlos.

Entre los chiquillos que quedaban en los toldos, estaba el hijo de Ouk-koh mi protegido á quien recojí dispuesto á cambiar el trabajo que me proporcione y las dificultades improbas que tenga que vencer hasta hacerlo llegar á poblado, por la satisfacción de traer al concierto del mundo civilizado á un ser que la suerte le tiene reserva-

do el martirio la esclavitud la opresion y la barbarie.

Levantada acta del hecho y firmada por todos los presentes, queda pues en mi poder esta criatura que desde ahora se llama Leopoldo Arnaud de Ouk-koh, armonizando asi en su nombre el mio á quien deberá la vida psiquica y el de su padre á quien debe la vida material.

En la fecha en que este libro vé la luz, hállase en España al cuidado de mi familia recibiendo la educacion primaria propia de su edad.

Eranos ya preciso salir de aquel campamento para dirigirnos hacia la frontera de la vecina república.

Se nos ofreció como vaqueano el Sr. Juan Antonio Villagran, morador de las cercanías de Orán y conocedor de toda la zona y emprendí marcha con el Sr. Donegani con rumbo al Tartagal á fin de determinar las coordenadas de aquel punto y estudiar todo el terreno que sirve en la actualidad de limite entre las repúblicas argentina y boliviana.

Dispusimos, pues, nuestra marcha con tres mulas que condujeran los instrumentos y efectos mas necesarios, acompañados de diez soldados que á la vez nos sirvieran de asistentes, y quedó el teniente Garmendia esperando la contestacion del chasque y debiendo incorporarse á nuestro regreso para proseguir hasta la ciudad de Salta en donde con nuevos elementos debemos

emprender la marcha á recorrer la Quebrada del Toro por Humahuáca, terminado que sea nuestro itinerario y despues de conocida la parte alta del Chaco por Iruya y Oran.

Salimos el dia 27 de Febrero acompañandonos el capitan Gonzalez hasta la Soledad en cuyo lugar nos detuvimos todo ese dia, siendo objeto de singulares obsequios por parte de la amable familia del Sr. Villagran que habita en aquel lugar. Salimos el 28 con rumbo N. N. E. hasta Santo Tomé, en donde pernoctamos. La naturaleza del terreno y la vegetacion es exactamente igual á la que fuimos dejando hasta el campo del Cuervo, y esto pasa en cualquier otro lugar del Chaco. Su formacion es siempre la misma y su descripcion tiene siempre que pecar de redundante y monotonas. Pasamos por la «Senda Hachada» hasta encontrar el cauce del Rio Seco. Este rio está formado por variables y numerosas vertientes que traen su dirección de N. O. á S. desde las montañas de Bolivia que concurren á un punto comun que llaman Nacimiento. El nombre del rio, obedece á que tan solo durante la época de fuertes lluvias llena un abundante caudal de agua que va á desaguar en un estenso palmar que se encuentra dos leguas abajo del puesto San José, y que puede tener mas de seis leguas de perimetro: es una inmensa multitud de palmeras de la especie *copernicia cerifera*, sobre un suelo altamente cenagoso á causa de la enorme masa de aguas que hasta allí lleva el Rio Seco.

Durante la seca, el lecho de este rio es perfectamente transitable y el espectáculo que ofrece al viajero es sublime. Sus barrancas tienen por término medio 8 metros de altura sobre las cuales se admira una abundantísima vegetación en la que predominan en salvaje desorden la tusca, el algarrobo, el lapacho y el quebracho, en un terreno muy quebrado que tan pronto deja ver un promontorio, como una hondonada.

Las inmediaciones del rio están cuajadas de sauzales, bobadales entre los que se esparce gran cantidad de caña común.

La arena cubre con espesor de 0,30 centímetros los bañados y solo en los terrenos altos se observa una espesa capa de magnífica tierra vegetal.

Las dimensiones latitudinales del lecho son muy variables, algunas veces mide de barranca á barranca mas de 50 ó 60 metros y otras tan solo podrían contarse 12 ó 15, toda la longitud del rio puede calcularse en 30 ó 35 leguas (1). Hay momentos en que se vé uno obligado á detenerse ante algunos paisajes maravillosos. Un sol de oro, entre nubes de caprichosos colores que corona las copas de los árboles del bosque, de un verde oscuro que viene paulatinamente á perderse en el verde claro de los sauces cuyos troncos besa la estensa capa de blanquísima arena que pisan nuestros

(1) Bajando de N. O. á S. E.

caballos. He aquí uno de los casos en que un pintor buscaría inútilmente colores en su paleta, para imitar con verdad paisaje tan delicioso. La vegetación empieza á tomar un aspecto completamente distinto. En el centro del Chaco no he visto nunca un bosque cuyos árboles se elevaran á la altura de los que se empiezan á observar por estas latitudes ya mas próximas al trópico.

Puede calcularse la altura media de estos árboles de 25 á 30 metros. Su grosor no es en general exagerado, por mas que excepcionalmente suelen encontrarse árboles muy corpulentos. Puede muy bien medir el grosor comun de 0,40 á 0,50 centímetros. Pasamos por «El Quebrachal» que sin duda debe su nombre á los numerosos quebrachos que por allí se encuentran formando bosques enteros, y pudimos llegar á marcha forzada hasta «El Tunalito» en donde dimos por terminada la jornada del dia. El tiempo empezó á presentarse con nubarrones que poco á poco cubrieron el horizonte: la atmósfera se cargaba de humedad y las señales de lluvia eran evidentes. Por la noche se declaró un fuerte temporal con estrepitosos truenos y fuertes lluvias y vientos. El rio debia crecer, é ignorábamos la suerte que nos aguardaba, porque de seguir así el tiempo debiamos estar incomunicados en aquel lugar hasta la primera bajante. En toda la noche no cesó un solo instante aquel pequeño diluvio pero al venir el dia fué lentamente

calmándose hasta quedar por completo despejado. El río, sin embargo, estaba crecido en términos que se nos hacía imposible vadearlo. Interrumpida por tal causa nuestra marcha, supe que cerca del Tunalito se encontraba la primera tribu chiriguana, indios que siempre me habían inspirado interés por las noticias que de ellos había adquirido y tenía vivos deseos de conocer. Monté á caballo y me dirigí acompañado del señor Villagran, hacia la toldería.

CAPÍTULO XII

LOS CHIRIGUANOS

SUS PUEBLOS Y SUS COSTUMBRES

Recibe efectivamente una sorpresa agradable el que deja las tribus mocovies, tobas y maticas, al encontrar una chiriguana. Cuando se aproxima uno á sus tolderías ya observa un estenso cercado dentro del cual hay plantaciones de maiz, zapallos, batatas, sandías y otros productos que indican su laboriosidad.

Al entrar en una de sus casas que construyen con solidez y perfección, llama la atención el aseo y cuidado de sus enseres; muy superior á la de muchos gaúchos que hemos venido dejando en los anteriores puestos. De unos á otros horcones prenden sus hamacas y en algunos ranchos suelen verse catres construidos con madera y tiras de cuero, y hasta alguna silla rústicamente hecha con iguales materias.

El rancho es cuadrado ó rectangular mas ó menos espacioso, pero que en nada recuerda aquella especie de chozas de Orang-Outang raquíticas é

inmundas en donde las otras tribus duermen amontonadas en derredor del fogon. Los útiles de su servicio son escasos.

Dos grandes vasijas de forma análoga á los cántaros de uso común y que ellos llaman *Yambú* dedicadas la una á contener agua, y la otra chicha, bebida algo alcohólica elaborada con el producto del maiz pisado y fermentado: algunas ollas á veces adornadas con groseras pinturas y numerosas jicaras que consisten en mitades de la corteza de una cucurbitácea llamada por los gauchos del país porongo,—después de curada. En las paredes, formadas por palos unidos y cubiertos de paja que constituyen el rancho, suelen verse algunas flechas, arcos, lanzas y objetos heterogéneos, y en una cuerda que atan de uno á otro lado del rancho, algunos trapos de chaguar y aun de lienzo que negocian con los cristianos. El suelo del rancho lo mismo que los objetos que estan por allí esparcidos, agrada verlos siempre en perfecto estado de limpieza.

Los gobierna el mas viejo, que ellos denominan *capitan*, y son acérrimos y declarados enemigos de los matacos y los tobas. Viven del producto de sus sembrados y de la caza del jabalí, la corzuela y el conejo a la que los hombres se dedican con verdadera pasión. Las mugeres, que ellos conocen con el nombre de *cuñas*, no atienden mas que á los deberes de la casa. Construyen ollas, hacen

chicha, cuidan de sus hijos á los que profesan verdadero amor, acarrean leña, hacen la comida etc., en tanto el hombre sale á cuidar la siembra, á preparar nuevos cultivos, y á cazar. Cuando la cosecha no es abundante y la caza escasea, salen á trabajar como peones á las fincas para ganar el sustento de sus familias. En este caso, el capitán hace las veces de capataz.

Es admirable la destreza con que esta tribu maneja la fecha. Tiene constantes ejercicios que consisten en hacer rodar con violencia una argolla de pequeño diámetro y tiran á 25 ó 30 pasos de distancia, haciendo pasar la flecha por dentro de la argolla sin interrumpir su marcha. Tiran al blanco directamente, y por elevación, en cuyo caso colocan un objeto cualquiera á corta distancia y tiran la flecha á una altura que á veces la hace perder de vista, viniendo en su caída á atravesar el objeto designado.

Tienen tambien ejercicios de lanza. Emprenden larga carrera hasta tropezar con un punto señalado al efecto que debe ser atravesado.

Desde niños tienen ya sus arcos y flechas de pequeñas dimensiones para irse adiestrando en el arte.

Ya sea por el roce con los cristianos, ó ya innato en los chiriguaros, pronto se deja ver en ellos cierto caracter de nobleza que no es peculiar á ningun otro indio. Son mas blancos que

los de otras tribus, generalmente bien formados y de carácter poco arisco. El hombre vá desnudo en la tolderia, con un paño de lienzo ó chaguar perfectamente limpio lo mismo que su cuerpo: el pelo largo hasta cubrirle la region cervical y siempre sedoso y muy negro, abierto con raya al medio, y sugeto en muchos de ellos con una cinta de una planta textil.

Son por lo general lampiños y si alguna vez tienen algun pelo raro en el bigote ó barbilla, es tan fino que pudiera llamarse lana.

Sus labios son delgados y la nariz algo aplastada. Sus facciones no son en general pronunciadas y es frecuente encontrar entre ellos buenos tipos.

En los pies llevan una suela sujeta con tiras de cuero á manera de sandalia.

Tienen el labio inferior horadado en su mitad, en cuyo agujero meten un pequeño cilindro de metal mas ó menos adornado en la parte exterior y con rebordes en lo interior adecuados á la encia. Este objeto llamado *tembeta* y que á veces mide hasta tres centímetros de diámetro, es puramente de lujo y no con el objeto de quitárselo para silvar por el agujero como han asegurado algunos llamándoles con tal motivo *silvadores*.

El chiriguano no se quita nunca la *tambeta*, á no ser para reemplazarla por otra mayor porque su mérito está en relacion con las dimensiones. Yo he podido por curiosidad conseguir una á

fueza de ruegos y promesas, valiéndome para el caso de un hijo del capitán llamado Chujaré que era algo ladino, (llaman ladinos á los que se hacen entender en castellano) y en el momento de quitársela el indio, se tapaba avergonzado la boca en medio de risas y mofas de los demás, apresurándose á hacer otra provisional con un trozo de madera.

Cuando trabajan como peones en las fincas, llevan un ancho calzoncillo y camisa ambas cosas de un género de hilo muy grueso, que cuidan de tener lo mas limpio posible. Para todo se ve en estos indios la pulcritud: aun comiendo, no les he visto ni una sola vez tocar con su dedo la comida. Preparan un palito con el que verifican la prensión de los alimentos, y hacen con hojas de maiz una especie de cuchara para los líquidos.

En las haciendas llevan el pelo mas corto y modifican un tanto sus costumbres, pero siempre con su indispensable tembeta.

La cuña, ó sea la mujer chirignana se aparta completamente de las chinas ó mujeres de otras tribus por su tipo, por sus modales y por su manera de ser.

Viene solícita á ofrecer al viajero una gicara de chicha, no rehuye el contacto del cristiano que las visita, y deja ver en algunos casos modales cariñosos.

Son generalmente simpáticas y no escasean las

bonitas. Observan con rigor la condición de limpieza que distingue á la tribu, y no usan tatouage fijo sino tan solo una pintura de un rojo carmin muy vivo que extraen hirviendo la fruta de un árbol que ellos llaman «hurúcu» dándole á la pintura el nombre de *jambú* con la cual muchas de ellas se cubren la mejilla con figuras elípticas, particularmente cuando son novias. Visten un túnico, especie de saco sugeto á los hombros, dejando salir por dos aberturas sus brazos desnudos; á este túnico dan el nombre de *Tipoy*.

Llevan el pelo suelto con raya al medio y en algunas merece admirarse su magnífica cabellera. No he visto en ninguna adornos en la cabeza, por mas que en algunos casos sé que se ponen una especie de corona hecha con yerbas y plumas.

Se adornan los hombres con collares de pequeñas placas metálicas y a veces monedas de plata. Las cuñas llevan además abalorios y pulseras de cuentas mas ó menos caprichosas y se pintan de negro los dientes (porque es su opinion que la dentadura blanca es propia de perros) con una materia colorante que extraen de la corteza y hojas del lapacho.

En sus fiestas y sus alegrías toma una parte principal la chicha. Se coloca un yambú lleno de este líquido en el suelo, y en derredor se encadenan cruzándose las manos todos los indios: forman una segunda fila exterior las cuñas encadenadas

de igual manera, cerrando el primer círculo y empiezan á entonar un canto monótono, en que los indios dan un grito, especie de halarido prolongado, en cuanto las cuñas dejan oír una especie de susurro constante.

Invariablemente siguen cantando esto durante larguísimos periodos en los cuales los indios hacen un acompasado movimiento de izquierda á derecha moviendo los pies pero sin salir de sus respectivos puestos.

Las cuñas en el círculo exterior hacen lo mismo, con la diferencia de que sus movimientos se marcan de adelante atrás. Esta cantaleta se interrumpe para que todos beban unos tragos de chicha, volviéndose en seguida á cruzar las manos unos con otros, dándose prisa como si perdieran tiempo, para continuar la música y el baile en la misma forma en que empezaron.

Así pasan día y noche mientras la chicha dura ó el completo estado de embriaguez no los rinda. Si quedan dos, sigue la música. En cada uno de estos intermedios que suelen durar pocos minutos, me obligaban á tomar chicha, y me preguntaba el ladino con verdadero entusiasmo.

¿Qué te parece, lindo ¿eh?

A lo cual contestaba yo con manifiestas señales de admiración; ¡ya lo creo, lindísimo! Algunas veces me miraba con cara sonriente desde el corro, y cuando pasaba cerca, me decía—*este si es lindo*

¿eh?—Como no vá á ser lindo, le contestaba ya abroncado con tal monotonía.

Sus instrumentos son el erki, y la kena. El erki especie de cornamusa, es un asta de vaca con la punta cortada dejando un pequeño agujero en donde ajustan una cañita cerrada por la parte superior: en esta cañita practican una incision que deja pasar el aire produciendo un sonido particular.

El erki es bastante desagradable, la emision del sonido muy áspera é invariable pero á ellos los entusiasma en alto grado. La kena, es una caña de 0,50 á 0,55 centímetros, horadada en sentido longitudinal, en la cual practican en la cara anterior cuatro agujeros desiguales y colocados á distancias distintas que á veces obligan á los dedos a tomar una posición muy violenta: un agujero en la cara posterior que es manejado por el pulgar de la derecha, y una escotadura en la parte superior. La kena se coloca cubriendo todo el labio inferior, ellos meten la tembeta dentro de la kena, y soplando con fuerza hacia la escotadura, produce un silvido que se modifica con el movimiento de los dedos, pero exento de toda entonacion.

Usan tambien una flauta de caña de forma comun.

Mis preguntas eran objeto de grandes risas, y el verme escribir les producía verdadera estrañeza. Una hija del capitan, por cierto muy bonita, me

pidió le escribiese algunas palabras en cristiano.

Grande era mi empeño en averiguar lo que significaban las palabras del canto en las cuñas, puesto que los indios no dan mas que un grito casi siempre desentonado, diciendo—á,—pero no me fué posible. El ladino me decia: «*Nosotros asi no mas*» «*asi no mas, está lindo*» y no encontré medio de sacarlo de estas palabras.

Respecto de su religion no me fué posible averiguar nada ni por ellos ni por los gauchos que están en su continuo contacto. Sé que hablan con respeto del sol y de la luna, pero ignoro los motivos.

Asi como los maticos y tobas guardan consideracion al médico ó brujo, entre los chiriguano este ser es detestable. Ellos saben quien es el brujo ó á algun infeliz le atribuyen tal propiedad, pero lo odian apesar de que no se alreven á hacerle daño.

Generalmente cuando las cosechas son malas y alguno, mas afortunado, conserva mejor su plantio, ese es irremisiblemente brujo. No hay médicos: cuando un indio ó cuña se enferma, se agrupan en derredor de su hamaca todos los miembros de la familia y le cantan sin cesar. No se le permite bajo concepto alguno que coma carne; su alimento debe consistir en sustancias vegetales, y sigue el canto durante todo el curso de su enfermedad. Si se muere le atan fuertemente la cabeza con las rodillas, se rompen dos vasijas grandes

(yombús) en donde se hace caber el cadáver forzosamente, colocando una sobre otra: se le ponen dentro todos los enseres necesarios y de su propiedad; si es indio se le provee de tabaco, chalas (hojas de maiz en las cuales fuman) choclos (mazorcas de maiz tierno) y una pequeña vasija con chicha, y en el caso de ser cuña, se le incluyen algunos fragmentos de barro y los adminículos necesarios para su industria cerámica, sus trapos para hacer tipoy, etc. Se caba un hoyo en una esquina del rancho y allí se entierra para conservarlo en el seno de la familia.

Si en un corto espacio de tiempo mueren tres ó mas en la tribu, es un motivo de hostilidad contra el brujo, á quien se le atribuyen estas muertes.

El canto es la panacea de todos los indios para todas las enfermedades. Tan solo las paridas están exentas de tal medicacion. Cuando se aproxima el momento de dar á luz una cuña, se reúnen todas las cuñas viejas en conciliábulo, se forma un monton de tierra caliente y allí se sienta á la parida: los indios sean ó no de la familia, incluso su marido, no tienen en este asunto intervencion de ningun género. Someten á la paciente á operaciones bastante originales hasta que libre el feto del claustro materno, es depositado al lado de su madre sobre la arena caliente durante todo aquel dia. La madre toma tan solo caldo en los dos ó tres dias inmediatos.

El matrimonio, tiene ya entre los chiriguanos cierto aspecto de cultura. El indio y la cuña convienen en casarse, y estando ya de acuerdo, él se lo participa á la familia de la cuña, la que de comun acuerdo resuelve si es ó no conveniente tal union. En caso afirmativo, ambas familias tienen un dia de bailoteo en el que consumen cuatro ó seis yombús de chicha, y queda ya desde esa noche verificado el enlace: pero si la resolucion de esa familia no fuese favorable á la pretension del indio, el capitán, á quien respetan bastante, tiene que tomar cartas en el asunto, porque el indio no perdona oportunidad de hacerle daño, y apoderarse a la fuerza de su amada en cuanto se le presente la primera ocasion.

El capitán asiste á todos estos consejos de familia ó al menos tiene conocimiento de lo que en ellos se trata para emitir su opinion, por cuyo motivo tiene el deber de defender lo acordado.

Cuando la seca empieza á ser perjudicial á sus sembrados y el tiempo nó augura prontas lluvias, se reunen todos los indios en dia prefijado, provistos de chalas y tabaco, en la orilla del rio. Se invita al ó á los brujos de manera indirecta, porque para el caso es indispensable su presencia, y ya todos reunidos, el capitán dice que las plantas estan amenazando secarse, y que es necesario provocar la lluvia para evitar tal desgracia. Los indios todos fuman cigarro tras cigarro y echan

el humo en el mismo sitio con el fin de formar las nubes y cuando acabaron su tabaco, se tiran al río y tomando agua con sus manos, la arrojan tan alta como les permite sus fuerzas, hasta que cansados de esta operación, se retiran á sus toldos, seguros de haber formado la lluvia. Si en el plazo de tres ó cuatro días llueve, los yombús de chicha se depositan en el lugar que se designó, se entona el obligado canto que ya conocemos y se celebra una fiesta magna en la cual los brujos no llevan la peor parte. Pero si pasado ese plazo no hay traza de que el tiempo cambie, es seguro que los pobres brujos han de pasar algún disgusto grave.

Estos datos son muchos de ellos observados por mí y algunos otros referidos por ellos mismos y por gauchos que bien puede decirse que viven entre ellos.

Sali de la tolderia ya á hora avanzada acompañado en parte del camino por algunos indios y recibiendo los plácemes de todos ellos.

El día 3 se presentó claro y despejado, y según el gaucho habitante del Tunalito, debía poderse vadear el río. Eran tres vertientes las que teníamos que pasar y nos era indispensable la dirección de una persona práctica. El gaucho accedió á nuestros ruegos y nos acompañó hasta vernos del lado opuesto. Llegamos á la primera vertiente antes de haber caminado una legua.

Tendria esta unos 20 metros de ancho, y las aguas corrian con rapidez vertiginosa produciendo un ruido atronador. El pasarlo á caballo, era asunto un poco peliagudo, pero el gaucho aseguraba que era posible y para dar de ello prueba inequívoca, castigó su caballo y se precipitó rápidamente en el rio. El agua batia con fuerza contra aquel nuevo obstáculo, pero en pocos segundos le vimos del lado opuesto aunque completamente mojado. Pasamos en seguida los Sres. Donegani, Villagran y yo que cuando ostigaba á mi caballo, cubierto de agua, resistiendo enérgico la fuerza de la corriente, oí voces agitadas que se confundian con el ruido del rio: la corriente se llevaba una mula cargada.

Los asistentes se apresuraron á tirar del cabestro y la mula salió, pero completamente empapada la carga, en la cual estaban los instrumentos, las camas, los viveres y varios otros efectos. Fuera de este accidente, pasamos bien las tres vertientes, salvo el natural inconveniente de mojararnos. Ya del lado opuesto y libres de la comunicacion en el Tunalito en caso de seguir lloviendo, establecimos allí nuestro campamento por no atrevernos á seguir de noche, dado el pésimo estado de los caminos. Se despidió de nosotros el atento gaucho, y una hora despues, una fuerte tronada nos anunciaba un nuevo temporal. No tardó efectivamente mucho tiempo en caer un

aguacero torrencial que no cesó un momento durante la noche.

No tenia, en verdad, nada que mojarnos, porque todas nuestras ropas y nuestros equipajes lo estaban ya por completo con anticipacion. Por la mañana del dia 4 el rio estaba crecido de un modo pasmoso.

Nos hubiera sido totalmente imposible atravesarlo, si no nos apresuráramos á hacerlo el dia anterior. Los troncos y piedras que arrastraba envueltas en sus coloradas aguas, le daban un aspecto imponente. La lluvia no cesaba, pero nuestra resolucion de marchar, era inquebrantable: teniamos absoluta precision de salir de allí, y despues de un frugal almuerzo, nos pusimos en marcha á las 8 de la mañana. ¡Qué caminos! Pantano tras pantano recorrimos un espeso bosque que no nos dejó ver el cielo durante tres leguas. Tan pronto se encuentra una cuesta que es necesario subir á pié por temor á que resbalen los animales, como una pendiente que hay que bajar de igual modo por el mismo motivo; aqui una dificultad, alli otra peor, mas adelante otra fatal, y asi fuimos armados de paciencia para ir las venciendo á fuerza de trabajo y de perder tiempo.

Llegamos á la Quebradita, y para aqui estaban reservadas nuestras mayores contrariedades.

La Quebradita es una extension de terreno cubierto de espesísimo bosque y sumamente quebra-

do, formando en la parte transitable, terribles despeñaderos. En la época de lluvias, todas las aguas afluyen á esta senda formando un pequeño riachuelo de tres metros de ancho y medio de profundidad, cuya corriente lleva una velocidad bastante notable. Al entrar en esta senda que tiene mas de dos leguas, se horroriza uno al contemplar aquellas elevadas barrancas que miden á veces más de 25 metros de altura, y á cuyas orillas se asoman las copas de gigantescos árboles. La vegetación es en general abundantísima, y los árboles toman proporciones colosales.

Hay lugares en donde la barranca constantemente lamida por las aguas en su base, llega á describir una oblicua tan inclinada, que anuncia al viagero que de un momento á otro vá á desplomarse dejándole sepultado; otros hay en que una rapidísima pendiente trae rodando algun tronco de árbol con tal velocidad que pone en peligro la vida del transeunte. En medio de aquel silencio interrumpido por el murmullo del agua, se oia algun sordo ruido producido por el desplome de algun árbol ó pedazo de barranca.

Entramos en aquel desfiladero despues de tomar las naturales precauciones para evitar algun accidente funesto: Antes de haber andado cincuenta metros, el caballo de uno de los soldados, que iba delante, hacia esfuerzos inauditos para salir de un pantano en que se habia hundido.

Se presentaba, pues, una nueva cuestion que resolver. ¿Estará todo así?

Hay que recorrer mas de dos leguas en estas condiciones, y es empresa difícil. Se descalzó el Sr. Villagran y remangado hasta el muslo, empezó á tantear el camino, resultando que esos pantanos son pequeños bajos en los que la corriente de las aguas vá depositando arena hasta ponerlos á nivel, pero naturalmente esta arena permanece allí en estado de *papilla*. Había, pues, camino, pero debia ser recorrido á pié, so pena de esponerse á que este accidente se repitiese con frecuencia. Los soldados se desnudaron así mismo para pasar antes que sus caballos, y nosotros seguíamos sus huellas. Encontrábamos algunos trozos buenos y otros en donde la marcha se hacia un poco laboriosa.

Atravesábamos el monte para abreviar camino cuando era posible, y otras veces nos deteníamos á causa de algun tronco atravesado en el camino, que habia que aserrar ó separar hasta franquearnos paso. Así pudimos vencer estas dos leguas que bien pudieran cambiarse por 30 en otras condiciones. La lluvia nos azotaba sin tregua, como si estuviera conjurada contra nosotros.

Cuando llegábamos á una empinada cuesta llena de pequeños vericuetos por entre los cuales corría el agua á manera de cascada, se le oyó decir al señor Villagran ¡gracias á Dios! Vamos á dejar

esta quebrada!—Era necesario subir aquel derrumbadero hasta llegar al monte, y manos a la obra. Todos á pié, y á veces á galas, tirando de nuestros caballos y los soldados ayudando á las mulas de carga, vencimos la dificultad sin ningun contra-tiempo.

Descansamos el tiempo necesario para componer las cargas y sugetarlas en debida forma, y nos internamos en el monte con ánimo de acampar en la primera pradera ó abra que encontrásemos.

El piso estaba bastante resbaladizo, circunstancia que no nos permitia apurarnos cuanto deseábamos. Antes de haber andado media legua, los animales se paraban lavantando sus crines en señal de pánico. Algo ocurre, decíamos, pero ignorábamos la causa de aquel fenómeno, hasta que vimos en un trecho de suelo duro, las frescas huellas de un tigre que dada la magnitud de su pisada debía ser de gran tamaño. La fiera no debía estar lejos, á juzgar por el rastro reciente y el olfato de los animales. Nos apeamos, compusimos nuestras monturas, tomamos las precauciones necesarias con las cargas, y nos armamos convenientemente para seguir adelante. Aquel bosque era interminable; horas y horas habíamos pasado sin detenernos y no podíamos salir de él. Ya avanzada la tarde se oían ruidos particulares á lo lejos que nos preocupaban con la idea del tigre, pero la tranquilidad de los animales era la mejor señal para no

alarmarnos. Fuimos aproximándonos y distinguimos claramente el graznido de los batracios que anunciaban la proximidad de agua. Efectivamente, algunos minutos despues nos encontráramos en una pequeña abra rodeada de bosques cuyos árboles parecian querer tocar con sus ramajes al horizonte. La hora era avanzada y la luz del dia nos dejaba ya ver los objetos de una manera confusa. El suelo, cubierto de agua de cuya superficie brillante salia la extremidad superior de la vegetacion herbácea de un verde recalcitrante. En las orillas se reflejaban las altas copas de los árboles que se multiplicaban obedeciendo á la ley física del espejismo. Las luciérnagas y demás insectos fosforescentes, se agitaban sin cesar de uno á otro lado, formando todo aquello un cuadro animado y encantador. Vagando por aquellas soledades y siempre sobre agua, pudimos por fin encontrar un pequeño espacio alto en la orilla del bosque opuesto, en el cual nos apeamos dispuestos á pasar aquella noche.

Los fósforos de que disponíamos estaban completamente mojados, lo mismo que la leña. Era imposible hacer fuego, y no habia mas remedio que renunciar á comer, puesto que los únicos víveres de que disponíamos consistian en un poco de carne de oveja. En el lugar que ocupáramos, tampoco los animales tenian pasto de ningun género. La noche era tenebrosa y segiamos sintiendo los efectos de aquel aguacero que nos acompañó desde primera

hora. Nuestros ánimos estaban un poco abatidos, ya por las contrariedades ofrecidas en aquel día, ya por el cansancio de tan penosa jornada.

Las ropas mojadas no dejaban también de contribuir á ello. Pasamos esa noche mal, y al amanecer del día siguiente, cuyo cariz no indicaba que el tiempo estuviese próximo á mejorarse, nos pusimos en marcha con la esperanza de llegar al Tartagal en donde podríamos descansar de tantas fatigas. El camino no era malo ya dentro del monte, y si bien había algunos pasos mas ó menos fatigosos, no eran nunca muy largos: pasamos algunas cañadas en donde el caballo entraba en agua hasta mojar las monturas, pero nunca hasta ponerlo á nado ni tampoco mas largas de cien metros á lo sumo; íbamos bien hasta llegar á un bañado distante cuatro leguas de las lagunitas ó sea el lugar de donde habíamos salido. Nos adelantamos el Sr. Villagran y yo, con la esperanza de que, aunque largo, podríamos pasarlo á caballo, pero antes de avanzar treinta metros estábamos á nado. Nos volvimos inmediatamente, y ordené á dos soldados que completamente desnudos reconocieran el camino. Entraron los soldados Rojas y Figueroa hasta que el agua los cubrió completamente. No podíamos pues, conocer la profundidad del suelo, ni la distancia que tendríamos que atravesar á nado. Al Sr. Donegani se le ocurrió la peregrina idea de desnudarse por completo para intentar el

paso tirando de su caballo, pero poco mas adelante que los soldados, palpó mayores inconvenientes que de igual modo le obligaron á retroceder. Así y todo hubieramos sin duda hecho el último esfuerzo pasando á nado, seguros de que los animales harian lo mismo, pero ¿cómo pasar las cargas? Pensamos en construir una balsa con algunos troncos de árboles, más para ello eran de imprescindible necesidad una ó dos hachas que habriamos llevado si hubieramos podido prever semejante caso. La pequeña sierra, así como los sables de los soldados y el machete de que nos habiamos valido para abrirnos paso en la quebrada, no eran suficientes al efecto. Salimos á explorar bosque por los alrededores, pero si imposible se nos hacia el paso por el estero, no lo era menos por los pantanos que se nos presentaban ¿Qué hacer? ¿Volvernos después de estar á dos leguas del Tartagal sin cumplir la mision que allí nos habia llevado? ¿Esperar á que cesen las lluvias y baje despues el agua que nos intercepta el paso?—Ni lo uno ni lo otro era en verdad aceptable, lo primero bajo ningún concepto, y lo segundo debia reflexionarse seriamente. ¿Y si siguen las lluvias y la laguna en vez de bajar crece? ¿Y cómo nos proporcionamos víveres durante el indeterminado tiempo que aquí tengamos que permanecer?

El asunto era árduo y las consecuencias podian ser funestas. Dejamos descansar un rato á los

animales aliviandolos del peso de las monturas, y armamos la carpa no con el fin de abrigarnos de la lluvia porque ya no podia mojarnos, sinó con el de hacer fuego para asar un pedazo de oveja, ó por lo menos tomar mate, por que aun podiamos conservar alguna yerva aunque mojada. La cuestión fuego, erá un problema que debiamos resolver á todo trance. Corté un pedazo de yesca de la que me servia para encender mis cigarros, y encendida la agregamos á un pedazo de hilo arancado de la camisa del Sr. Villagran.

Se rompió la prensa que contenia la coleccion vegetal, para hacer astillas, y todos asistiamos á esta operación con gran interés. Soplábamos sin ocuparnos del humo que nos ahogaba, pero en vano eran nuestros esfuerzos: la yesca, lo mismo que el trapo, estaban mojados, y no nos era posible pasar de la ignición á la llama. Repetida esta operación algunas veces sin resultado, se nos ocurrió un nuevo medio, que inmediatamente pusimos en práctica. Los cuadernos del Sr. Donegani venian envueltos en una tira de lienzo y dentro de una pequeña valija. Se buscaron en el acto, y tuvimos trapo perfectamente seco. La esperanza volvió á darnos ánimos para soplar. Se puso en el suelo un pequeño monton de pólvora que se cubrió con el trapo seco: se incendió con la mecha y numerosos puntos en ignición fueron de nuevo apareciendo, por la fuerza de nuestros

pulmones, hasta que por fin exclamamos ¡eureka! las llamas empezaban á carbonizar los pequeños fragmentos de la prensa. Los preparativos empezaron; se trajo la *pava* con agua, se cortó un pedazo de oveja, se hizo el tradicional asador de madera, pero ¡oh decepción funesta! cuando las astillas secas se convertían en ceniza, los trozos de madera que tan cuidadosamente se habían acumulado, permanecían impasibles sin dar señales de combustion. El fuego se esterminó por completo y nuestras esperanzas se vieron defraudadas muy apesar nuestro. La situación no había variado. Una idea del Sr. Villagran, concedor de todos aquellos parages, vino á avivar el deseo de una prueba final. Dos leguas atrás habíamos dejado un sendero que conduce hasta el lugar llamado «Las Lomas» desde donde se puede seguir hasta el Tartagal.

El rodeo era inmenso, además de perder las dos leguas ya andadas; que se convertían en cuatro de camino inútil, contando el regreso. El Sr. Villagran aseguraba la llegada al Tartagal, pero no respondía de mayores dificultades por el pésimo estado del camino que debíamos emprender.

Ensillamos en seguida, y antes de media hora retrocedíamos por la huella que antes habíamos trazado. Encontramos el sendero precitado y por él nos dirigimos en busca de nuevas aventuras. Los ginetes caminábamos sin gran molestia por

aquel verdadero laberinto, pero las cargas eran causa de frecuentes interrupciones. Algunas horas despues, como á las cuatro de la tarde, nos encontramos con una montaña de arcilla pura que parecia venir encima de nuestras cabezas. Su altura no alcanzaria quizá á 200 metros, pero su pendiente era tan rápida, que nos parecia imposible guardar en ella el equilibrio. Habia que subirla irremisiblemente: no habia otro camino, y el propósito de llegar al Tartagal era irrevocable.

Ayudados de los piés, las rodillas, las manos y los codos, llegamos despues de algunos minutos á la cúspide, desde donde se nos presentaba una vista encantadora.

Las mulas de carga pudieron subir auxiliadas por los soldados: unos las tiraban y otros las empujaban. Ya arriba, fué necesario descansar por algun tiempo. Si la subida habia sido arriesgada, la bajada nos parecia temeraria.

La vista se me nublaba, el estómago, me recordaba que sus movimientos peristálticos, se efectuaban en vano durante 48 horas, y la presencia de aquel despeñadero espantoso, quitábame el sosiego. Atar los animales era inútil porque al rodar uno, llevaria tras de sí á todos los que pretendieran sujetarlo. Nos dispusimos, pues, á bajar seguros de que lo harian de igual modo y por el mismo lugar que nosotros eligiéramos. El mayor peligro debian arrostrarlo las mulas cargadas, y en caso

de perderlas serian sustituidas por las que llevábamos de repuesto. Bajamos con toda lentitud y salvo algunas caídas sin importancia, nos vimos en la falda opuesta quitándoseme con tal motivo un peso que me oprimía el corazón. La sierra de estas apartadas regiones de Bolivia se levantaba magestuosa ante nuestra vista, anunciándonos que el Tartagal no estaba muy distante de nosotros. Apurábamos con impetu á nuestros caballos, pero el hambre y el cansancio no les permitia responder á nuestros deseos. Eran ya las 6 de la tarde y con el tiempo lluvioso esperábamos que muy pronto la noche se opusiese á nuestra marcha. Hubo un momento en que, habiéndome apeado para componer mi montura, mis compañeros me ganaron la delantera, y cuando aun no me habia montado, oimos gritos que resonaban en el monte que acabábamos de dejar.

Aquellos gritos precursores de alguna novedad que ignoraba, excitaron mi curiosidad y el deseo de llegar á su lado. Espoleé á mi caballo cuanto pude, y al encontrarme en lo alto de una pequeña loma, comprendí el motivo de su alegría. Un pequeño rancho se divisaba en la orilla opuesta de la pradera, y llegaba por consiguiente la hora de comer y secar nuestros vestidos. Yo no sé si el caballo participaba del mismo júbilo, porque por su cuenta emprendió un galope que me puso en el ansiado lugar en pocos minutos. Nos apea-

mos para dejar salir en seguida á los caballos que buscaban el pasto con tanta necesidad como nosotros el pan, y nos aproximamos á la casa en donde aquellas buenas gentes nos ofrecieron mate y queso que devoramos con afan indecible. Pusimos nuestras ropas colgadas en derredor del fogon, y despues de comer algunos choclos y charque que nos prepararon, buscamos lugar conveniente para tender nuestras camas, Me prestaron dos ponchos de los cuales tendí uno en el suelo para acostarme sobre él y reservé el otro para cubrirme; me quité el resto de la ropa mojada que hice tender para encontrarla un poco mas seca al siguiente dia y seco y bajo techo, aunque la cama era un poco incómoda, dormí como no pudo hacerlo mejor el mismo Mahomed-Ali. Por la mañana del dia 6, permanecemos en cama esperando á que los asistentes secasen siquiera la ropa con que debiamos vestirnos, operación que tardó algunas horas. Nos levantamos por fin para hacer un almuerzo adecuado á las circunstancias, y á la 1 de la tarde nos encontrábamos dispuestos á recorrer las dos leguas que nos separaban del Tartagal. (1)

Por buen camino, y sin ningun obstáculo, llegamos á las 3 de la tarde á tiempo de bañarnos en este pequeño rio que sirve hasta hoy de línea divisoria entre las Repúblicas Argentina y de

(1) Recibe el nombre de Tartagal por la abundancia de tártago (*ricinus communis*) que allí se produce.

Bolivia. La primera novedad que pudimos notar fué una nube de mosquitos para nosotros desconocidos, de color amarillo y forma oval, que le dan punto y raya á todos los zancudos y gegenes habidos y por haber. Ante este mosquito no hay mas remedio que renegar de todas las generaciones dipteras, y resolverse á sufrir sus molestas picaduras.

Pocas horas despues de haber llegado, sentiamos un escozor fuerte y veíamos aparecer por toda la epidermis puesta en descubierto un sin número de ampollas y puntos sanguinolentos. Al dia siguiente el estado de nuestras caras y manos era lastimoso. Los ojos hundidos por la hinchazon de las mejillas, las orejas habian aumentado notablemente su volúmen, y las manos parecian cubiertas por un guante jaspeado. La comezon y el malestar nos hacian á todos prorrumpir en quejas. El monstruoso abultamiento de facciones de mi asistente Rudecindo Ruiz, originado por la misma causa, llegó al extremo de ponerme en cuidado.

CAPITULO XIII

EL TARTAGALTERRITORIO DE LITIGIO - SU SITUACION DEFINITIVA
NUESTROS LÍMITES

Está situado en la falda de la Sierra de Oran que vá de N. E. á S. O. á los 22° 0'16'' latitud S. y 62°55' longitud O. de Greenwich. Existe allí una casa de adobe ya derruida en su mayor parte, con las ruinas de una capilla en el fondo.

Fundó este establecimiento un sacerdote italiano, Martini, con el objeto de dedicarlo á mision de Chiriguanos, y no sé si llegó á existir como tal. Hoy está en poder de D. José Martini pariente y heredero del referido sacerdote y lo dedica á la elaboracion de aguardiente que obtiene con un alambique antiguo y en pésimas condiciones. Hay una estensa plantacion de caña de azúcar de excelente calidad, riquísima en jugos sacarinos pero muy mal aprovechados. Consiguen muy poco guarapo que hacen fermentar para el alambique. El aguardiente que elabora, lo negocia con Bolivia

y se surte de Salta de efectos de bajo comercio, telas ordinarias, tabaco tucumano, azúcar, harina etc., y tiene un pequeño almacén que surte á precio elevadísimo a los gauchos semi-salvajes que viven por sus inmediaciones. Algunos chiriguáños y maticos le sirven de peones y al efecto existen varios ranchos próximos á la casa del señor Martini.

Un pequeño río que lleva el mismo nombre, baña aquella meseta y se pierde á pocas leguas (cinco aproximadamente). Baja de la Sierra con dirección Este y se forma cuatro ó cinco kilómetros arriba del poblado. Fuera de un estrecho y tortuoso sendero que conduce á Caisa pasando por Aguarenda, pequeñas poblaciones bolivianas, y las Misiones, establecimiento de los P. P. Franciscanos, en donde se recogen y educan los indios chiriguáños de las cercanías, son todos aquellos bosques impenetrables hasta cierta altura de la sierra donde naturalmente escasea la vegetación hasta la aridez.

Desde las Quebradas hasta el Tartagal, he venido observando terrenos de calidad excelente. Las barrancas que dejamos en el desfiladero de las Quebradas, muestran una espesa capa de magnífico humus y su viva coloración roja, denuncia la presencia del óxido de hierro que en nada la desfavorece. De allí en adelante, hay siempre una vegetación frondosa sobre un terreno inmejorable,

pero el riego es aquí como en todo el Chaco, la dificultad con que siempre viene á tropezarse. En las proximidades del río, podría alcanzarse por medios mecánicos, pero á medida que uno se aparta hácia el centro, los inconvenientes se hacen cada vez mayores. La topografía especial de todos estos lugares, la accidentacion de su capa exterior, la carencia de pastos, la existencia de las fieras y de la plaga de mosquitos, son otras tantas causas que los inutiliza para el pastoreo, á excepcion de determinados lugares favorecidos en condiciones por la naturaleza, que en su mayor parte están ya aprovechados por los gauchos que habitan estas soledades. El Tartagal está dotado de terrenos férces y de excelente condición. El clima, la igualdad de su suelo como otras tantas cualidades, le favorecen para la agricultura no menos que para el pastoreo. Está cubierto de ricos y variados pastos que crecen altos y abundantes. Allí pueden darse todas las producciones del Chaco y algunas otras peculiares del trópico. La vegetacion es exuberante, y en sus bosques abundan maderas de construccion como el lapacho, quebracho blanco y colorado, hurundey, cedro, laurel, quina-quina, nogal, roble, iguabí, lanza, laurel pino, etc., etc., cuyos usos son de todos conocidos. El Tartagal dista 30 leguas del Campo del Cuervo, y la naturaleza deja ver entre uno y otro punto diferencias notables y á veces cambios radicales. La proximidad

de las montañas, la diferencia del clima y tantas otras causas concurren á explicar este fenómeno. Ocupa las cercanías del río el establecimiento del Sr. Martini (1) en el cual además de la cria de ganados se cultivan algunos pequeños cuadros de tierra que dedican á hortalizas y productos de uso doméstico y una extension considerable de caña de azucar que dedican á la elaboracion de aguardiente. La caña es de muy buenas condiciones y rica calidad, aunque pudiera en mucho mejorarse, si los cuidados con que se la atiende fueran mas esmerados. Hacen el corte de una manera muy imperfecta, y muelen esta caña en un trapiche de muy malas condiciones que desperdicia gran cantidad de guarapo. Esta industria necesita en el país personas inteligentes que la dirijan ó la fomenten en debida forma, con brazos hábiles que bien guiados contribuyan á resultados muy superiores á los que se obtienen en el dia.

El río Tartagal baja desde el N. O. conduciendo las aguas de algunas surgentes que brotan de la falda de las montañas que se divisan en la misma direccion. Es de pequeñas proporciones. Su anchura mide cinco metros por término medio, y desagua á las cuatro leguas próximamente del lugar en que nace. Las aguas corren por él con una velocidad de dos metros por segundo. Así está el río en el es-

(1) Hoy de la propiedad del Sr. D. Manuel Antonio Peña, de Saita.

tado normal, por mas que en la época de abundantes lluvias, reciba todos los desagües de las montañas inmediatas creciendo en términos de remontar las barrancas y anegar todos los campos de las inmediaciones, en especial los de su desagüe hasta una extension superficial á veces de seis leguas. Recorrí ambas orillas en todas direcciones hasta separarme mas de dos leguas sin encontrar una sola abra. Siempre monte espeso y cuajado de malezas, entre las cuales se multiplica prodigiosamente una urticácea de hojas acorazonadas y de gran tamaño. Esta misma planta hemos venido encontrándola en todo el camino en número extraordinario. Vulgarmente hacen de ella aplicacion por sus propiedades eminentemente cáusticas.

El tiempo siempre nublado no permitia tomar alturas meridianas, ni distancias lunares, asi como la cerrazon imposibilitaba al Sr. Donegani para hacer ningun relevamiento. Era pues de imprescindible necesidad esperar un dia claro para determinar las coordenadas y hacer algunos otros trabajos de suma precision.

Los chiriguano peones de la hacienda inmediata, se hicieron muy amigos nuestros y míos en particular que los buscaba para observarlos y corroborar algunas de sus costumbres ó creencias.

Todos los sábados les dá el capataz encargado de la finca dos yombús de guarapo fermentado que beben ellos con tanto gusto como su tradicional

chicha, y desde las seis de la tarde que vuelven del trabajo, forman la consabida rueda en derredor de aquel líquido, y unos encargados de la parte de las cuñas y otros del grito varonil, dan principio al canto y al baile en la forma en que en anteriores páginas queda descrito, y la música dura ya toda la noche del sábado, todo el día del domingo y parte de su noche, con una constancia digna de admiración. Sus costumbres están algo modificadas respecto de las tribus que permanecen en las tolderías, pero conservan siempre su carácter esencial.

Cuando ya llevábamos cuatro días en que el sol no quería favorecernos con su presencia, apareció el quinto trayendo á nuestros ánimos el contento, sorprendiéndonos con su agradable visita.

Se aprovecharon las horas, siempre con el temor de que alguna imprudente nube viniese á interrumpir el curso de las observaciones, pero afortunadamente este caso no llegó y el objeto pudo comodamente llenarse. Se tomó la situación, se determinó la altura de los cerros inmediatos, cubiertos de vegetación permitiéndonos dejarlos señalados y nombrados una vez que en tal concepto no eran conocidos, en la siguiente forma. Al primero y mas alto, en cuya falda se encuentran las surgentes del río Tartagal, se le denominó Roca en honor del Excmo. Sr. Presidente de la República. Al segundo Victorica como recuerdo del

Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, general en jefe de la Expedición. Al tercero Plaza en nombre del Excmo. Sr. Ministro de Hacienda, y al cuarto Irigoyen conmemorando el nombre del Excmo. Sr. Ministro del Interior.

Desde la montaña Roca, baja una pequeña cordillera que se dirige al N. y sigue determinando la division de ambas repúblicas, como limite provisional, puesto que los documentos de fundacion de la Argentina amplian la estension de sus dominios.

Es asunto que sin duda será en lo ulterior arreglado por ambos gobiernos. (1)

Ya terminados estos trabajos, no ofrecia para nosotros mayor interés la permanencia en el Tartagal.

Los mosquitos no nos dejaban un momento en paz, y nos imposibilitaban de hacer ninguna excursion por el monte como hubiera sido mi deseo, pero el temor de cansar caballos, y los efectos de las nubes de tales insectos que por allí vagan, me desanimaban por completo.

Los víveres nos escaseaban, y si bien no nos faltaba que comer, era porque mi asistente Ruiz salia por la madrugada á matar pavas del monte, cha-

(1) He tenido recientemente el honor de ser informante en un «Modus vivendi» firmado por los Excmos. Sres. Ministros de Relaciones Exteriores de esta república y el E. E. y M. P. de la de Bolivia en virtud del cual se establece como límite el grado 22 hasta la interseccion con el Pilecomayo.

ratas y tucanes que son selectos bocados que por estas cercanías hay en abundancia. El tiempo se había compuesto y decidimos nuestro regreso al campo del Cuervo para desde allí emprender la marcha hacia Salta con el Teniente Garmendia y los hombres que para el efecto debían estar esperándonos. Las noticias que de los indios teníamos, nos hacían concebir la esperanza de que nuestro regreso por igual camino, no debía ofrecernos tantas contrariedades.

En la madrugada del día 13, cuando el tiempo se anunciaba recomendándonos proveernos de los sobretodos de aguas, los animales estaban ensillados y los asistentes nos pedían las camas para cargarlas. Algunos días habían pasado sin lluvia, y un vientecito fresco había no poco contribuido á que los caminos se secaran. Nos pusimos en marcha, y el día nublado nos favorecía para hacer una buena jornada.

Buena fué, en efecto. Los caminos se hallaban en buen estado, comparándolos con los que habíamos dejado, y subimos y bajamos aquella terrible cuesta sin mayores dificultades. Con marcha regular y salvando de vez en cuando algún pequeño inconveniente, logramos en ese día ponernos en «El Tunalito», esto es, anduvimos en ese solo día, lo que al subir nos costó tres de insuperables fatigas.

Aquel camino pantanoso de las Quebradas estaba seco; aquel delicioso parage de «Las Lagunitas» nos

dejó fácil paso y todo venía poco á poco á modificarse favorablemente, anunciándonos un cambio completo.

Nos detuvimos en «El Tunalito» con el objeto de hacer algunas observaciones que debieran completar el estudio del cauce del Rio Seco con el cual está en inmediato contacto, y aprovechando la proximidad de la tribu chiriguana que ya me era conocida, fui á hacerles una visita. Los hombres estaban en sus cotidianas ocupaciones del campo y caza, y tan solo el Capitan y todas las cuñas me entretuvieron algunas horas. Me ofrecieron varios vasos de la indispensable chicha, dejaron en honor de mi visita, sus trabajos de alfarería á que en aquel momento estaban dedicadas, y me acompañó el Capitan para enseñarme algunos sembrados que tenian en la orilla izquierda del rio, explicándome con afabilidad sus labores que son por cierto bien rudimentarias y penosas. Algunas palas de jacarandá construidas sólidamente á manera de pequeños remos, les sirven para romper tierra y abrir surcos: dos troncos unidos en su parte inferior con barras de madera fuertemente atados, los utilizan á manera de *grada* tirándolos á brazo; una especie de maza ó pison con el cual ablandan y juntan la tierra no cultivada y algunos palos largos y puntiagudos, cortos y redondos de formas varias que aplican á distintos usos, constituyen todos los aperos con que se auxilian para sus trabajos, sin per-

juicio de emplear como elemento principal las manos con las que hacen casi todo, segun he tenido ocasion de observar. Tienen alguna nocion de la agricultura: saben que tales productos deben ser sembrados en una ú otra época, disponen la plantacion de manera conveniente para aprovecharse del riego, y no desconocen esas generalidades prácticas de todo campesino. No tienen ni remota idea de la preparacion y disposicion del terreno para recibir determinados productos, ni distinguen la clase de tierra á que mas oportunamente deba dedicarse una ú otra planta.

Les hice algunas observaciones que me prometieron tener en cuenta y les enseñé, aunque muy á la ligera, á preparar la tierra y hacer uso de diversos instrumentos que pueden abreviarles tiempo y trabajo facilitándoles mucho la faena. Les construí con cañitas una grada como para darles idea de la forma en que deben hacer otra mayor, esplicándoles el modo de aplicarla, que les gustó sobremanera, si bien tiene para ellos el inconveniente de exigir un animal de que generalmente carecen. Les di una idea del arado de cuchilla, haciéndoles un pequeño experimento con un palo torpemente preparado al efecto, pero logré hacerles ver el resultado, convenciéndolos de que asi logran con menos trabajo en un dia lo que no consiguen en diez con los medios que de ordinario usan.

Me aseguraron que no les será inútil mi lección, que la aprovecharán para ponerla en práctica lo antes posible. Los animé á que lo hicieran, rogándoles que no perdieran las esperanzas aun viendo el mal resultado de las primeras pruebas, porque todas las cosas parecen difíciles cuando no se saben hacer, y todos los instrumentos parecen inútiles cuando no se saben manejar, pero no se retarda mucho el tiempo de ver el premio de los primeros sacrificios. Subieron acompañándome muchos de ellos hasta la toldería, me hicieron algunos obsequios que para ellos tienen gran valor y hay que agradecerseles como tales, y algunos vasos de chicha estrecharon mis vinculos de amistad con aquella tribu de la que conservo muy gratos recuerdos. Pasé el rio, y en algunos claros del monte opuesto, por donde se podia ver la toldería, los veía á todos amontonados hácia el lado del camino para verme marchar.

Salimos del Tunalito un poco tarde el dia 14 con la esperanza de que el sol pudiera aparecer á hora oportuna para tomar alturas correspondientes y poder determinar la meridiana, pero el cariz del tiempo era cada vez peor.

Sin embargo ya á las 11 de la mañana nos decidimos á salir. Todavía no llevábamos una hora de camino y la lluvia se declaró nuestra compañera.

Pudimos llegar hasta el Quebrachal á pesar de la

hora avanzada de salida y del estado resbaladizo de los caminos, pero á paso apresurado, en términos que de seguro no resistirian dos horas mas los animales. Nuestro afan era justificado: deseábamos, atravesar cuanto antes el palmar que estaba recibiendo todo el desagüe del Rio Seco, y pudiera interceptarnos el paso quizá algunos dias, en caso de que las aguas se eleven hasta ponerlo á nado, pero se disiparon nuestros temores el siguiente dia que al llegar á San José adquirimos noticias por medio del Sr. Villagran de las que se deducia la posibilidad de atravesarlo sin peligro. La vista de aquel palmar es encantadora. La casa de la estancia queda en una pequeña loma desde la cual se divisa perfectamente claro. Es una estensa superficie admirablemente nivelada por las aguas que tranquilas reflejan el coloreado cielo adornado de blancas nubes que contribuyen á aumentar su belleza.

En medio de este espejo, se levantan magestuosas é innumerables palmeras de iguales dimensiones y repartidas con simetria, que se esparcen hasta perderse de vista allá en el horizonte cerrado por la cordillera de la Sierra de Oran cuyas montañas apenas se distinguen como sombras gigantescas. Numerosas bandadas de patos de múltiples colores y *teros*, daban animacion á aquel delicioso paisage. Solo y silencioso contemplaba tan bello espectáculo que la naturaleza ofrece por estos de-

siertos y sumido en mis meditaciones dejaba pasar las horas de descanso, hasta que oí la voz de mi asistente que me llamaba á almorzar.

Unas pavas y algunas menudencias que se le agregaron, nos pusieron en disposicion de emprender la marcha confiando llegar á tiempo de comer á «La Soledad» en casa del Sr. Villagran, y ya á la corta distancia de tres leguas del Campo del Cuervo, nuestro punto de partida para Salta.

Todas mis ilusiones y mi encanto con la belleza del palmar contemplado desde la loma de San José, se perdieron ante aquella tristísima realidad. Todas las aguas conducidas por el Rio Seco durante las torrenciales lluvias pasadas, todas aquellas vertientes que nosotros habíamos atravesado con riesgo de ahogarnos, todas las que, en fin, habían caído sobre las montañas fronterizas de Bolivia, vinieron á parar allí, inundando una superficie de ocho ó diez leguas cuadradas. El camino era accesible por determinados lugares que el Sr. Villagran como vaqueano conocia, pero el lodazal era digno de verse. Los caballos se metían hasta hacer llegar la superficie del suelo á las monturas; los animales cargados tambaleaban ó se hundían en los frecuentes pantanos originando con tal motivo molestias y á veces improbas dificultades para poderlos sacar.

Así estuvimos algunas horas en angustiosa faena para poder salir de aquel atolladero, hasta que fue-

ra de él nos preparamos de nuevo para llegar al fin de nuestra jornada.

Se hizo un descanso para dar resuello á los animales, cuyo tiempo se entretuvo en limpiar y acomodar las cargas á la vez que nuestras monturas, y una hora despues marchábamos hácia La Soledad.

Cantaban los soldados contentos por la proximidad al campamento, y apresurábamos el paso por esteros y bosques para llegar con dia á nuestro destino.

Ya al anoecer se veía el humo de la casa del Sr. Villagran á la cual llegamos en pocos minutos.

Despues de esta marcha laboriosa, la gente rendida acomodó apresuradamente las cargas y ensillados, comió opíparamente gracias á la amabilidad de la Señora de Villagran y poco tiempo despues reinaba la tranquilidad absoluta.

Al amanecer del siguiente dia ordené la salida hácia el Campo del Cuervo en donde debíamos reunirnos al teniente Garmendia y el resto de nuestra gente.

Llegamos en tres horas al campamento y allí descansamos ese dia con el objeto de ordenar los datos y estudios de mi excursion y preparar convenientemente lo necesario para emprender de nuevo la marcha para Salta.

CAPÍTULO XIV

DE REGRESO

CAMINO DE LAS HACIENDAS—SALTA—INFORME FINAL

Ya se trataba de caminos conocidos y nuestras jornadas debían ser fáciles y rápidas.

Con efecto, salimos por el camino de las haciendas en el cual nos orientamos pasando por las cercanías de Orán y siguiendo por el Tabacal (hermosa finca del Sr. Delfin Leguizamon) alcanzamos en esta jornada á dormir en las juntas del río San Francisco.

Detúveme allí parte del siguiente día á fin de reconocer este poderoso afluente del Bermejo; recorrí la desembocadura, subí la ribera hasta cruzar las vertientes del Río Colorado examinando las salinas que se encuentran en este lugar y emprendimos la marcha para llegar á pernoctar en Río de las Piedras, pequeña población situada á orillas del río de su nombre en la rica y valiosa finca del mismo Sr. D. Delfin Leguizamon.

Esta finca, como las que se encuentran en todo

el camino de las haciendas, se dedican á la elaboracion de azúcar y respecto de las cuales he dirigido al Superior Gobierno un detallado informe constatando sus condiciones agricolas y haciendo reflexiones racionales sobre su porvenir.

No incumbe á la índole del presente libro este género de estudios, por cuya razon hago de ellos caso omiso.

Asi fuimos pasando por San Lorenzo, Ledesma, San Pedro hasta Campo Santo, todas fincas de igual naturaleza, para llegar á las 3 de la tarde del dia 28 de Marzo á las proximidades de Salta.

En las inmediaciones de Ledesma, hállanse las manifestaciones petrolíferas á que las instrucciones hacen referencia, pero el estado pésimo de mis animales, no me permitió apartarlos del itinerario propuesto. (1)

Al pasar por las Lagunitas, se presentaban á nuestra vista los postes del telégrafo. Sentí una conmocion de respeto y el impulso de arrodillarme y descubrirme en presencia de aquella manifestacion de la civilizacion. ¡Cuántas consideraciones nos sugerian aquellos mudos representantes del progreso!....

Hicimos alto en una posta (Los Algarrobos) cer-

(1) Posteriormente hice una exploracion por las sierras de Cachipunco, Lumbrera y Santa Bárbara en donde estudié detenidamente esta formacion petrolífera y cuyos informes fueron publicados con oportunidad.

cana á la ciudad, esperando la noche para entrar en ella, evitando así el espectáculo de nuestra presencia. Nuestros vestidos no eran presentables y nuestro aspecto no nos abonaba en el concepto de quien nos viera. El que tenia camisa no tenia pantalon; el que tenia sombrero no tenia botas y así andábamos todos mal de equipo. El pelo y la barba crecidas y enmarañadas, la tez negra y arrugada por nuestras pasadas fatigas, nos daba una apariencia muy poco favorable y lisongera.

Debíamos, para entrar, esperar la noche.

Ya á las siete de la tarde, veíanse desde el Portezuelo las luces de la ciudad. ¡Qué efecto grandioso para nosotros, ver tantas luces reunidas!

Aprontamos nuestro convoy y bajamos a Salta por cuyas calles pasábamos á las 8 1/2 de la noche.

Nos dirigimos al Hotel de la Paz en donde en un principio nos tomaron por facinerosos y calmada la natural alarma de sus propietarios nos dieron el alojamiento que buscábamos.

El bullicio, el movimiento de gentes, el ruido de los billares, eran todas novedades que producian en mí un efecto mágico. Ya estoy en medio de los míos. Ya no tengo las cargas y preocupaciones que me abrumaban por momentos. Ya se acabaron los peligros. Ya no me asaltan durante el sueño las ideas que me quitaban el sosiego. Ya no hay fieras ni salvajes. Ya no grava sobre mí la respon-

sabilidad que hasta ayer me oprimia. ¡Loado sea Dios!

Acomodé la gente como pude, mandé las mulas provisionalmente al corral de la policía y empecé desde ese momento á gestionar el modo de poderme vestir el dia siguiente.

Habia en el hotel un piano que intenté en vano tocar. Las manos callosas, negras y endurecidas, no eran compatibles con la blancura y suavidad del teclado.

Mis dedos eran garrotes que no se avenian á ejecutar el mas sencillo arpegio. No respondian en nada á mis deseos de tocar con limpieza ni aún los mas fáciles estudios.

Dormí esa noche como no lo habia hecho durante las numerosas de expedicion. Un solo y profundo sueño fué interrumpido la mañana siguiente por uno de mis asistentes que me traia café, lujo que desde mucho tiempo atrás no me habia permitido.

Dediqué esa mañana al aseo y arreglo de equipo para poderme presentar entre gentes. Un baño á jabon y cepillo y *papel de lija* que quizás nos hiciera falta; una prolongada operacion barberil en la que el *figaro* lució con nosotros toda su habilidad en el arte y aceptadas las ropas que primero pudimos proporcionarnos, salí recien á visitar al Excmo. señor Gobernador que ya tenia noticia de nuestra llegada.

Hice entrega de la escolta, mulas, aparejos y demás enseres de propiedad de la nacion, conferencié largamente por telégrafo con el Excmo. señor Ministro y volví al hotel para ordenar la retirada de los soldados de mi escolta.

Valientes, sufridos, arrostraron impávidos todas las fatigas de tan ruda campaña, sin una sola queja, sin que una sola vez les haya notado un gesto de desagrado. Cada palabra de despedida me oprimia el corazon: cada protesta de respeto y de cariño me producía un sentimiento inexplicable. ¡Cuántas veces expusieron su vida á mi lado! ¡Cuántas veces acudieron solícitos á salvar la nuestra en peligro! ¡Cuántas veces, acosados por el hambre ó la sed, llegaron á mi carpa radiantes de júbilo á ofrecerme la carne ó el agua que ansiábamos!..... Siempre contentos, siempre cariñosos, siempre dispuestos á obedecer mis órdenes ciegos y decididos.

Los abracé uno á uno y me ofrecí á cada uno de ellos con todo corazon.

No tengo ningun inconveniente en declarar que lloré al despedirme de ellos, así como tuve gran satisfaccion en verlos hacer lo mismo.

Es preciso conocer de cerca y en estos casos estremos, al soldado argentino para poderlo estimar en todo cuanto vale.

Forzoso es ahora ocuparse de un *personaje* que abandonamos en el Campo del Cuervo, para inte-

grar en detalle esta narracion. Es mi indio Leopoldo, el hijo de Ouk-Koh,

Habiase quedado en el campamento al cuidado de un asistente y a cargo del teniente Garmendia. Hizo la marcha hasta Salta á la grupa con los soldados que se lo disputaban y llegó á esta ciudad *á cuerpo pelado*: era en un principio el objeto de curiosidad de las gentes y en particular de los chiquillos, que venian á visitarlo al hotel.

Hablaba como una cotorra en mataco y empezaba ya á pronunciar alguna palabra en español enseñada por los soldados, que entretenian parte del dia en eso.

Admitió sin gran violencia la camisa pantalon y saco, pero armó una gran gritería cuando le pusieron zapatos. Se sentó en el suelo y empezó mas tarde á moverse caminando á gatas y arrastrando las rodillas. Los asistentes se encargaron de adiestrarlo en pocas horas.

Mi permanencia en Salta debia ser corta pero el tiempo se me pasaba allí como por encanto. El Sr. Coronel D. Juan Solá, Gobernador de la Provincia me obsequió el primer dia con una espléndida comida á la cual asistí con el Sr. Donegani y el comandante Ibazeta. El siguiente, les di yo otra modesta, á la que asistió él con las demás autoridades y personas de significacion en la localidad. De fiesta en fiesta, de banquete en banquete, de

visita en visita, iba insensiblemente pasándoseme el tiempo sin recordar mis quehaceres.

Cuando ya empezaba á disponer mi viaje hacia la capital, un fuerte dolor al costado me arreciaba hasta el extremo de no poderlo soportar. Guardé cama y despues de esas aplicaciones de práctica sin éxito, me vieron los Dres. Quintana y Tedin que declararon que mi dolencia requeria sérios cuidados á fin de evitar consecuencias que pudieran revestir caracter de gravedad.

Tenia una afeccion al hígado que me producía gran molestia y ratos muy desagradables.

Los cuidados y atenciones dé los referidos Dres. la solicitud y afabilidad de las personas conocidas de aquella hospitalaria ciudad, me llenaban de satisfaccion de dia en dia. El Sr. Gobernador y ministros como cada uno de mis demas amigos particulares, venían frecuentemente á visitarme y ofrecerme sus servicios.

Llegó momento en que mi estado no era muy satisfactorio y no juzgaban conveniente mi permanencia en el hotel por el ruido y el deficiente servicio. El Sr. D. Vicente Garcia me hizo trasladar á su casa particular, en la cual me asistió durante cerca de un mes, con el esmero y cariño que pudiera hacerlo un hermano.

Estas manifestaciones de aprecio no son remuneradas con la sola expresion del reconocimiento. Yo guardo para ellos y especialmente, en este

caso para el Sr. Garcia el sentimiento de mi mas profunda gratitud.

Ya en la convalecencia, recibia diariamente atenciones y obsequios capaces de hacer volver á la vida á un esqueleto.

Con tales confortativos estaba yo á los ocho dias fuerte y robusto, capaz de empezar otra campaña.

Algunos dias mas en Salta gozando de su selecta y amable sociedad y ya por completo restablecido, ocupaba el dia 24 de Mayo un lugar en la Mensageria que hacia el trayecto hasta Tucuman.

Habia ya despachado al Sr. Donegani á principios del mes y hacia yo solo en compañía del indiecito y un asistente, mi viaje hacia Buenos Aires.

Cuando á mis compañeros de viaje les oia quejarse de lo incómodo de la diligencia ó del camino, me parecía que pedian gollerias.

Yo encontraba aquel camino sembrado de flores y el viage, un delicioso pasatiempo. Ocho dias hasta Tucuman, cuya ciudad no he tenido tiempo de ver por que llegamos de noche ya algo rendidos por la inacción en la diligencia durante tanto tiempo, y debia tomar el tren por la madrugada del dia siguiente.

Dos dias mas de ferro-carril, para ir hasta Córdoba y el Rosario en donde tomé el vapor «Tridente» que me trajo á Buenos Aires el dia 5 de Junio.

Ya volvian las cosas á su ser y estado natural. Ya se iniciaba el periodo de mis tareas diarias. Ya entraba en la monotonía de la vida sin azares, sin aventuras, sin impresiones. Todo tranquilidad sosiego, calma.

Hice mis visitas oficiales, y consagré en seguida mi tiempo á los trabajos de gabinete, dar forma á mis desordenadas notas, organizar metódicamente las colecciones para su clasificacion y estudio y preparar las cosas para dar principio á la redaccion de la memoria general que ya fué presentada al Gobierno de la Nacion.

Entretanto, en calidad de informe parcial complemento de los anteriores, dirigí al Sr. Ministro el que transcribo.

*Al Excmo. Sr. Ministro de Guerra y Marina,
General Dr. D. Benjamin Victorica.*

Exmo. Señor:

Con el fin de informar al Gobierno Nacional sobre los servicios prestados por la Comision de mi cargo hasta el término de su cometido en la Expedicion al Gran Chaco á las órdenes de V. E., empiezo con esta fecha á escribir un libro en el cual se manifiesten de una manera taxativa y clara. las condiciones en que, á mi modo de ver, se encuentra aquel estenso territorio tanto bajo el concepto científico, cuanto en el industrial y de utilidad inmediata. Empiezo desde ahora, Exmo. señor, por recomendarme á la reconocida bondad de V. E., que mejor que nadie sabe que no he contado con algun elemento de auxilio ni en el sentido científico, ni en el práctico, acojiéndome al art 7^o de mis instrucciones que á la letra dice: «Al regreso de la Expedicion y despues de ordenados y dispuestos los trabajos y colecciones, el jefe escribirá una obra, cuyo detalle y extension estará en relacion con el auxilio y elementos de que hubiera dispuesto, en la cual informe al Gobierno del resultado de sus trabajos.» Las colecciones adquiridas, repetidas veces han sido destruidas por

los rigores del clima ó los accidentes de las marchas, el calor excesivo, las lluvias torrenciales, el paso de los ríos, son otros tantos obstáculos para su conservación. A pesar de todo, obran en mi poder ejemplares suficientes para dar cumplida idea de la fauna y flora de aquel país, que á su debido tiempo serán dispuestos y clasificados convenientemente.

Con fecha 21 de Enero informaba a V. E. sobre observaciones anteriores y no tengo noticia de que aquel informe haya llegado á su poder. En él significaba una vez mas la constancia é igualdad con que se manifiestan los fenómenos naturales en el Chaco. A los pocos días de llegar á Puerto Bermejo, analicé aquel terreno: este fué el resultado: Un kilogramo de tierra contie—

Gramos

Arena fina	832
Arcilla.	72
Acido húmico.	18
Materias orgánicas (insolubles en los alcalis)	19.92
Carbonato de cal.	7.62
Carbonato de magnesia.	0.20
Potasa.	0.30
Ácido fosfórico.	0.56
Humedad.	40.40
	<hr/>
	1000.00

Mas de una vez he repetido estos análisis encontrando siempre las mismas sustancias si bien las proporciones varian con alguna frecuencia. En el fuerte «Victorica» á una distancia de 800 kilómetros próximamente de «Puerto Bermejo», en un kilogramo de tierra encontré.

	Gramos
Arena.	813
Arcilla.	87.10
Ácido húmico.	19
Materias orgánicas (insolubles en los álcalis)	18.75
Carbonato de cal.	9.84
Carbonato de magnesia.	0.10
Potasa.	0.30
Ácido fosfórico.	0.50
Humedad.	51.36
	1000.00

Como se vé, la formación del Chaco es siempre la misma y si bien hay lugares en donde la capa vegetal adquiere un considerable espesor, otros hay y es en su mayor parte, en donde estensos arenales cubren el terreno haciéndole estéril para toda producción excepto el vinal y el chañar que se producen en ellos abundantemente. Los frecuentes cambios del lecho del río son de ello la causa principal.

Todos los terrenos próximos al río son bajos y por consiguiente anegadizos durante la época de

las aguas, condicion que si bien los favorece para cierto género de producciones, los hace en cambio totalmente inhabitables. Ya separándose algunas leguas de la costa, la vegetacion empobrece visiblemente. El carácter típico de la flora subtropical se deja á penas sentir á causa de la escasez del agua. Rara vez se encuentra algun madrejon cuyas aguas son permanentes, quizá sostenido por corrientes subterráneas. Estas corrientes no escasean en el Chaco á mayor ó menor profundidad, motivo por el cual he tenido el honor de manifestar á V. E. en anteriores informes, que segun creo no es un imposible la irrigacion. Si esta dificultad capital llegara á vencerse, seria sin duda alguna aquel país un emporio de riqueza dadas las vias de comunicacion. Para la cria de ganado ofrece condiciones inmejorables, abundantes y variados pastos de selecta calidad, trebol, cortadera, gramilla, cebadilla, cola de zorro, caña, pasto dulce, pasto crespo, etc., contando además con los frutos del mistol, la tusca, el vinal, el chañar, el agarrobo y otras leguminosas, que son como alimento preferibles al maíz. Los campos son de considerable estension y todos circundados de monte cuya sombra buscan ávidos los animales durante las horas de sol fuerte, asi como tambien la hojarasca puede servir de alimento en cualquier accidente imprevisto.

Es notable el gigantesco tamaño que llega á

alcanzar el ganado vacuno y en particular las vacas que por regla general se reproducen á los dos años.

Cuando nos aproximamos al Chaco salteño es verdaderamente doloroso contemplar aquellos terrenos en el mismo estado que se encuentran los del desierto. Entre el Chaco salteño y el Chaco salvaje es casi insignificante la diferencia que existe. La desidia é indolencia de aquellos pobladores es en alto grado punible. El gaucho chaqueño revela una manifiesta aversion al trabajo. Vive miserablemente en un mal construido rancho en donde aglomera sus enseres, carne, charqui, etc., que desprenden miasmas insoportables, y por la noche tiende cueros en el suelo, sobre los cuales duerme toda la familia de ambos sexos y los viajeros que le piden hospitalidad. Se alimenta no siempre de carne y generalmente de choclo (maiz tierno) y queso. La misma manera de elaborar sus quesos es rudimentaria y no aprovechan para nada la leche de cabra ni de oveja. Salen al monte con objeto de buscar hacienda alzada, y si tienen la suerte de encontrarla, la enlazan y despues de atada y averiguada su marca, se presentan al dueño para reclamarle una cantidad por su servicio, esto es, si antes no la benefician por su cuenta. Con este género de vida, no se dedica este gaucho al cultivo y explotacion de infinidad de productos de indisticutibles resultados. El añil

que se produce abundante y silvestre, la plantación de la yuca ó mandioca cuya extracción del almidón es tan fácil, el algodón que sobresale entre inmensos bosques de malváceas en cantidad extraordinaria; el trigo, la cebada, el arroz y demás cereales que se producen sin requerir grandes cuidados; la batata, el melón, la sandía, el zapallo que pudieran moderar en algo su vida sedentaria; el maní, distintas clases de habichuela (porotos) y tantas otras legumbres de inmejorable condición, pudieran ser el premio de la laboriosidad bien entendida de cualquiera de estos gauchos. El azafrán y el café han sido sembrados por curiosidad, obteniéndose un resultado satisfactorio. Suele como rareza verse alguna plantación de plátano, tamarindo, zorgo y caña de azúcar en un estado de vigor y lozanía que invita al cultivo.

Los indios chiriguano tienen en derredor de sus rancherías estensos sembrados que vienen á corroborar firmemente mi opinión de que si los gauchos chaqueños fueran menos desidiosos, no se verían en la vergonzosa necesidad de recurrir á estos para proveerse, á veces por la fuerza, de todos estos productos.

El chiriguano está, en cuanto á cultura, bastante más adelantado que los gauchos bolivianos establecidos en el territorio chaqueño comprendido entre el «Tunalito» y «El Tartagal.» Es un indio aseado, sus ranchos están perfectamente atendi-

dos y cuidados; es trabajador y asiduo en el cumplimiento de sus deberes: lástima es, en verdad, que no cuenten con elementos que les faciliten el trabajo. Algunas palas de madera y las manos, son todos sus instrumentos agrícolas. En todos los lugares próximos á ríos en donde la tierra está húmeda por infiltración y en donde además es tan fácil el riego, las condiciones de todos estos terrenos son inmejorables para todo lo que quiera dedicárseles. Hasta ahora están en el mismo estado que los de Presidencia Roca ó los de la Canguayé. Toda esa zona dedicada al cultivo de la caña de azucar (*sacharum officinalis*) no dejaría de producir resultados pingües.

La caña del Tartagal riquísima en sustancias sacarinas, la explotan tan solo para la elaboración del aguardiente, perdiendo gran cantidad de guarapo en un inútil trapiche movido por agua y sin embargo el negocio se sostiene y produce.

Desde el Campo del Cuervo hasta el Tartagal, situado á los 22°0' 16'' latitud Sud 62° 55' longitud Oeste de Greenwich se encuentran siempre campos fértiles. La cordillera chiriguana y los cerros de Oran que se pierden allá en el horizonte, circundan un considerable espacio formando una especie de valle de encantador aspecto.

Un estensísimo palmar (*copernicia cerifera*) en donde viene á dejar sus aguas el río Seco, es el que inicia claramente la transición de la flora sub-

tropical á la tropical. La naturaleza de la vegetación sufre una radical metamórfosis. Los árboles empiezan á tomar proporciones gigantescas y el bosque es espeso y prolongado: hemos hecho marchas en las cuales no percibimos durante horas los rayos del sol. Las maderas mejoran notablemente de condición y abundan las de igual calidad en zonas determinadas. El palosantal está cubierto en algunas leguas de este árbol tan apreciado. El quebrachal está caracterizado por inmensos bosques de quebrachos colorados y blancos. Extensos sebilares entre los que suelen verse algunos lapachos, sin perjuicio de que no escasean bosques en los cuales no predomina marcadamente ningun árbol. Las cercanías del rio Seco y sus vertientes, están cubiertas por sauzales, bobadales, cañas y saúcos. Ya pasado el Tunalito, bañado por el rio Seco, se nota marcada diferencia en los accidentes del terreno. El lugar denominado «La Quebradita» está formado por promontorios de terreno completamente cubierto de bosque. El único sitio que deja paso accesible, es un pequeño riachuelo que serpentea entre imponentes despeñaderos; los troncos de los árboles caidos, los frecuentes y extensos pantanos y las abundantes aguas que á la sazón corrian, nos ofrecian á cada paso serias dificultades. Estas lomas no son aprovechables por lo menos en las actuales condiciones por la abundancia de fieras, la innumera-

ble cantidad de mosquitos y otras tantas causas que no dejarían permanecer allí animal doméstico alguno. Pasado este inconveniente, y salvo una colina arcillosa que se encuentra seis leguas antes del Tartagal, el terreno vuelve á adquirir las condiciones anteriores. En «Las Lomitas» (terreno algo accidentado próximo al Tartagal) existen algunos manantiales de petróleo de selecta calidad, pero de escasa importancia por la corta cantidad en que se produce.

Hay otro manantial muy próximo á los terrenos de la pequeña poblacion, como media legua al O. de esta, que puede ser mas importante. Es de agua sulfurosa cuyas cualidades son de gran analogia con las afamadas de Mondariz (España, Galicia). Empieza desde alguna distancia á notarse el característico olor del ácido sulfídrico: surge de una hendidura de una piedra calcárea y se deposita en una pequeña laguna formada naturalmente en su base, bajando despues á esparcirse por pequeños arroyuelos que la absorben á corta distancia. Sale á una temperatura de 21° c. Se produce en muy pequeña cantidad y es perfectamente clara. Sometida á un análisis cualitativo resultan predominando en ella el cloruro de sodio, ácido silícico, bicarbonatos de sosa y magnesia, sulfatos de sosa y cal. Fácil es apercibir en ella la presencia del ácido carbónico y no en muy corta dosis.

Es pequeña la cantidad en que se produce pero

por sus inmediaciones hay infiltraciones cuya he-
diondez y demas caracteres, no dejan duda que
son de la misma agua, lo cual nos autoriza á creer
que dilatando su salida ó valiéndose de cualquier
otro medio para hacerla reunir en un lugar
apropiado, la cantidad debiera ser suficiente para
embotellarse y poder sacar de ella algun resultado.

Sus usos son harlo conocidos, é infortunada-
mente, las afecciones que la requieren, bastante
generalizadas.

En las inmediaciones del rio Tartagal, existe
un terreno arcilloso de color rojizo á causa del
hierro que contiene, abarcando una extension de
mas de dos leguas y cuyas condiciones para la
alfareria ó cerámica, son insuperables. Las ba-
rrancas del rio enseñan a veces una capa de cer-
ca de un metro de espesor de este rico terreno.

En casi todos mis informes hago á V. E. espe-
cial recomendacion de las maderas de todo el
Chaco, que son sin duda alguna, inmensa rique-
za explotable muy en breve. El temor á las tri-
bus salvajes, es ya hoy injustificado; las pocas que
quedan se han reducido ante V. E. y si este so-
metimiento no inspirara confianza, los fortines
ya establecidos son sobrada garantia para el ca-
so. El medio de transporte mas factible en todo
el territorio, no muy costoso ni dificil de llevar á
efecto, es la construccion de un palo-carril, cu-
yos materiales están á mano y cuyos brazos son

de fácil adquisición, puesto que los mismos indios recibirían favor en servir de peones mediante un exiguo estipendio, y los soldados penados pudieran ser en estos trabajos dedicados á algo útil. Los accidentes del terreno no pueden ser mas favorables y si bien la condicion de anegadizos es una dificultad, no es esta invencible. Se reduce á llevar la linea fuera del nivel de las inundaciones lo cual no significa mas que aumento del trabajo. Ruego á V. E. medite y consulte este punto, seguro de que la mayoría de opiniones se inclinará á la realizacion del proyecto. Este paso, Excmo. Señor, es de importancia capital é imprescindible necesidad. Sin él, las producciones y la riqueza del Chaco, son vana quimera, si allí tienen que podrirse. El país importa maderas de construcción de muy inferior calidad á cualquiera de las que tanto abundan en el Chaco.

La familia de las leguminosas es la que predomina en todo el país cuyos árboles enlazados por corpulentas enredaderas, forman extensísimos bosques. Clematis, passifloras, echites, ureras, zinnias, tillandsias (particularmente la especie usneoides), bromelias vervenas y tantas otras plantas y flores contribuyen á darle una belleza original. Son muchas las clases de madera que se encuentran siempre repartidas en zonas, en las cuales abunda un árbol determinado. Entre ellas son de utilidad y merecen especial mencion las siguientes:

FAMILIAS

Algarrobo.	<i>Prosopis nigra</i>	Leguminosa
« blanco.	<i>Prosopis alba</i>	Id.
Algarrobillo.	<i>Acacia moniliformis</i>	Legum
Tatané.	<i>Porliera hygrométrica</i>	Zygophyllea
Mora.	<i>Maclura mora</i>	Urticacea
Lapacho.	<i>Tabebuia flavescens</i>	Bignon
Palo santo.	<i>Bulnesia Sarmienti</i>	Zygoth
Palo amarillo.	<i>Chuncoa triflora</i>	Combretácea
Palo blanco.	<i>Calycophyllum multiflorum</i>	Rub.
Palo mataco.	<i>Achatocarpus nigricans</i>	Id.
Pacará.	<i>Enterolobium Timbowa</i>	Legum
Palo de lanza.	<i>Mirsine marginata</i>	Id.
Brea.	<i>Coesalpinia præcox</i>	Papil
Sebil colorado.	<i>Piptadenia cebil</i>	Legum
« blanco.	<i>Piptadenia communis</i>	Id.
Mistol.	<i>Zyzyphus mistol</i>	Ranncæ
Ibiraró	<i>Ruprechtia virarú</i>	Polygonacea
« negro.	<i>Ruprechtia salicifolia</i>	Id.
Quebracho colorado.	<i>Loxopterygium Lorentzu</i>	Anacard
« blanco.	<i>Aspidosperma quebracho</i>	Apocynæa
Urunday.	<i>Astroniums juglandifolium</i>	Anacard

FAMILIAS

Laurel.	Emmotum apogon.	Olacinea
« blanco.	Ocoteo suaveolens.	Laurinea
« negro.	Nectandra porphiria.	Id.
« amarillo.	Strychnodaphne suaveolens.	Id.
Palo San Antonio.	Pentapanæ engellicifolius.	Araliac
Palo ó palo fuerte.	Myrsine floribunda.	Myrsinea
Tipa.	Machaerium fertil.	Legum
Guayabo.	Psidium guaiava.	Myrtacea
« (var).	P. pomifera.	Id.
Guayacan.	Caesalpina melanocarpa.	Id.
Chañar.	Gourliera decorticans.	Papilion
Vinal.	Prosopis ruscifolia.	Legum
Palo de la cruz.	Tabebnia nodora.	Bignoniacea
Mato.	Eugenia mato.	Myrtacca
Arrayan.	Eugenia uniflora.	Id.
« (var).	Blepharocalis cisplatensis	Id.
Talco ó tarco.	Jacarandá chelonia.	Bignoniacea
Yuchan ó palo borracho	Chorisia insignis.	Bombacea
Tala.	Celtis tala.	Urticacea

FAMILIAS

Molle.	Moya spinosa.	
“	Lithræa gilliesii.	
“	Durana longifolia.	
“	“ latifolia.	Anacardiacea
“	“ precox.	
“	“ fasciculata.	
“	“ sinuata.	
“	“ orata.	
Ñandubay.	Prosopis algarobila.	Legum
Churqui.	Acacia cavenia.	Id.
“ (var).	Prosopis ferox.	Id.
Coronillo.	Gamgandra amorphoides.	Burs
“ colorado.	Scubia bustifolia.	Rhamnea
Palmera.	Copernicia cerifera.	
Pino.	Podocarpus angustifolia.	Conifera
Tusca.	Acacia aroma.	Legum
Guayaví.	Patagonula americana.	Borraginea
Ibarò.	Ruprechtia excelsa.	Polygonacea
Sombra de toro.	Agonandra excelsa.	Olacinacea
Sombra de toro macho.	Jodiña rehombifolia.	Santalacea
“ ó quebrachillo.	Maytenus ilicifolia.	Celastrinea
“ “ hembra.	Acanthosyris spinescens.	Id.

Sin perjuicio de encontrarse no en escaso número, porcion de maderas que por su corto volumen, poca compactibilidad y peso no son de utilidad ni aplicacion preferente. Zonas hay en donde abunda la morera y creo que sin grandes dificultades pudiera reproducirse el gusano de seda. Vive en estas moreras una araña *epeire* cuyos hilos amarillosos y brillantes no son de menos resistencia que la seda misma. He guardado algunos ejemplares de esta seda que estudiaré á la vez que las colecciones, augurando á priori resultados de alguna utilidad.

En el camino denominado *de las haciendas* seguido por mi Comision desde el Campo del Cuervo hasta Salta, se observa la abundante presencia de una *Bougainvillea* que por los naturales recibe distintos nombres: unos la llaman *duraznillo*, otros *retama*, otros *pica-cuer*. etc.

Los campos están cubiertos de malváceas y compuestas, sobre las que se elevan innumerables *ricinus* que alcanzan a veces tres y cuatro metros de altura. El algodouero se encuentra rara vez. Una notable variedad de gigantescos *cactus* ocupan gran parte del camino adornados por bellas enredaderas de flores embudadas é infundibuliformes de vistosos y variados colores y de formas caprichosas. Agi silvestre (*capsicum microcarpum*); una planta tuberculosa que los indios denominan *toloj* y que utilizan su raiz acuosa á falta

de agua (parece ser una Timelácea) en medio de inmensos malezales, es la flora que caracteriza aquellos lugares. Los terrenos no admiten nada que los mejore: rico humus, tierra no cansada y con agua mas que suficiente á cortas distancias, esto es, á distancias en que no ofrece dificultad alguna la irrigacion. El punto donde desagua el rio San Francisco en el Bermejo, parece señalado por la naturaleza para el establecimiento de alguna industria. El S. Francisco forma una pequeña delta que recoge las aguas de sus dos brazos (en época normal) y las acumula en un punto dado de donde se precipitan con violencia en el Bermejo, desarrollando una fuerza capaz de mover una poderosa máquina.

Una fábrica de curtidos no tendria grandes molestias para proveerse de sus elementos necesarios, porque todos estos bosques estan llenos de sébiles, quebrachos molles (el *durana longifolia* y *durana latifolia* son excelentes para el caso).

Desde las juntas del rio arriba por el Bermejo, empiezan á notarse como á los doce kilómetros numerosas eflorescencias salinas encontrándose á corta distancia grandes depósitos de sal comun (cloruro de sodio).

Los únicos sembrados que se ven, se reducen á algun pequeño cuadro de mal preparado terreno en el cual se les producen algunas legumbres y zapallos sembrando el resto de maiz. Fuera de

este pequeño cuadro, están aquellos inmejorables terrenos abandonados á monte para pasto de sus majadas, en una extension que quizá exceda de sesenta leguas.

Rio de las Piedras es la primera finca seria que por este camino llega á encontrarse. La necesidad de aprovechar la bajante del rio nos hizo salir de allí precipítadamente, por cuya razon no tuve el gusto de visitarla. Su caña es riquísima y no parece estar descuidada en su cultivo. Un pequeño poblado del cual la principal casa es la de vivienda del ingenio, nos anunciaba la llegada á S. Lorenzo. Esta finca abarca una extension respetable y está dotada de todas las ventajas deseables. La caña es de superior calidad pudiéndosele calcular de 10 á 11 de sustancias sacarinas si bien su disposicion en los cañaverales no revela la mayor inteligencia en el cultivo.

La cantidad y la calidad de la caña le hacen suponer al medianamente práctico en la materia que la finca debe producir cómodamente de 40 á 50 mil arrobas de azucar, pero cruel es el desengaño cuando se le oye decir á su administrador que su produccion no excede de *ocho mil*. Tan solo puede esto explicarse despues de haber examinado los aparatos de que en tal finca se valen para la elaboracion. Dos pequeños trapiches desprovistos hasta de un mal conductor cuyos cilindros podrán apenas alcanzar á la longitud de 0m,75,

movidos por agua y segun parece no funcionarán con toda regularidad. La molienda es practicada por dos operarios que alimentan estos cilindros; la caña no puede salir de allí sino ligeramente comprimida, aprovechando una pequeña parte de su guarapo y desprecian el bagazo que contiene mucho mayor cantidad de azucar que el que le han extraído. Este guarapo pasa á unas pailas para ser hervido y el maestro de azucar prueba y cuelga una gota para averiguar *el punto*, y otras operaciones no menos primitivas, hasta que llevan el azúcar á los moldes ó pilones de forma cónica, en donde lo hacen purgar por un pequeño agujero practicado en el vértice del cono. Este azúcar, aparte de ser escaso, es feo y de inferior calidad: es azúcar que no polariza mas de 89 á 91, casi la polarizacion de las mieles. En una palabra, la hermosa finca de San Lorenzo, está en completo estado de abandono en lo que atañe á la industria azucarera, pues tengo entendido por lo demás, que sus frutas como plátanos, naranjas etc., y su magnífico cafetal le son de resultado mas satisfactorio.

El ingenio Ledesma cambia totalmente de aspecto aunque el campo no está lo mejor atendido. Yo no sé si consiste en la mala época de la siembra, en el excesivo riego ó algun abuso cometido con la planta, que por lo general se la nota demasiado acuosa: no es esa caña sólida, compacta,

pesada, que se consigue con la buena direccion del campo. La máquina es buena, por mas que reconocidamente sean de superior condicion las Norte-americanas. Esos tachos al vacio, deben ser sustituidos por uno de triple efecto cuyas ventajas están perfectamente probadas. Es no obstante asunto de mejorarse paulatinamente una vez que por ahora es esta industria embrionaria en el país. El ingenio Ledesma está á la altura de las buenas fincas, y en sus condiciones y con los elementos que cuenta, es muy posible que pueda obtener una zafra de 35 á 40 mil arrobas de azúcar de calidad 2^a. De S. Pedro, S. Isidro y algunos otros ingenios que no he podido visitar, he adquirido noticias que corroboran cada vez mas mis primeras aserciones. El azúcar es una de las principales industrias á pesar de la remolacha en Europa y el notable aumento de produccion en América, el suelo argentino tardará quizá, pero ha de encontrar en el azúcar una de sus principales riquezas, como empieza ya hoy á suceder en la provincia de Tucuman en donde llegaron á entender sus resultados, así como los de la tambien incipiente industria del tabaco.

Pasé á 16 leguas de los depósitos de petróleo existentes entre Ledesma y S. Pedro, en la falda de una montañá de la Sierra de Sta. Bárbara, que hubiera observado con verdadero placer é interés, pero el excesivo cansancio de los animales y

la falta de herraje por aquellos caminos tan pedregosos, me hicieron desistir de tal idea, con el justificado temor de quedarme con la Comision, gente y cargas en el camino.

Es asombrosa la feracidad y riqueza de los terrenos de Campo-Santo y todas aquellas bellisimas cercanías de Salta. La vegetación sub-tropical es abundante y frondosa y no son escasos los frutos esencialmente tropicales en toda aquella parte en donde la benignidad del clima protege su desarrollo. A parte de la caña de muy superior calidad se produce la chirimoya, el plátano y tantas otras frutas altamente apreciadas.

Una cadena de pequeñas colinas formadas por una enorme masa de aluvion moderno y cubiertas totalmente de un espesísimo bosque en el que sobresalen numerosos cactus de tamaño extraordinario, llevan al viajero por aquellos parages de una en otra impresion agradables. La formación es cámbrica y el esquisto arcilloso se vé claramente predominar.

La provincia de Salta, es rica en un grado tal, que es mi opinion que si en breve se le facilitan las vias de comunicacion que den fácil salida á sus productos, no tardará en alcanzar un lugar preferente en el país. La industria minera en primer término, y su riqueza agrícola, la reservan sin duda alguna un porvenir risueño. Sus cerros contienen hierro, cobre, plata y oro. Estos son he-

chos perfectamente conocidos que están en el dominio público. En este concepto no se vá á Salta á indagar sino á explotar. Cualquier gaucho tiene conocimiento de algun filon, así como no se hace esperar á los ojos del curioso, la profusion de piritas de calidades diversas que tan fácilmente se encuentran. (1)

La galena argentifera es lo que con más frecuencia suele verse, y á juzgar por algunas piritas que he tenido ocasion de examinar, no es pequeña la proporcion que de estos metales contienen. Afortunadamente el ferro-carril de Tucuman avanza con empeño hácia aquella privilegiada region y no es difícil que en corto tiempo empiece á despertarse el, hasta ahora, aletargado espíritu emprendedor de sus moradores.

A cargo del señor Ingeniero de la Comision ha quedado el informar á V. E. del itinerario seguido, determinacion de lugares, formacion de la carta y todo aquello que es exclusivamente de su incumbencia, razon por la cual no me he ocupado de ello en el presente informe.

En la obra que tendré la honra de presentar á V. E. á su debido tiempo, trataré de dar á conocer el Chaco en el trayecto por mi recorrido, con el detalle y precision que alcancen mis fuerzas.

Buenos Aires, 23 Junio de 1885.

Leopoldo Arnaud.

(1) Véase «Una Expedición á las Regiones Mineras del N. de la República» pág. 72 á 89. (Segunda parte.)

Si examino mi proceder dia por dia, estoy seguro de haberme acostado con absoluta tranquilidad de conciencia.

Hice cuanto pude.

Luché mucho, pero aprendi mucho mas.

Mis exploraciones ulteriores por las sierras de Cachipunco, Lumbraera, Santa Bárbara, Calilegua, Oran cuyos estudios é informes han sido aislada y conjuntamente publicados, y por las regiones mineras de la Puna que recientemente he recorrido y descrito en otro libro titulado «*Una expedicion por las regiones mineras del Norte de la República*» completan por ahora el curso de mis trabajos en el pais.

El tiempo me proporcionará la ocasion de serle útil con la amplitud de mis buenos deseos.

FIN

ÍNDICE

	Páginas
PRÓLOGO.	1
Introducción.	3
CAPÍTULO I	
E N M A R C H A	
	10
CAPÍTULO II	
E N C A M P A Ñ A	
Organización del campamento—Exploraciones preliminares—Primera marcha. .	23
CAPÍTULO III	
V I C T O R I A	
Peripecias en el Bermejo—Noches del Chaco—Llegada de la columna.	47
CAPÍTULO IV	
L O S F O R T I N E S	
Fuerza expedicionaria—Pérdida en la selva—Precauciones.	59
CAPÍTULO V	
T O L D E R I A S	
Primeros toldos—Incorporación á la columna—Fin de la jornada militar. . .	84
CAPÍTULO VI	
I N S T R U C C I O N E S	
Episodios de una marcha—Los matacos.	108

CAPÍTULO VII

LA REDUCCIÓ

Una fiesta cívica—Costumbres—Impresiones.	128
---	-----

CAPÍTULO VIII

HÁ CIA R I V A D A V I A

Nueva organización—Sucesos varios.	148
--	-----

CAPÍTULO IX

E L C A C I Q U E T I G R E

Sus tolderías—Costumbres matacas—Primer poblado.	171
--	-----

CAPÍTULO X

R I V A D A V I A

Un banquete—Nuevos propósitos—El fuerte Victorica.	194
--	-----

CAPÍTULO XI

L A T R I B U D E O U K - K O H

Dispersion—Un nuevo cristiano.	225
--	-----

CAPÍTULO XII

L O S C H I R I G U A N O S

Sus pueblos y sus costumbres.	234
---------------------------------------	-----

CAPÍTULO XIII

E L T A R T A G A L

Territorio de litigio—Su situación definitiva—Nuestros límites.	260
---	-----

CAPÍTULO XIV

D E R E G R E S O

Camino de las haciendas—Salta—Informe final.	274
--	-----